M. M. Philipon

Los Dones del Espíritu Santo

Cuarta edición

EDICIONES PALABRA
Madrid

A LA MADRE DEL VERBO HECHO CARNE

para que nos obtenga,
por mediación de su Hijo,
la plenitud del Espíritu.

Cuanto más de María es un alma,
más dócil se muestra al Espíritu Santo.

PRESENTACION

De verdadero acontecimiento editorial me atrevo a calificar la nueva versión española del libro de P. Philipon «Los Dones del Espíritu Santo», tan pulcramente presentado por Ediciones Palabra.

Se trata de una de las mejores obras del insigne dominico francés y, desde luego, lo mejor que se ha escrito en nuestro tiempo sobre los dones del Espíritu Santo y su importancia extraordinaria en la santificación de las almas.

Dos razones fundamentales abonan la rotunda afirmación que acabo de hacer: la profundidad teológica de la exposición y la suave unción, transida de experiencia mística, que rezuman todas sus páginas. El P. Philipon no fue solamente un gran teólogo —perito conciliar en representación oficial de su Orden— sino un verdadero santo que vivía experimentalmente lo que con tanta profundidad teológica escribía. Entre otras muchas obras, escribió con enorme acierto sobre «El sentido de lo eterno», «Los sacramentos en la vida cristiana», «El verdadero rostro de Nuestra Señora», «La Trinidad en mi vida», «En silencio ante Dios», «La Iglesia de Dios entre los hombres», etc. etc. y sus magníficos estudios sobre tres de las más grandes figuras de la espiritualidad contemporánea: Santa Teresita de Lisieux, Sor Isabel de la Trinidad y Don Columba Marmión. Sobre todo el libro dedicado a exponer la doctrina de Sor Isabel de la Trinidad —traducido a multitud de idiomas— es una obra maestra capaz de consagrar para siempre a un gran maestro de la espiritualidad cristiana.

Nacido en Pau en mayo de 1898, el P. Miguel María Philipon ingresó en la Orden Dominicana en 1920 y fue ordenado sacerdote en 1926. Su vida dominicana se explayó en un incansable y fecundo apostolado en la enseñanza teológica, en la promoción de la vi-

www.traditio-op.org

da espiritual como gran director de almas y en la redacción de sus numerosas y magistrales obras, muchas de las cuales han alcanzado renombre universal. Los últimos años de su vida los dedicó el P. Philipon a extraer las riquezas doctrinales del concilio Vaticano II en el que, como ya hemos dicho, actuó como experto en el seno de la Comisión Teológica. Publicó varios opúsculos sobre el concilio, pero tenía el proyecto de escribir un estudio completo sobre «La doctrina espiritual del Vaticano II», y otro sobre «Santo Tomás, maestro de la vida espiritual». La muerte le sorprendió inesperadamente en Méjico el 20 de marzo de 1972, sin poder llevar a cabo estos importantes proyectos.

Sólo me resta, amable lector, invitarte a comenzar a leer el precioso libro que tienes en tus manos y a dejarte conducir sin resistencia por el suave influjo de los dones del Espíritu Santo si quieres alcanzar, aunque sea poco a poco, las más altas cimas de la espiritualidad y perfección cristiana.

FR. ANTONIO ROYO MARÍN, O.P.

INTRODUCCION

EL TRATADO DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.
NUESTRO GUÍA: SANTO TOMÁS DE AQUINO.
PLAN Y MÉTODO.

El tratado de los dones del Espíritu Santo ilumina
las cimas de la vida espiritual.

La acción del Espíritu Santo domina el mundo. La verdadera historia de la Iglesia es la de Pentecostés, continuada en las almas. A través de todos los acontecimientos de este mundo, Dios persigue su eterno designio: reunir en la unidad de una misma Familia divina a los hombres de todas las razas y de todos los tiempos "configurándoles a imagen de su Hijo".[1] Es ésta una obra de sabiduría, de poder y de amor, cuyo Artífice principal sigue siendo el Espíritu Santo. La Iglesia de Cristo es tan sólo la humilde servidora de la Divina Trinidad. Animada por el Espíritu mismo, trabaja con su Maestro para "reunir en la unidad a todos los hijos de Dios que están dispersos".[2]

Día y noche, por encima de nuestras agitaciones humanas, la indivisible Trinidad está inclinada sobre nuestras almas para divinizarlas. Dios Padre hasta envía al mundo a su Hijo y a su Espíritu. Las invisibles misiones del Verbo y del Espíritu no cesan de iluminar a la Iglesia con la claridad de Dios y de conducirla al ritmo del Amor Eterno. En nuestra propia existencia, es preciso verlo todo en dimensión de Iglesia. Los individuos no cuentan por sí mismos. Estamos vinculados en Cristo a todos los hombres como miembros vivos de un mismo cuerpo místico, no formando más que uno con Él y en Él, llamados a constituir con la multitud de los ángeles un solo pueblo de Dios. Un mismo Espíritu anima a la

1. *Rom* 8, 29.
2. *Io* 11, 52.

Trinidad y a la Iglesia: une al Padre y al Hijo en la Unidad de una misma beatitud divina; anunció a los Patriarcas las divinas promesas; inspiró a los profetas; santificó a todos los justos del Antiguo Testamento. Él animaba en cada uno de sus actos al Verbo encarnado, y a su Madre, la Corredentora del mundo. Él ayudó a los Apóstoles y a los discípulos de Jesús, como asiste a sus sucesores y a los fieles de todos los tiempos, para llevar a cabo, a través de los duros combates de la Iglesia militante, la obra salvadora de Cristo y edificar la Ciudad de Dios. El soplo multiforme del Espíritu se adapta a todos los tiempos y a todos los lugares, a todos los estados de la vida, a todos los grados de cultura y civilización. La infinita variedad de las obras divinas brota de un mismo espíritu de amor.

El estudio de los dones del Espíritu Santo debe abordarse bajo esta luz: no con espíritu de escuela, sino en clima de Iglesia, con los horizontes de Dios. El disfrute de tales dones no es algo reservado a una selección de almas místicas, sino que su destino es asegurar la salvación de todos los cristianos. Los siete dones se les comunican a todos los hombres cuando éstos son regenerados en Cristo por el bautismo. "Quien no naciere del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos." [3] *El Espíritu Santo, que introduce en las almas la gracia de una filiación divina, no las abandona a sí mismas. Las toma a su cuidado e influencia, poniéndolas bajo la protección de toda la Santísima Trinidad. Cada alma es un universo. Dios vela por cada una con solicitud mucho mayor que la que tiene por los espacios infinitos del cosmos material. Su Espíritu las asiste en cada uno de sus actos con un auxilio ordinario y constante; y, siempre que la salud o la alta perfección de ellas lo exige, interviene en Persona de una manera especialísima para iluminarlas, guiarlas y encaminarlas hacia Él. El Espíritu Santo actúa así ininterrumpidamente en cada miembro del cuerpo místico con miras a su santificación individual y a la edificación del Cristo total.*[4] *El*

3. *Io* 3, 5.
4. *Eph* 4, 13.

ritmo y la frecuencia de sus divinas inspiraciones dependen de su Sabiduría y de su Providencia. El Espíritu es el amo y señor de sus dones. Cuanto más dóciles se muestran las almas a su acción, más las aproxima Él a Dios, más realiza en ellas las maravillas de la gracia y de la gloria. Las operaciones más elevadas de las Tres Personas divinas en las almas son fruto de los dones del Espíritu Santo.

El trato de los dones del Espíritu Santo constituye la clave de la teología mística. Los más grandes maestros espirituales han puesto siempre muy de relieve este papel primordial del Espíritu de amor en nuestra vida espiritual. Ignorar la doctrina de los dones del Espíritu Santo es desconocer la acción más secreta de Dios en la Iglesia. Este tratado de los dones nos proporciona el instrumento más poderoso para analizar las profundidades del alma de los santos, y, por contraste, las del drama del pecado. La encíclica de León XIII, Divinum illud munus, *del 9 de Mayo de 1897, había llamado la atención sobre la acción universal del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia, de la cual es Él el Alma. La renovación mística contemporánea ha devuelto al tratado de los dones del Espíritu Santo su verdadero puesto en la espiritualidad: el primero, en orgánica unión con la práctica de las virtudes, que sigue siendo el auténtico eje de toda santidad.*

Pero, ¿dónde encontrar el Maestro espiritual que nos dirija con seguridad en materias tan difíciles? El magisterio de la Iglesia nos lo indica en la encíclica Studiorum ducem. *Para conseguir una inteligencia honda de la naturaleza de los dones del Espíritu Santo, así como de todas las demás cuestiones de la vida espiritual, es necesario ante todo recurrir a Santo Tomás de Aquino, "Doctor común de la Iglesia" no solamente en filosofía, en apologética, en teología dogmática y moral, sino también, advierte Pío XI, en teología ascética y mística, es decir en todos los problemas que atañen a la espiritualidad cristiana. "No es menos eminente Tomás en su ciencia ascética y mística. Reduciendo toda la ciencia moral a la teoría de las virtudes y de los dones, define*

excelentemente unas y otros según las diversas categorías de cristianos, los que quieren vivir ateniéndose a las reglas ordinarias y comunes y los que tienden a la perfección espiritual en su plenitud, en forma de vida activa o de vida contemplativa. La extensión del precepto del amor divino, las leyes del desarrollo de la caridad y de los dones del Espíritu Santo que lo acompañan, los diferentes estados de vida, tales como la vida perfecta, la vida religiosa, la vida apostólica, los caracteres distintivos de esos estados, su naturaleza y sus valores: para poseer a fondo estas cuestiones y otras análogas de la teología ascética y mística, se deberá recurrir necesariamente ante todo al Doctor angélico".[5]

Es preciso entender bien esta declaración del magisterio de la Iglesia, sin aumentarla ni disminuirla. No se trata de hacer de Santo Tomás de Aquino el único maestro de la espiritualidad cristiana. La Iglesia tiene demasiada conciencia de las riquezas de su catolicidad como para que exalte así a uno solo de sus doctores en detrimento de los demás. El sitio de un Santo Tomás de Aquino no está en la línea de los grandes fundadores de órdenes o de los conductores de hombres que han sabido comunicar a su innumerable familia espiritual su espíritu de santidad. En espiritualidad, como en todo lo otro, él sigue siendo un maestro de ciencia y de sabiduría; pero en este sentido, es necesario reconocer en él, según las declaraciones del Papa Pío XI, "al primer" maestro de teología mística especulativa. Otros le supe-

5. «Nec minus nobilitata est eius in asceticis mysticisque scientia. Is enim, universa morum disciplina ad virtutum rationem donorumque revocata, eamdem vel rationem vel disciplinam egregie definit pro vario hominum ordine, sive qui commune institutum secuti, velint vivere, sive qui ad christianam spiritus perfectionem absolutionemque contendant, iique in duplici vitae genere actuosae et contemplativae. Itaque praeceptum de amore Dei quam late pateat, *caritas eique adiuncta dona Sancti Spiritus* quomodo crescant, multiplices vitae status, ut perfectionis, ut religiosorum, ut apostolatus, *quid* [la esencia, la «quididad»] inter se differant et quae cuiusque *natura visque* [la naturaleza y las propiedades de las cosas], haec et talia asceticae mysticaeque theologiae capita [todos los puntos básicos de la teología ascética y mística] si quis pernosse [conocer a fondo] volet, is Angelicum *in primis* [ante todo] adire Doctorem oportebit» (*Studiorum ducem*, 29 de junio, 1923).

rarán en potencia de organización práctica o en la descripción de los estados místicos y de las maravillas de la acción divina en las profundidades del alma. Pero en el análisis científico de la gracia santificante, en la exposición de las misiones divinas, fundamento supremo de toda la teología mística, en el describir la misión redentora de Cristo y la de la Iglesia dentro de la economía de la salvación en la penetración de todo el organismo sobrenatural de las virtudes y de los dones del Espíritu Santo bajo el primado de la caridad, él no tiene semejante. Quien desee penetrar la esencia de las cosas y percibir la verdad en sus más profundas causas hasta la raíz, a él debe recurrir ante todo. En estos dominios de la explicación científica y de la sabiduría constructiva, él es "el primero".

En la Iglesia de Cristo, cada Doctor, cada santo conserva su fisonomía propia y su misión personal al servicio de todo el cuerpo místico. Lejos de hacerse sombra unos a otros, se esclarecen mutuamente, expresando cada uno a su manera, los aspectos multiformes de la infinita plenitud de la gracia de Cristo. Al lado de una Teresa de Avila, escrutadora inigualada de las maravillas obradas por la gracia de Dios en el alma de los santos y maestra de la oración contemplativa, el Carmelo nos presenta a un San Juan de la Cruz, el doctor místico de las noches y de la unión transformante y, más cercana a nosotros, a una Teresa de Lisieux, la santa doctora de la infancia espiritual. Oriente y Occidente parecen rivalizar con dos grandes maestros: los destellos dogmáticos de un San Cirilo de Alejandría y las intuiciones creadoras del genio de Agustín. Otros doctores seguirán: un San Benito, el sabio organizador de la perfección monástica; un San Francisco de Asís y un Santo Domingo; un San Ignacio de Loyola proporcionando al papado un ejército de selectos al servicio de la Iglesia militante en sus tareas urgentes y de mayor importancia; un San Francisco de Sales llamando al laicado mismo a la santidad más alta. Y ¡tantos otros! En esta galería tan rica de maestros espirituales, Santo Tomás de Aquino aparece, con su genio didáctico, a juicio de la Iglesia misma, como el "Doctor común" al servicio de la espiritualidad cristiana.

Tres notas fundamentales caracterizan la doctrina espiritual de Santo Tomás de Aquino: su objetividad científica, su universalidad y su carácter sapiencial.

Ante todo, su objetividad. *Ésta es en él la cualidad básica, característica de su genio científico. Nada de confidencias personales; ninguna de las revelaciones de estados de alma tan frecuentes en los místicos. No se cuida de relatarnos en un "Diario íntimo" la historia de su alma, ni de referir las gracias que recibe en la oración. No pertenece a la edad reflexiva, a aquel s. XVI que verá surgir los análisis interiores de los dos incomparables maestros del Carmelo. Él es un teólogo medieval, vuelto por entero hacia la realidad que le rodea y acostumbrado a descubrir en el universo el libro de la creación, que canta la gloria de Dios. Él escruta las esencias eternas, inscritas en el corazón de las cosas y reflejos de las perfecciones de Dios. Escucha al Verbo que habla a través de la Biblia, al Hijo Único del Padre, que viene a revelarnos los misterios envueltos hasta su venida en la "inaccesible luz en que habita Dios", en que se oculta el Dios Trino. Su hermano en la orden dominicana, fray Angélico, ha captado perfectamente la actitud más honda de su alma y el sentido de su misión dentro de la Iglesia, al representarle, en contraste con el Santo Domingo que suspira al pie de la Cruz, mirando también él la misma escena del Crucificado con una mirada seca, inmóvil, pero escrutadora, como no queriendo perderse ningún aspecto de la verdad de tan suprema revelación del Amor. No deja que se le trasluzcan los íntimos sentimientos que experimenta su alma de santo: contempla el misterio, y su pluma de escritor describirá después con transparencia los secretos de Dios en la economía de la salvación. Ve a Dios y habla de Dios. Todo lo demás se esfuma. El universo no es a sus ojos más que una multiforme proyección de "Aquél que Es". En la cima, el Verbo encarnado junta en sus dos naturalezas, en la unidad de una misma Persona divina, las riquezas todas de la creación y la infinitud de Dios.*

Tomás analiza, pues, todo el contenido del saber revelado: el misterio de un Dios que es Trinidad en la Uni-

dad; el papel que desempeñan las misiones invisibles del Verbo y del Espíritu Santo; la aparición visible del Hijo Único del Padre sobre nuestra tierra, mediante la Encarnación, que viene a completarse en el misterio de la Iglesia. Y estudia a fondo al verdadero sujeto de la vida espiritual: al hombre pecador rescatado por Cristo, curado y divinizado por su gracia redentora. Le muestra llamado a vivir a imagen de Dios, en una participación cada vez más perfecta de la Luz del Verbo por medio de la fe y del Espíritu Santo por medio de la caridad, según todas las leyes de la Encarnación, es decir, por la práctica de las virtudes intelectuales, morales y teologales, cuyo sistema y funcionamiento describe minuciosamente a través de las innúmeras variedades y de los móviles del acto humano. Contempla a Dios, al universo y al hombre en Cristo.

La obra espiritual de Santo Tomás de Aquino se beneficia de la universalidad *de la ciencia. No es Santo Tomás un solitario que componga obras de edificación para uso de las almas religiosas y contemplativas. De familia emparentada con el emperador Federico Barbarroja, vinculada por la sangre y por matrimonios con la aristocracia de su país y del resto de Europa, no vive retirado del mundo, separado de los hombres, con la mirada puesta en solo Dios, con espíritu de eternidad, sino que pertenece, por su profesión, a una raza apostólica que va abriendo el surco para la siembra del cristianismo. Es un "campeón de la fe" que, en un momento crucial en el que se decide el destino intelectual de la Iglesia militante, se lanza con resolución a la lucha. Es un fraile Predicador que ha recorrido como viajero la cristiandad de su época y ha visto las mil facetas que de ella encontramos en su* Suma teológica; *monjes de toda clase de sayales, contemplativos puros o miembros de órdenes militares, clérigos y prelados de todas las categorías, pertenecientes a todos los grados de la escala jerárquica, recién tonsurados, con las órdenes menores, diáconos, prestes, archidiáconos, obispos y cardenales, papas y simples legos se codean en su obra lo mismo que en las catedrales de su tiempo, formando*

una abigarrada multitud en la que se agitan todos los problemas humanos.

Igual que la predicación evangélica de sus hermanos de hábito, aunque de una manera sabia, sus enseñanzas doctrinales van dirigidas a toda la catolicidad, a la Universidad primeramente, pero también a la masa de cuantos espíritus tratan de conocer a Dios. Compone la Suma teológica *con el fin de distribuir a todos la leche de la doctrina, como a los niños, siendo así que los más grandes maestros podrán descubrir en su gigantesca síntesis los principios necesarios para solucionar todos los problemas venideros. Se dirije a todos los espíritus y la Iglesia, a su vez, proclamando la catolicidad de su doctrina, le ha hecho su Doctor universal: "Doctor communis".*

Esta nota de universalidad aparece de manera aún más manifiesta en su capacidad de acogimiento y abertura con respecto a todas las formas culturales y a todos los problemas de su tiempo. En él, el genio griego y las luces de la fe, las obras de Aristóteles, los datos bíblicos y la tradición patrística, enteramente asimilados, se unen con superior armonía en una síntesis orgánica que asegura a su Suma teológica *indestructible unidad.*

Un último rasgo acaba de definir la misión doctrinal de Santo Tomás: su carácter sapiencial. *Nadie ha manifestado como él la preocupación por el orden en el dominio del saber: "sapientis est ordinare". El "Prólogo" de la* Suma teológica *ha subrayado esta necesidad primordial del genio de Santo Tomás de Aquino: el "orden científico", "ordo disciplinae". La* Suma teológica *es un edificio de indisoluble unidad. La clave metodológica no es el artículo sino la cuestión, alrededor de la cual gravitan todos los aspectos de un problema. Dentro de cada cuestión un artículo clave lo explica todo. Así se organiza la estructura de todo el saber: a partir de un principio supremo cuya luz va descendiendo hasta las últimas conclusiones. Es necesario saber volver de los artículos a la cuestión, de un conjunto de cuestiones a la intuición directiva de un tratado, de los grandes tratados mismos a las tres articulaciones mayores de la* Suma: *Dios, el*

hombre, Cristo; pues todo depende, como de una suprema intuición arquitectónica, de la cuasidefinición de Dios, en la medida en que es posible conseguirla en este mundo: "Aquél que Es", Principio sin-Principio, Principio del Verbo por vía de generación intelectual, Principio del Espíritu del Padre y del Hijo por vía de amor; todo depende, en fin, de Ellos Tres, que son, en indivisible Unidad, el Primer Principio y el Fin último de todo el retorno de las criaturas a Dios por mediación de Cristo.

Las cuestiones secundarias encuentran aquí su verdadera luz. Para resolver un problema, importa ante todo situarlo dentro de la síntesis total. Uno de los métodos más fecundos consiste en aclarar un punto particular por la convergencia de los principios superiores que nos proporcionarán su explicación. Por eso, en nuestro estudio de los dones del Espíritu Santo deberemos avanzar a la luz de las divinas misiones del Verbo y del Espíritu y de los principios supremos de la Acción divina, discerniendo al propio tiempo los principios subjetivos que actúan en el hombre para la elicitación de sus actos más perfectos y libres, bajo la moción personal del Espíritu. Santo Tomás de Aquino no ha dictado un "camino de perfección" ni ha trazado un "sendero de la nada" que conduzca por un atajo abrupto y decisivo hacia las cimas más altas de la santidad cristiana. No es un guía de alta montaña. Su genio de arquitecto ha construido una catedral en la que ha reunido todas las enseñanzas de la Verdad revelada. Cada problema tiene su sitio marcado en esta inmensa catedral, como en una maqueta gigante, en la cual se puede leer, en resumen, toda la obra de Dios. No hay ni un solo problema de teología ascética y mística que no halle en esta síntesis un sitio y su solución.

No se encuentran en Santo Tomás de Aquino esas máximas fuertes y liberadoras tan frecuentes en San Juan de la Cruz, que dejan el alma absolutamente desnuda: "Nada, nada, nada, nada, nada, y sobre la montaña: nada". Ningún rasgo en sus escritos de aquellas violentas contraposiciones entre los movimientos de la naturaleza y de la gracia que hicieron célebre un capítulo de La imitación de Cristo. *Él no se cuida de procedimientos*

prácticos que lleven a las almas por las sendas más cortas hacia la perfección, ni se detiene a describir los itinerarios. No es un práctico en caminos espirituales, sino un Doctor que asigna a cada ser su esencia y su cometido en la obra de Dios. Su doctrina espiritual no es una mística de la huida del mundo ni de la evasión, sino una espiritualidad de sabiduría, de jerarquía de valores, de orden y de subordinación.

¿Qué plan y qué método hay, pues, que seguir en este estudio de los dones?

Todo método está impuesto por su objeto. Las ciencias basadas en la observación requieren métodos experimentales; las ciencias especulativas se apoyan, a partir de lo sensible, en la dialéctica de la razón. La teología, para ser perfecta, exige un método integral, a la vez histórico y doctrinal, positivo y especulativo. "Hacen falta dos pulmones para respirar", nos decía, sonriendo, nuestro viejo maestro, el Padre Lagrange, fundador de la Escuela bíblica de Jerusalen, deseando que los teólogos tuvieran el sentido de la historia y los exegetas la fuerza de la reflexión, bajo la luz directora de la fe. Privarse de una u otra de estas dos disciplinas complementarias, sería una mutilación y un empobrecimiento.

Un hecho capital domina toda la historia del pensamiento humano: Dios se ha hecho a sí mismo el Pedagogo de la humanidad, en primer lugar por medio de sus mensajeros del Antiguo Testamento pero sobre todo por medio del envío de su propio Hijo Único, que es su Verbo, su Pensamiento interior, su Palabra, Fundador de una Iglesia, encargada, después de la muerte de sus discípulos inmediatos, los Apóstoles, de transmitir a todas las generaciones las enseñanzas de Dios. Los Profetas habían anunciado la universalización de este privilegio del pueblo de Dios cuando llegasen los tiempos mesiánicos.[6] *Jesús añadió un dato nuevo: es el Padre quien instruirá a sus discípulos: "En los Profetas está escrito: "Y serán todos enseñados de Dios". Todo el que oye a mi Padre*

6. *Is* 54, 13. — *Ier* 31, 31-34.

y recibe su enseñanza viene a mi".[7] *Según la expresión del original griego en toda su fuerza, el teólogo, como el creyente en general, es un "teodidacta". El sabio y el filósofo van a aprender a la escuela de la experiencia; el teólogo asiste a la escuela de Dios.*

El teólogo verdadero es aquél que, sirviéndose primeramente del método histórico, indaga sobre los documentos de la Revelación, no para hacerse con un simple inventario de citas bíblicas y de textos del magisterio de la Iglesia, sino con miras a un análisis realizado a fondo, conforme a todas las exigencias críticas y a todos los recursos de la historia y de las ciencias anejas. Es la primera fase científica: la fe a la busca de los vestigios históricos de la Revelación divina, la fe a la busca de documentación: "fides quaerens documentum". *Esta labor teológica constituye ya, por sí sola, un inmenso enriquecimiento de la ciencia escrituraria y de la historia del pensamiento cristiano. Un hombre solo no puede dar abasto a semejante tarea. La teología positiva requiere la sabia colaboración de un ejército de trabajadores especializados: labor dura, de paciente investigación y de ininterrumpido control de las fuentes reveladas. Y, ¡cuánto esclarece las andanzas del Pensamiento divino entre los hombres! De aquí nuestro capítulo sobre "El Espíritu Santo en la vida espiritual".*

Tras esta primera fase de búsqueda positiva puede empezar ya el trabajo del pensamiento especulativo mediante el análisis científico de las verdades de fe consideradas como nociones básicas de todo ulterior esfuerzo reflexivo. Lenta y metódicamente, según todas las leyes dialécticas del espíritu humano, el teólogo especulativo va a entregarse a la tarea que le es propia: ahondar en los enunciados de la fe, elaborar definiciones precisas, juicios y raciocinios inductivos y deductivos apoyados siempre en los hechos o en las verdades infalibles, de fe, que le han servido de punto de partida; después, por sucesivas iluminaciones cada vez más coherentes, el espíritu humano se eleva hasta la síntesis total, donde, en una visión de armoniosa sabiduría, logra su plenitud la mirada con-

7. *Io* 6, 45.

templativa del teólogo lo mismo que la del sabio. Es como "si se imprimiera en él la ciencia misma de Dios": "velut quaedam impressio divinae scientiae".[8] *Entonces se ilumina todo a la luz de los principios más altos, y las menores conclusiones, los menores detalles, se benefician de la claridad del conjunto: todo se explica y halla su verdadero lugar en el edificio del saber. El pensamiento humano descansa con certidumbre "en la intelección de la fe":* "fides quaerens intellectum". *Esta bella tarea del teólogo es la más fructífera. El contentarse con acumular textos de autoridades impone una adhesión que deja el espíritu "vacío", según una frase célebre de Santo Tomás* (Quodlibet., *4, 9, 3). El hombre necesita ir "hasta la raíz de la verdad", juzgar de todos los misterios de Dios y del universo a la luz de "Aquél que Es".*

Este esfuerzo de reflexión constituye la parte central de nuestro trabajo: la consideración de los principios fundamentales de la teología de los dones, *seguida del análisis de cada don en particular: don de* inteligencia, *don de* ciencia, *don de* sabiduría, *don de* consejo, *don de* piedad, *don de* fortaleza, *y don de filial* temor *de Dios.*

Hay otra función de la teología —de extrema importancia en la hora actual— que presupone ya constituida la ciencia, para extenderla en el dominio de las aplicaciones prácticas: "intellectus speculativus extensione fit practicus". Su utilidad es constante en la vida cotidiana de la Iglesia para juzgar sobre la conformidad de las doctrinas y la conducta de los hombres con las verdades de la fe. Todas las congregaciones romanas, en particular la del Santo Oficio y la Congregación de Ritos apelan a la competencia de expertos teólogos. Este papel del teólogo se revela como indispensable en las materias de espiritualidad y de hagiografía. La misma ciencia teológica encuentra aquí autorizadas ilustraciones y un campo de experiencias religiosas que le proporcionan unas condiciones privilegiadas para su enriquecimiento y progreso. A fin de no quedarse en el terreno de las abstracciones, la ciencia de la moral necesita recurrir de continuo a la experiencia concreta, individual. La mirada del teólogo

8. *Suma*, I, 1, 3, ad 2.

llega a todos los dominios de la ciencia de Dios. Si domina con soltura su teología de los dones del Espíritu Santo, podrá distinguir los matices de la acción personal del Espíritu de Dios en las profundidades de un alma y determinar las causas propias y adecuadas de esa acción. Bien es cierto que aquí abajo no podrá conseguirlo sino dentro de un claroscuro y más por vía de negación que de causalidad y eminencia, pero no sin una lúcida toma de conciencia de la infinita trascendencia de lo sobrenatural y de esos estados superiores del alma de los santos que constituyen las más preciosas riquezas de la Iglesia de Cristo. Comprende, a la luz de la caridad, que el más humilde acto de puro amor en una vida desconocida a los ojos de los hombres y oculta toda ella en Dios, es más útil para la Iglesia entera que todas las agitaciones del universo. Todas las ciencias del hombre y sus derivaciones, desde el psicoanálisis hasta las formas más modernas de la psicología profunda, se convierten en manos del teólogo en instrumentos de análisis para explorar los movimientos más secretos del alma guiada por el Espíritu Santo en Persona. No siempre son claros y manifiestos los indicios de esta acción del Espíritu de Dios, pero, ayudado por la ciencia y la experiencia, el teólogo puede observar, comparar y juzgar según los infalibles criterios de su fe, elevándose así a una auténtica participación en el perfecto conocimiento que Dios tiene de las almas. La Iglesia, antes de emitir, asistida por el Espíritu Santo, juicios inalterables acerca del heroísmo de tal o cual santo, consulta, a título preliminar y prudencial, la ciencia de sus doctores. La ciencia teológica, como la de Dios, desciende hasta lo individual.

Nada esclarece tanto la doctrina de las virtudes cristianas y de los dones del Espíritu de Dios como el analizarlos en su realización concreta en la heroica existencia de los santos: "fides quaerens exemplum". *Es decir, que en nuestro estudio de los dones del Espíritu Santo no nos debemos limitar a algunas definiciones generales de su esencia, sino que debemos procurar descubrir ésta y discernirla en sus realizaciones concretas, infinitamente variadas, en las almas de Cristo, de la Virgen y de los*

Santos. En este libro sólo podremos indicar algunos ejemplos de ellas. Después a cada cual le será fácil, según sus gustos y su pertenencia a una u otra familia religiosa o al laicado, proseguir el estudio de los diversos tipos de santidad cristiana.

La teología espiritual, como toda ciencia, implica, de acuerdo con las exigencias de un método integral, una triple función: de documentación, de explicación y de aplicación.

Tal es el método que hemos intentado seguir en este estudio de los dones del Espíritu Santo, conscientes de la inadecuación de toda palabra humana ante la infinitud de Dios. Sólo el Verbo eternal expresa en su totalidad el misterio de Aquél que Es: Padre, Hijo y Espíritu de Amor, y que ha llamado a los ángeles y a los hombres a vivir "en sociedad" con Él. Sin embargo, sin amedrentarse por su debilidad, confiando en el Espíritu Santo que ilumina a las almas y guía a la Iglesia, los Apóstoles no han cesado de "publicar en la lengua de los hombres las maravillas de Dios".[9]

Toulouse, 2 de Junio, Fiesta de Pentecostés, 1963.
Estudiantado de Santo Tomás de Aquino.

9. La sustancia de este libro ha sido durante varios años objeto de enseñanza teológica a estudiantes dominicos en Francia y también en nuestra Universidad romana del Angelicum y en otras universidades extrajeras. Esperamos publicar algún día un estudio sobre el tratado de los dones del Espíritu Santo en la obra de Santo Tomás de Aquino, utilizando las notas y los apuntes de curso que han servido de base a la síntesis personal que hoy presentamos. Habíamos abordado ya este estudio en dos artículos de la *Revue Thomiste:* «les dons du Saint-Esprit, chez S. Thomas d'Aquin: Genèse de sa pensée et synthèse créatrice» (1959, n.º 3); «Le problème des rétractations» (1961, n.º 2).

PLAN GENERAL

INTRODUCCION:
EL TRATADO DE LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO.

PRIMERA PARTE
La fe en busca de documentos
«Fides quaerens documentum»

CAPÍTULO I:
EL ESPIRITU SANTO EN LA VIDA ESPIRITUAL

SEGUNDA PARTE
La fe en busca de entender
«Fides quaerens intellectum»

Sección 1ª: LOS DONES EN GENERAL
CAPÍTULO II: Los dones en general
Sección 2ª: LOS SIETE DONES:
CAPÍTULO III: Inteligencia.
CAPÍTULO IV: Ciencia
CAPÍTULO V: Sabiduría
CAPÍTULO VI: Consejo.
CAPÍTULO VII: Piedad.
CAPÍTULO VIII: Fortaleza.
CAPÍTULO IX: Temor.

TERCERA PARTE
La fe en sus aplicaciones concretas
«Fides quaerens exemplum»
CAPÍTULO X: Los dones en Cristo, en la Virgen y en los santos.

EPÍLOGO:
AL SOPLO DEL ESPIRITU.

La vida de los santos
es
la obra maestra del Espíritu de Dios.

PRIMERA PARTE

LA FE EN BUSCA DE DOCUMENTOS

«Fides quaerens documentum»

CAPÍTULO PRIMERO

EL ESPIRITU SANTO EN LA VIDA ESPIRITUAL

(Resumen)

I. Datos bíblicos

1. El soplo de Yavé.
2. El anuncio del Espíritu.
3. Pentecostés.
4. El Espíritu Santo en la Iglesia primitiva.

II. La tradición patrística

San Ignacio de Antioquía - San Ireneo - San Cirilo de Jerusalén - San Atanasio - San Cirilo de Alejandría - San Ambrosio - San Agustín.

III. La teología medieval: Santo Tomás de Aquino

La Acción del Espíritu Santo en el cosmos material y en el mundo de las almas.

IV. El testimonio de los místicos: San Juan de la Cruz

La subida al Monte Carmelo.
La noche oscura.
El cántico espiritual.
La Llama Viva de amor.

V. La enseñanza del magisterio eclesiástico.

Una encíclica sobre el Espíritu Santo.

VI. El Espíritu Santo y la unidad de la Iglesia.

1. El Espíritu Santo, Alma de la Iglesia.
2. Unidad de persona.
3. Unidad de pensamiento.
4. Unidad de amor.
5. Unidad de acción.
6. Unidad de sacerdocio.
7. Unidad de la Familia de Dios.
8. En la unidad de la Trinidad.

Dios Padre
conduce a la Iglesia
a la luz del Verbo,
al soplo del Amor,
hacia la consumación en la Unidad
de la Trinidad.

PRIMERA PARTE
LA FE EN BUSCA DE DOCUMENTOS

CAPÍTULO PRIMERO
EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA ESPIRITUAL

Es el Espíritu Santo la realidad más misteriosa de la Iglesia. La revelación del Espíritu aparece como la obra maestra de la pedagogía divina. Solamente al final de una lenta explicitación, los datos bíblicos primitivos acerca de la "ruah" de Yavé, es decir acerca del "aliento de Dios" nos darán, por la venida del Verbo mismo, el secreto de la Personalidad divina del Espíritu Santo.

I
DATOS BÍBLICOS

1. El "soplo de Yavé"

El sentido fundamental que designa la palabra "ruah" es el de "soplo, aliento, espiración". El "soplo de Yavé" evoca una fuerza invisible y terrible cuya acción penetra el universo.

Desde la primera frase del Génesis aparece el "Soplo del Espíritu Creador". "Las tinieblas cubrían el abismo, pero el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas".

Mediante su "soplo" es como manifiesta Dios su Presencia, su Poder creador y vivificador. Este soplo es

el estremecimiento de una energía divina que lleva las órdenes de Dios hasta los últimos confines del mundo (*Ps.* 33, 6).

El "soplo de Yavé" es asimismo principio de vida. Todos los seres vivos dependen de éste "hálito" vivificador.

"Si tu escondes tu rostro, se conturban,
si les retiras el soplo, mueren
y vuelven al polvo.
Si mandas tu Espíritu, se recrían,

y así renuevas la faz de la tierra" (*Ps* 104, 29-30).

Los seres animados viven sólo por el "soplo de Dios" (*Is* 42, 5).

Este "soplo de Dios", este "Espíritu de Yavé", explica todas las intervenciones de Dios en la historia de su pueblo privilegiado. Apodérase de pronto de los hombres, haciéndoles cumplir acciones extraordinarias para asegurar la liberación de Israel: así, las proezas de un Sansón. Otros reciben el Espíritu de Yavé "para su misión de jefes o de reyes". En ocasiones se trata de un don permanente que aparece, como en Moisés y en sus "consejeros". Yavé dijo a Moisés: "Reúneme a setenta varones de los hijos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y de sus principales, y tráelos a la puerta del tabernáculo; que esperen allí contigo. Yo descenderé y contigo hablaré allí, y tomaré del espíritu que hay en ti y lo pondré sobre ellos para que te ayuden a llevar la carga del pueblo y no la lleves tú solo" (*Num* 11, 16-17).

El "Espíritu de Yavé" penetra a David de su unción (*1 Sam* 16, 13). "Reposa" sobre Eliseo (*2 Reg* 2, 13); "llena" a los artífices encargados de confeccionar los objetos del culto (*Ex* 28, 3; 31, 3; 35, 31). Asiste a José confiriéndole una sabiduría excepcional para administrar Egipto (*Gen* 41, 38-40).

Pero es sobre todo en los profetas en quienes habita el "Espíritu de Yavé". La Biblia designa al profeta como "el hombre del Espíritu" (*Os* 9, 7). El Espíritu de Yavé anima a los profetas, provoca sus visiones y sus trans-

portes extáticos; el profetismo viene a ser como un órgano permanente del "Espíritu de Yavé". Este "Espíritu de Yavé" es como el guía y el protector de Israel (*Ag* 2, 5; *Zac* 4, 6; *Is* 63, 10-13). "Mi espíritu permanece entre vosotros. ¡No temáis! Así habla Yavé, el Dios de los ejércitos" (*Ag* 2, 5).

2. *El anuncio del Espíritu*

El "Espíritu de Yavé" debe "reposar" con absoluta plenitud sobre el Rey-Mesías. Él le asistirá en el cumplimiento de su misión: "Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de entendimiento y de temor de Dios" (*Is* 11, 2). —"He aquí a mi siervo, a quien sostengo yo, mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi Espíritu sobre él y él dará la Ley a las naciones" (*Is* 42, 1). El Salvador se aplicará a Sí mismo esta profecía de Isaías: "El Espíritu del Señor, Yavé, descansa sobre mí, pues Yavé me ha ungido. Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón; para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados" (*Is* 61, 1). Toda su obra mesiánica se desarrollará bajo el signo del "Espíritu". Sus colaboradores se beneficiarán, ellos también, del auxilio del "Espíritu de Yavé". "En aquel día Yavé Sebaot será corona de gloria y diadema de hermosura para las reliquias de su pueblo. Espíritu de justicia para el que se sienta en el trono de la justicia y de valentía para el que haya de rechazar el asalto de las murallas" (*Is* 28, 5-6).

Los profetas vislumbraron la regeneración moral que traerían los tiempos mesiánicos. *Isaías* descubre el "Espíritu de Yavé" reposando sobre el "Rey-Mesías", pero todo Israel será renovado por Él: el Espíritu descenderá sobre el pueblo entero. Y evoca en términos idílicos el cuadro de la privilegiada época en que Yavé, efundiendo su Espíritu, realizará la salvación: "Mientras no sea derramado sobre nosotros un Espíritu de lo alto". (*Is* 32, 15.)

La primera Alianza tuvo ya un carácter principalmente

espiritual: hacer de Israel un pueblo santo. "Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi propiedad entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa". (*Ex* 19, 5-6 y *Deut* 7, 7-15). El pueblo elegido debía mostrarse infiel. Dios, en cambio, permanecerá fiel a sus promesas. Su misericordia se manifestará aún de manera más grande, llevará a cabo con Israel una Alianza nueva, aún más íntima, no sobre las tablas de piedra, sino en el fondo de las almas, por la efusión de su Espíritu. Así, a impulso de los profetas, se opera un cambio en la concepción de las relaciones del pueblo elegido con su Dios. Yavé rehará con él una Alianza en forma más alta, más espiritual, toda interior: ese será el rasgo más fundamental de esta nueva Alianza, que anuncia *Jeremías* en el punto culminante de su libro. Todas las palabras de esta célebre profecía, son para meditarlas: "Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en sus corazones, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo" (31, 33). El "Espíritu de Dios" iluminará por sí mismo el interior de las almas: "Entonces no tendrán ya que instruirse mutuamente, diciéndose los unos a los otros: ¡Tened conocimiento de Yavé! Me conocerán todos, desde el más pequeño al más grande" (31, 34). Esta Alianza estará dirigida a la purificación de las almas: "Yo les perdonaré sus iniquidades. Y no me acordaré más de sus pecados" (31, 34).

Ezequiel subraya, con más vigor aun, el carácter de renovación interior y de regeneración espiritual de esta nueva Alianza: "Yo les daré otro corazón y pondré en ellos un Espíritu nuevo; quitaré de su cuerpo su corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis mandamientos y observen y practiquen mis leyes, y sean mi pueblo y sea yo su Dios" (11, 19-20). El profeta insiste: "Arrojad de sobre vosotros todas las iniquidades que cometéis y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo" (18, 31). Y he aquí la declaración decisiva: "Yo os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías. Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de

piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra." (36, 25-28.)

La regeneración de Israel revestirá doble aspecto; uno negativo: la purificación del pecado; el otro positivo: la creación de un corazón nuevo. "Me santificaré a los ojos de las gentes, y sabrán que yo soy Yavé, su Dios... No les esconderé mi rostro, porque habré derramado mi espíritu sobre la casa de Israel." (39, 27-29.)

La última de las profecías sobre el Espíritu, la de Joel, cuyo cumplimiento reconocerá Pedro en el día de Pentecostés, proclama la universalidad del don del Espíritu, dejando entrever su catolicidad: "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños y vuestros mozos verán visiones. Aun sobre vuestros siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días." (3, 1-2.)

El Dios-Mesías, el Verbo Encarnado, se había reservado la revelación suprema de la Persona del Espíritu Santo. Ni el Padre, ni el Logos, ni el Espíritu, se habían expresado claramente en el Antiguo Testamento como Personas distintas: "Dios habitaba una luz inaccesible" (*1 Tim* 6, 16). Ha sido preciso que "un Dios, Hijo Único", oculto "en el seno del Padre" (*Io* 1, 18) venga a "darnos a conocer" el secreto de la vida de los Tres en la Unidad. Es Él quien nos ha dicho que el Espíritu "procede" del Padre y que es enviado también por el Hijo, "recibiendo" todo de Él. El Dios-Cristo ha esperado la hora de sus últimas conversaciones con sus apóstoles, para revelarles estas verdades sublimes. Aquellas confidencias del Maestro proclaman manifiestamente la Divinidad del Espíritu Santo. Estos textos son los más explícitos y los más ricos del Nuevo Testamento sobre el Espíritu Santo: "Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre". (*Io* 14, 16.) "Yo os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros; pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la

memoria todo lo que yo os he dicho." (*Io* 14, 25-26.) Esta vez, Cristo identifica netamente al Paráclito con el Espíritu Santo. Después que Él haya vuelto cerca del Padre, el Hijo enviará este Espíritu: "Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí" (*Io* 15, 26). El Espíritu Santo proseguirá en el mundo la obra del Hijo. "Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer. Todo cuanto tiene el Padre es mío; por eso os he dicho que tomará de lo mío y os lo hará conocer." (*Io* 16, 12-15.) Todas las palabras de Jesús se complementan y armonizan. El Espíritu emana del Padre y del Hijo. Jesús lo sabe, Él, el Verbo, la Palabra eterna, que puede expresar, como Hijo, lo que ha visto cerca del Padre, lo que pasa en su inefable unidad. "Mi Padre y Yo, somos Uno." (*Io* 10, 30.) Todo es común entre el Padre y el Hijo. De su mutuo amor procede el Espíritu, enviado por los dos al mundo. El Paráclito llevará a la perfección la obra iluminadora del Verbo. Guiará a sus Apóstoles y a su Iglesia hacia la conquista de la verdad.

Ningún texto del Nuevo Testamento expresa mejor la unidad de naturaleza y la distinción de Personas en el seno de la Trinidad, en virtud de misteriosas relaciones de origen que vinculan entre sí al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

El Evangelio de San Lucas nos revela otro aspecto de la actuación del Espíritu Santo en favor de los Apóstoles: Les revestirá de la fuerza misma de Dios. Cristo, resucitado, pronto volverá a su Padre. En el transcurso de una cena (*Act* 1, 4), una de las últimas que tomaba con sus discípulos, Jesús les dijo: "Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen

las Escrituras, y les dijo: Que así estaba escrito, que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén. Vosotros daréis testimonio de esto. Pues yo os envío la promesa de mi Padre; pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto." (*Lc* 24, 44-49.)

Los Evangelios lo atestiguan: en sus últimas conversaciones con sus discípulos no cesa Jesús de hablarles de la acción maravillosa del Espíritu Santo, de Aquél otro Él en Persona, llamado a convertirse en Ayudador de ellos, en su Defensor, su Guía por los caminos de la verdad, su Luz, su Fortaleza y su Santidad. Mientras así les iba hablando, con su mirada de Cristo contemplaba, al descubierto, la obra que el Espíritu Santo haría en su Iglesia hasta el fin de los siglos. Nada se le ocultaba de la misión iluminadora y santificadora del Espíritu al servicio del reino de Dios. Veía Jesús, con claridad sin sombras, en sus detalles más minúsculos, cómo se desarrollaba el destino todo de su Iglesia, desde la creación de los espíritus puros y del cosmos material hasta la consumación de los siglos y hasta el más allá. Veía a su Iglesia llena toda ella del Espíritu de Dios.

3. *Pentecostés*

La extraordinaria insistencia con que Jesús nos anunció el Espíritu es prueba de que, en su visión de la Iglesia, ocupaba el Espíritu Santo un lugar muy principal. A Él le serán confiados los destinos del Reino. Jesús había prometido que permanecería en Persona, Él mismo, en medio de ellos hasta el fin de los siglos, y que ellos encontrarían en el Espíritu Santo, enviado por el Padre, una asistencia infalible y perpetua, un Defensor todopoderoso. La Iglesia será la obra indivisible de Cristo y de su Espíritu.

El día de Pentecostés inaugura, por tanto, tiempos nuevos: la frase última, definitiva, de la economía de la salvación, que durará hasta que el Señor "vuelva", hasta que los pueblos, temblando, vean reaparecer entre res-

plandores de gloria al Crucificado del Gólgota a quien ellos traspasaron (*Apoc* 1, 7). Este inmenso período abarca todos los siglos de lucha que Cristo tiene reservados a su Iglesia de la tierra, militante en medio de las naciones, apoyada en Él y animada por su Espíritu de Amor.

Para comprender este gran acontecimiento, nada iguala la sencillez del relato de San Lucas. En la mañana de Pentecostés, mientras los Apóstoles y los discípulos de Cristo se mantenían recogidos en oración en torno a la madre de Jesús, "de repente, se produjo un ruido como el de un viento impetuoso, que invadió toda la casa en que residían. Aparecieron, como divididas, lenguas de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos, quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas, según que el Espíritu les daba. Hallábanse a la sazón en Jerusalén judíos piadosos venidos de cuantas naciones hay bajo el cielo, y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. Estupefactos de admiración, decían: "Todos estos que hablan, ¿no son galileos? Pues ¿cómo nosotros les oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, los que habitan Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto y Asia, Frigia y Panfilia, Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios". Todos, atónitos y fuera de sí, se decían unos a otros: ¿Qué es esto? Otros, burlándose, decían: Están cargados de mosto."

Entonces se levantó Pedro con los once y, alzando la voz, les habló: "Judíos y todos los habitantes de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras: No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues no es aún la hora de tercia. Sino que esto es lo dicho por el profeta Joel: "Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi

Espíritu en aquellos días y profetizarán "...Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por Él en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, lo alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles. Pero Dios, rompiendo las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella... A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó según vosotros veis y oís... Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús, a quien vosotros habéis crucificado."

"En oyéndole, se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: "¿Qué hemos de hacer, hermanos?" Pedro les contestó: "Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos y para todos los de lejos cuantos llamare a sí el Señor, Dios nuestro". Con otras muchas palabras atestiguaba y los exhortaba diciendo: "Salvaos de esta generación perversa". Ellos recibieron su palabra y se bautizaron, y se convirtieron aquel día unas tres mil almas" (*Act* 2, 1-41).

Este texto, de capital importancia, debe retener toda nuestra atención.

En él se indican:

— las genuinas perspectivas históricas del día de Pentecostés en la economía de la salvación: la efusión del Espíritu de Dios prometido por los profetas para los tiempos mesiánicos;

— el simbolismo fundamental del SOPLO de Dios, en el "viento impetuoso que invadió toda la casa"; el simbolismo complementario del "fuego", evocador del Espíritu de Amor, y el de las "lenguas", que indican la misión principal de los Apóstoles: anunciar por doquier la palabra de Dios;

—el aspecto carismático y concomitante de la glosolalia: para predicar a Cristo, habla la Iglesia todas las lenguas;

—por encima de todo: el sentido profundo y más esencial de Pentecostés: el don del Espíritu Santo otorgado para la renovación interior de los hombres;

—el Mediador Único que nos ha merecido con su muerte la salvación y que ahora nos envía desde lo alto del cielo "Su" Espíritu llamado a ser el Alma de su Iglesia;

—el carácter de universalidad y catolicidad de la efusión del Espíritu, puesto que "*todos*" fueron llenos del Espíritu Santo;

—la codición subjetiva para recibir esta plenitud del Espíritu: una conversión total y hacerse bautizar;

—finalmente, los admirables efectos de la venida del Espíritu Santo a las almas: una comunidad cristiana ideal, una vida nueva despegada de todos los bienes de este mundo, y una caridad perfecta: "un solo corazón y una sola alma" en Dios.

El Antiguo Testamento se desarrolla bajo el signo de la paternidad divina. El Evangelio había manifestado al Hijo. Pentecostés revela la actuante Presencia e inhabitación del Espíritu. Una indefectible continuidad enlaza al Nuevo Testamento con el Antiguo, como lo indica la tradicional imagen del "soplo", que aparece de nuevo, atestiguando esta vez no ya el pasar sino la venida definitiva del Espíritu de Yavé con miras a una "nueva y eterna Alianza" manifestadora de las maravillas de Dios.

Pentecostés inaugura un período nuevo de la historia religiosa de la humanidad: la era del Espíritu.

4. *El Espíritu Santo en la Iglesia primitiva*

La promesa del Padre se ha realizado en este día: el Espíritu ha sido enviado al mundo por mediación del Hijo. Con anterioridad "no había sido otorgado aún el Espíritu porque el Cristo no había sido glorificado" (*Io* 7, 39). Ciertamente, ya antes, el Espíritu de Yavé, este

mismo Espíritu Santo, animaba a todos los justos del Antiguo Testamento, pero cabe decir que no había sido comunicado sino con mesura. La muerte de Cristo ha operado una asombrosa efusión del Espíritu de Dios entre los hombres; la glorificación de Jesús a la diestra del Padre ha sido la señal de este don del Espíritu a todas las naciones. Ya en su primer discurso a la multitud, el día mismo de Pentecostés, lo declara San Pedro con energía: "exaltado a la diestra del Padre, Jesús ha entrado en posesión del Espíritu Santo prometido"; y, como Jefe supremo de la Iglesia, aplicando a los miembros de su cuerpo místico los beneficios de su redención, "ha derramado sobre ellos su Espíritu. Esto es precisamente lo que estáis viendo y oyendo", subraya el Príncipe de los Apóstoles. Pentecostés, la efusión universal del Espíritu, es el fruto de la redención cumplida, el regio regalo de Cristo a su esposa la Iglesia, signo deslumbrante de su resurrección y de su exaltación a la gloria del Padre. "Téngalo por cierto toda la casa de Israel: a este Crucificado" despreciado y rechazado por los suyos, "Dios le ha hecho Señor y Mesías".

Extraordinarios carismas acompañaron este descenso del Espíritu de Dios: fenómenos de lenguas y conversiones en masa, milagrosas; pero ésto no era más que una concomitancia accidental del primer Pentecostés, necesaria para el desarrollo de la Iglesia naciente. El sentido auténtico de esta teofanía es la "plenitud del Espíritu Santo" en las almas transformadas. He aquí el punto central y perdurable a lo largo de todos los Pentecostés que se sucederán en la Iglesia hasta la consumación de los siglos.

Esta página de los Hechos de los Apóstoles nos introduce, más que ninguna otra de las Sagradas Escrituras, en las profundidades del misterio de la Iglesia, donde mora para siempre el Espíritu del Padre y del Hijo.

Los "Hechos" son el libro inspirado que mejor nos revela la labor del Espíritu Santo en la Iglesia. Constituyen, verdaderamente, como un quinto Evangelio: el Evangelio del Espíritu. Se ve allí al Espíritu Santo en acción, realizando los hechos y hazañas de Dios. Tanto

los simples fieles como los miembros de la Jerarquía, viven todos, en la Iglesia, alentados por el soplo de un mismo Espíritu de Amor. Se entra en la Iglesia por el Espíritu Santo. Se incorpora uno a Cristo por el Espíritu Santo. Nos convertimos en templos de la Trinidad por el Espíritu Santo. El "agua y el Espíritu", en el momento del bautismo, hacen que los hombres "renazcan" en Dios, porque ésta ha sido la voluntad del Fundador del cristianismo según la institución promulgada por Él solemnemente después de su resurrección: "Id, pues: enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (*Mt* 28, 19). Paganos y judíos, todos son llamados a salvarse. El Espíritu Santo les es dado a todos. Los "Hechos" nos hacen asistir como a múltiples pentecostés, a "pentecostés menores", según se les ha llamado, pero que deben considerarse más bien como una prolongación del gran Pentecostés que hace descender sobre los Apóstoles y sobre los nuevos conversos la plenitud del Espíritu Santo. "Aún estaba Pedro diciendo estas palabras —leemos—, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían la Palabra; quedando fuera de sí los fieles de la circuncisión, que habían venido con Pedro, de que el don del Espíritu Santo se derramase sobre los gentiles, porque les oían "hablar en varias lenguas" y glorificar a Dios. Entonces tomó Pedro la palabra: "¿Podrá, acaso, alguno negar el agua del bautismo a éstos, que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros?" Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo" (*Act* 10, 44-48).

El mismo fenómeno de repentina toma de posesión de las almas por el Espíritu es referido varias veces en los Hechos. Pedro confiesa que sólo ha admitido a los paganos en virtud de una inspiración divina, habiéndole confirmado en su conducta el Espíritu Santo mismo por una aprobación manifiesta: "Comenzando yo a hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, igual que sobre nosotros al principio. Yo me acordé de la palabra del Señor cuando dijo: "Juan bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo". Si Dios, pues, les había otorgado igual don que a nosotros, que creía-

mos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios? Al oír estas cosas callaron y glorificaron a Dios, diciendo: Luego Dios ha concedido también a los gentiles la penitencia para la vida" (*Act* 11, 15-18).

Toda la vida de la Iglesia aparece en germen en los relatos de los Hechos. Las acciones y proezas de los Apóstoles, las enseñanzas dadas y las instituciones pronuncian las líneas estructurales de la Iglesia: la función de su magisterio, su misión santificadora de almas, el ejercicio de su gobierno espiritual para conducir a todos los pueblos hacia Dios. La predicación de la palabra de Dios y la recepción del bautismo inauguran esta vida divina en Cristo. El bautismo no es más que el primer rito de la iniciación cristiana, que debe venir a completarse mediante la imposición de manos por los Apóstoles para comunicar a los recién bautizados la plenitud del Espíritu. Todos los cristianos tendrán su Pentecostés. Es ya la práctica del sacramento de la confirmación que los sucesores de los Apóstoles administrarán a todos los bautizados para hacerlos perfectos cristianos. "Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron cómo había recibido Samaria la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan, los cuales, bajando, oraron sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo, pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo." (*Act* 8, 14-17.)

Dos relatos nos describen, en términos idílicos, el favor excepcional hecho a estos primeros creyentes y los efectos del Espíritu Santo en la Iglesia: "Perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles y en la unión, en la fracción del pan y en la oración. Se apoderó de todos el temor, a la vista de los muchos prodigios y señales que hacían los Apóstoles: y todos los que creían vivían unidos, teniendo todos los bienes en común; pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno. Todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios en medio del general favor

del pueblo. Cada día el Señor iba aumentando el número de los que habían de ser salvos". (*Act* 2, 42-47.) "La muchedumbre de los que habían creído tenían un corazón y un alma sola, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común. Los Apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús, y todos los fieles gozaban de gran estima. No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los Apóstoles, y a cada uno se les repartía según su necesidad." (*Act* 4, 32-35.)

Más que cualquier sabia disertación, esta evocación de una vida cristiana ideal, en el seno de la primera comunidad apostólica, es reveladora de la profunda renovación operada en las almas por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios es un espíritu de pobreza, de caridad fraterna y de ayuda mutua, en la comunidad de un mismo Cristo que nos conduce hacia el Padre. Ninguna teoría sistemática, ninguna sutil teología sobre los dones del Espíritu Santo hay en esos escritos inspirados sino que enuncian estas mismas realidades de una forma accesible a todos. La reflexión científica de la Iglesia las hará explícitas.

Los "Hechos" hacen resaltar en gran manera el primer plano que ocupan los Apóstoles y sus colaboradores inmediatos, introducidos en la jerarquía de la Iglesia; pero es el Espíritu Santo quien los asiste en su ministerio de difundir la Palabra de Dios y en todas las formas de su actividad cerca de las almas. El Espíritu de Dios está siempre allí para ayudarles en la orientación de sus viajes y de todos sus pasos, en la comunicación de gracias espirituales, en la administración de bienes materiales, en la organización de instituciones eclesiásticas y, en las decisiones dogmáticas y disciplinarias. En el Primer Concilio de Jerusalén, los Apóstoles apoyan las conclusiones de sus deliberaciones sobre su autoridad divina: "Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros" decidir así (*Act* 15, 28). Tienen conciencia de haber sido escogidos por Cristo para "apacentar la Iglesia de Dios" (*Act* 20, 28).

Los demás escritos apostólicos, especialmente las

Epístolas de San Pablo, no cesan de recalcar la acción del Espíritu Santo sobre las almas y sobre la vida espiritual de la Iglesia. Apuntan vigorosamente la oposición irreductible que existe entre el espíritu del mundo y el Espíritu de Dios. "Quien no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es de Cristo... Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios, y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo... Nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo... Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables, y el que escudriña los corazones, conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios." (*Rom* 8, 9-12.)

Toda la economía de la salvación tiende a poner a los hombres bajo la dependencia del Espíritu.

II

LA TRADICIÓN PATRÍSTICA

El Espíritu Santo, que hizo el primer Pentecostés, habita permanentemente en "la Iglesia de Dios" (*Act* 20, 28). Ninguna solución de continuidad hay entre la Iglesia primitiva y la nuestra. Desde el Antiguo al Nuevo Testamento, el plan de salvación se sigue ininterrumpidamente. La misión de los Profetas se perpetúa, amplificada, en la de los Apóstoles, de los cuales son sucesores los Obispos. Pedro habla aún por los labios de Paulo VI. El Cristo de Judea y de Galilea está siempre entre nosotros, evangelizando a las gentes, bautizándolas, cumpliendo, a través de los ministros de su Iglesia, su triple

misión de Doctor, de Sacerdote y de Rey. El mismo Espíritu que dominó las aguas y animaba a los justos del Antiguo Testamento, asiste a la Iglesia del Verbo Encarnado.

Desde estos puntos de vista es como hay que considerar al Espíritu Santo actuando siempre en la Iglesia para comunicarle la Vida de Dios. Su multiforme soplo se adapta a la variedad de las razas y de los temperamentos, a todas las formas de cultura y de civilización, vinculando entre sí, en un mismo cuerpo místico, a los Apóstoles y a los primeros apologistas del cristianismo, a los Padres de la Iglesia y a los doctores de la Edad Media, a los teólogos y exegetas modernos, a todo el pueblo de Dios.

San Ignacio de Antioquía ve a la Iglesia como una Casa construida por el Padre. El maderamen que la sostiene es la cruz de Cristo. "El Espíritu Santo es como la maroma que la alza." (*Carta a Efeso*, IX, 1.) Recomienda a los fieles que hagan todas las cosas "en el Hijo, el Padre y el Espíritu Santo" imitando, con su sumisión a los Obispos, la de los Apóstoles "a Cristo, al Padre y al Espíritu" (*Carta a Magnesia* XIII, 1-2).

San Ireneo, a quien debemos la primera vasta síntesis teológica del cristianismo, documento de excepcional valor como testimonio, ya que el Santo era discípulo de San Policarpo, el oyente de San Juan, ha subrayado con vigor la importancia del Espíritu Santo en la economía de la salvación: "Regenerados por el bautismo que se nos da en nombre de las Tres Personas divinas", escribe, "somos enriquecidos en este segundo nacimiento por el Hijo, en el Espíritu, con los bienes ocultos en Dios Padre. Los bautizados reciben el Espíritu de Dios, que los da al Verbo, es decir al Hijo, y Éste, tomándolos los ofrece a su Padre, y el Padre les comunica la incorruptibilidad".[1] — "El que está por encima de todos es el Padre. El que está con todos es el Verbo, pues mediante Él ha sido hecho todo por el Padre. El que está en cada uno de

1. Cf., *Demostración de la predicación apostólica*, en *Patrología orientalis* de Graffin-Nau, t. XII, p. 760.

nosotros es el Espíritu, que musita: "¡Abba, Padre!" y que modela al hombre a semejanza de Dios."[2] — "Sin el Espíritu no puede verse al Verbo de Dios; sin el Hijo, nadie llega al Padre, pues el conocimiento del Padre es el Hijo, cuyo conocimiento se logra por el Espíritu Santo. Es el Hijo quien, como función propia tiene la de distribuir el Espíritu según el agrado del Padre."[3] Y esta admirable fórmula: "Allí donde está la Iglesia, allí se halla el Espíritu de Dios; allí donde se halla el Espíritu de Dios, allí están la Iglesia y toda gracia." (*Adv. haer.* III, 24; PG 7, 966, C.)

San Cirilo de Jerusalén habla del Espíritu Santo a sus catecúmenos en un lenguaje familiar, accesible a todos, pero ¡cuán revelador de su papel de Santificador de las almas! Previene a sus oyentes de que "no intentará determinar la naturaleza o substancia del Espíritu". Estas sutiles cuestiones no han sido tratadas en los Sagrados Libros, y él quiere atenerse tan sólo a las palabras de la Escritura (*Cat.* 16, 2). — "Potencia altísima, el Espíritu Santo es una realidad divina, inaccesible. Él vive, piensa, es el Santificador de todo lo que trae su origen de Dios por medio de Cristo. Él ilumina las almas de los justos. Él estaba en los Profetas y en los Apóstoles, anunciando por mediación de ellos al Cristo venidero." (*Cat.* 16, 3.) "Se le ve en los Hechos de los Apóstoles, a los que Él dispersa, llama y envía con autoridad. Aparece como el Santificador de la Iglesia, como su Protector, como el Maestro prometido por Cristo a sus Apóstoles. Se le llama Paráclito porque consuela, da valor y nos levanta por encima de nuestra debilidad. ¿Queréis medir su Potencia?: Ved a los mártires. Sin Él no se puede dar testimonio de Cristo." (*Cat.* 16, 21.) San Cirilo contempla maravillado la acción del Espíritu Santo en la comunidad cristiana: "¿Cuántos sois? ¿Cuántos estamos aquí? El Espíritu Santo actúa en cada uno de nosotros. Presente en medio de nosotros, ve nuestras actitudes, penetra en nuestra alma y en nuestra conciencia, sabe nuestras palabras y nuestros pensamientos. Calculad, a su luz el

2. Pág. 759.
3. Ibídem.

número de los cristianos, aquí, en Palestina, y en todo el Universo. ¡Cuántos pueblos! Y en cada una de esas naciones, cuántos obispos, cuántos sacerdotes, diáconos, monjes, vírgenes y simples fieles laicos. El Espíritu Santo es su gran Jefe. Él es quien distribuye a cada uno su gracia. A éste le otorga la pureza, a aquél una perpetua virginidad, a otros la generosidad en las limosnas, la indulgencia, el amor a la pobreza, el poder de expulsar demonios" (*Cat.* 16, 22). La misión del Espíritu Santo se extiende por todo el universo: "Arcángeles, Potestades, Principados y Tronos, a todos les trasciende el Espíritu Santo: Él los instruye y los santifica" (*Cat.* 16, 23). "Él vive, es subsistente e inseparable del Padre y del Hijo. No es un soplo efímero que se escape de sus obras, sino una realidad personal. Habla, actúa, gobierna y santifica. El plan de la salvación es ordenado indivisiblemente por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo." (*Cat.* 17, 5.)

Podrían entresacarse también bellísimos textos espirituales de las obras de los tres grandes Capadocios, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Gregorio Niseno, cuyas enseñanzas trinitarias pasarán a formar parte de la doctrina común. Para probar la divinidad del Espíritu Santo, su argumentación es simple y concluyente: El Espíritu Santo es Dios, pues Él, al mismo tiempo que el Padre y el Hijo, nos diviniza. "La vida nos viene de Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo." (San Basilio, *Contra Eunomio* III, 1; PG 29, 664-665.)

San Atanasio, el gran defensor de la consubstancialidad del Verbo, fue el primero de los padres del s. IV que luchó contra los negadores de la divinidad del Espíritu Santo. "Siendo el Padre luz y el Hijo su esplendor, en el Hijo es donde descubrimos al Espíritu Santo, en quien nosotros somos iluminados. Esclarecidos por el Espíritu, es Cristo quien nos ilumina en Él. ¿No es Cristo la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo? De la misma manera, siendo el Padre la fuente y el Hijo el arroyo, nosotros abrevamos del Espíritu, y, en el Espíritu, vamos a beber a Cristo." (*Carta a Serapión* I, 19; PG 26, 573-576.) "Cristo es el verdadero Hijo, pero,

al recibir el Espíritu, también nosotros nos convertimos en hijos. Hechos hijos por el Espíritu, somos llamados hijos de Dios en Cristo." (I, 19; PG 26, 576 A.) Tenemos aquí la intuición central de la doctrina espiritual de San Atanasio: somos "hijos en el Hijo", a imagen del Verbo, por el Espíritu. Según la suprema plegaria de Jesús: "Que sean uno como nosotros somos Uno", nuestra propia unión a Dios alcanzará su plenitud en la unidad con el Padre, y el Hijo en el Espíritu. "Ciertamente, el pensamiento de Cristo no se orienta a establecer una identidad absoluta entre Él y nosotros. El sentido de su petición es suplicarle al Padre que dé su Espíritu a quienes crean en Él, este Espíritu por el que nosotros estamos en Dios y, por tanto, unidos a Él. El Verbo está en el Padre, y como el Espíritu es dado por el Verbo, Cristo quiere que nosotros recibamos su Espíritu. Poseyendo el Espíritu del Verbo que está en el Padre, gracias al Espíritu, también nosotros seremos, gracias al Espíritu, "uno" con el Verbo y por Él en el Padre." (*Contra los arrianos* III, 15, 376 A-B.)

He aquí, finalmente, un texto de San Cirilo de Alejandría en el que se resume la tradición griega acerca del papel del Espíritu Santo en nuestra santificación: "Nosotros participamos de la naturaleza divina en virtud de nuestra relación con el Hijo por el Espíritu. No es esto una simple apariencia sino auténtica realidad. Nos hacemos conformes a Dios. Cristo reproduce su forma en cada uno de nosotros, no como una creatura en otra creatura, sino como Dios increado en una naturaleza creada. Transforma a la creatura en su propia imagen por el Espíritu Santo. La eleva y nos levanta, al mismo tiempo, por encima de toda creatura" (*In Ioan.* V, 5; PG 73, 884 D-885 A). "Es únicamente por el Espíritu Santo como Cristo es formado en cada uno de nosotros." (*Thesaurus* 34; PG 75, 609.)

Con menos riqueza de imágenes, pero con mayor precisión doctrinal, la tradición patrística latina ha insistido en la Personalidad divina del Espíritu Santo y en su misión santificadora de las almas.

SAN AMBROSIO, eco de la tradición oriental, ha resumido toda su doctrina en una admirable fórmula: "El Espíritu Santo posee el mismo reino que el Padre y el Hijo: idéntica naturaleza, idéntico dominio soberano, idéntico poder". — "Habet consortium regni cum Patre et Filio etiam Spiritus Sanctus, qui unius naturae, unius dominationis, unius etiam potestatis est." (*De Spiritu Sancto* III, 20, 158; PL 16, 813.) Inspirándose en una metáfora que había encontrado en los doctores de la Iglesia de Oriente, compara San Ambrosio al Espíritu Santo con un río que tiene su Fuente en Dios Padre. "Aquí abajo sólo nos es accesible, y nos basta, una sola gotita de este agua; en la Jerusalén celestial, este Río de vida se derrama sobre los Tronos, las Dominaciones y las Potestades, sobre todos los espíritus, llevando por doquier los beneficios de su septiforme virtud." (*De Spiritu Sancto* I, 16, 157-158; PL 16, 740.)

La doctrina patrística de los Padres latinos acerca del Espíritu Santo halla su expresión suprema en el genio de SAN AGUSTÍN. A sus ojos, el Espíritu Santo es el Amor, el Vínculo de amistad y de unidad entre el Padre y el Hijo. Él es quien difunde en las almas el amor de Dios y la caridad fraterna. "El Espíritu Santo, Dios, procedente de Dios, comunicado al hombre, le inflama de amor a Dios y al prójimo. Él mismo es el Amor. El hombre no puede amar sin que esto le venga de Dios mismo. San Juan lo dice explícitamente: "podemos amarle porque Él nos ha amado primero". Y el Apóstol San Pablo: "el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado..." Cierto que el Espíritu Santo nos regala con otros presentes, pero, sin la caridad, de nada servirían... El Amor, que procede de Dios y que es Dios, es, en el sentido estricto de los términos, el Espíritu Santo. Por Él es difundida en nuestros corazones la caridad de Dios y por Él habita en nosotros la Trinidad entera. He aquí por qué el Espíritu Santo, siendo Dios como es, es llamado con todo derecho el Don de Dios." (*De Trinitate* XV, 17, 31; 18, 32.) El Espíritu Santo es el amoroso Vínculo que une al Padre y al Hijo, y este Espíritu es el que nos es dado. "Ellos han querido, por medio de lo

que entre el Padre y el Hijo hay de común, ponernos en comunión entre nosotros y con Ellos: por medio de ese mismo Espíritu que es Dios y Don de Dios." "Quod ergo commune est Patri et Filio, per hoc nos voluerunt habere communionem et inter nos et secum, et per illud donum nos colligere in unum quod ambo habent unum, hoc est per Spiritum Sanctum Deum et Donum Dei." (*Sermo* 71, n.º 18.)

En la fundamental perspectiva de sus preocupaciones pastorales, los Padres han visto ante todo en el Espíritu Santo al gran Animador espiritual de las almas en la Iglesia de Dios.

III

LA TEOLOGÍA MEDIEVAL: SANTO TOMÁS DE AQUINO

Los grandes teólogos de la Edad Media reservaron un lugar eminente en su síntesis doctrinal a la teología del Espíritu Santo. El Aquinate dedicó a ella en su *Suma contra los gentiles* tres capítulos (IV, 20, 21, 22) justamente célebres, donde se encuentra resumida la doctrina común de aquellos doctores.

El capítulo primero de los citados trae a la memoria, con textos de la Escritura, los efectos de la acción del Espíritu Santo en todo el universo. Los dos últimos analizan la función del Espíritu Santo en las almas. Son una de las cumbres de la literatura mística cristiana.

I. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN EL UNIVERSO

Las grandiosas perspectivas del primer capítulo tratan de abarcar la intervención del Espíritu Santo en su universal amplitud, en cuanto que se identifica con la acción de Dios en el mundo todo: acción creadora, organizadora, motriz, dominadora y vivificante.

1. La creación del mundo

1. La acción de la Trinidad es, sin duda, indisociable: el Padre, el Verbo y el Espíritu obran en todo de una manera indivisible; pero puede atribuírsele más particularmente al Espíritu Santo la acción de Dios en el universo, porque tal acción es obra de amor. ¿No es la razón suprema de toda la actividad de Dios *ad extra* la manifestación de la divina Bondad? Este amor creador, al extenderse y pasar del orden de la naturaleza al de la gracia y la gloria, se ha hecho santificador y redentor. Pero Dios ningún provecho saca para Sí mismo de multiplicar en torno suyo las señales de este amor. Nada que de fuera le venga puede aumentar su dicha ni la plenitud infinita de su Ser. Sin embargo, Él halla gozo en amar, es decir, en dar, en hacer que de la nada broten seres a la existencia para divinizarlos y asociarlos a su felicidad infinita. Así pues, como fundamento de todo hay que poner la donación del ser por amor y por vía de creación. De aquí las palabras del salmista atribuyendo el título de creador al Espíritu de Amor: "Envía tu Espíritu y será todo creado" (*Ps* 103, 30).

2. El mismo Espíritu de Amor va a aparecer como el principio supremo que preside la ordenación del universo. La distinción y la jerarquización de los géneros y las especies revelan una Sabiduría creadora, más también un Espíritu de Amor que se cuida de repartir en el mundo el máximo de orden y de perfección, manifestando, mediante la multiplicidad y la variedad de las creaturas, el esplendor y la belleza del Creador. He aquí por qué el Génesis (I, 2) nos muestra al Espíritu de Yavé cerniéndose sobre las aguas y sobre el caos primitivo para poner orden en aquellos abismos, función ornamentadora que culminará en la obra de los seis días.

3. Cada una de las creaturas, creada por el Amor, debe ser encaminada, según su naturaleza, hacia su destino propio. Pertenécele al Espíritu Santo, al Espíritu de Amor, después de haberlas hecho salir de la nada, el comunicarse con ellas por un impulso motor continuado que las lleve a realizar su destino a través

de sus actos. "Caigan los impíos en sus propias redes, que yo mientras seguiré mi camino." (*Ps* 141, 10.) — "Tu Espíritu es bueno, llévame por camino recto." (*Ps* 143, 10.)

4. Gobernar es actuar como jefe, dar órdenes eficaces, efectivas. Gobernar el universo es ejercer sobre todas las creaturas un dominio soberano, obrar como dueño y señor absoluto que posee todas las cosas. El apóstol San Pablo atribuye este carácter de dominador al Espíritu Santo, al que llama "Señor" (*2 Cor* 3, 17). La Iglesia misma canta en el Credo "...Y [creo] en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida", "...Et [credo] in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem".

5. La manifestación más alta de esta acción motriz del Espíritu es la vida. El movimiento caracteriza a la vida. Y en nosotros las palpitaciones vitales provienen de nuestros instintos más hondos, de los secretos impulsos del Amor. Con razón, pues, atribuye la Escritura al Espíritu de Amor la creación de la vida. "El Espíritu es el que da vida", afirma San Juan (6, 63). Y Ezequiel lo había anunciado ya: "Yo voy a hacer entrar en vosotros el Espíritu y viviréis" (37, 5). Es la fe proclamada por nuestro Credo en el Espíritu dador de vida: "Et vivificantem", "qui ex Patre Filioque procedit", "que procede del Padre y del Hijo".

Así acaba este primer capítulo: amplio fresco doctrinal que contiene todas las enseñanzas tradicionales de la Iglesia sobre la acción del Espíritu Santo en el universo creado y gobernado por el Amor.

II. LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN LAS ALMAS

Los otros dos capítulos escrutan la acción del Espíritu Santo en las profundidades de las almas.

Dos puntos de vista complementarios —y el uno secuela del otro— sirven para considerar el problema en un doble aspecto:

— los dones de Dios (*Cap.* 21).

— las reacciones del alma, sus movimientos espirituales bajo la influencia divina, su ascensión hacia Dios (*Cap.* 22).

a. LOS DONES DE DIOS AL ALMA

Un análisis minucioso, casi exhaustivo, nos proporciona la solución en fórmulas despojadas de todo lirismo pero precisas y densas, que abordan la cuestión por todas sus múltiples facetas:

1. El don del Espíritu en su semejanza creada: la caridad:
2. la presencia personal, inmediata, sustancial del mismo Espíritu Santo en el alma, con todas sus consecuencias:
3. la inhabitación de toda la Trinidad en el alma:
4. el mutuo descanso de Dios en nosotros y de nosotros en Dios:
5. la revelación de los secretos divinos:
6. la comunicación de todas las riquezas de Dios:
7. la transformación del alma en Dios y su fruición de la beatitud divina:
8. la adopción filial:
9. el perdón de los pecados y la purificación total del alma por el amor.

Cada uno de estos puntos es analizado a la luz de la ciencia teológica siempre con el apoyo de textos de la Escritura, admirablemente escogidos.

1. El don del Espíritu Santo en su similitud creada

Puede decirse que el Espíritu Santo nos es dado con la caridad, es decir cuando el Espíritu de amor imprime en nosotros su propia semejanza. ¿No decimos de la misma manera que nos es concedida la Sabiduría divina cuando participamos en la Sabiduría del Verbo? Todo conocimiento de Dios, sea por la fe, sea por la visión, es en nosotros como un reflejo de la Luz del Verbo. Igualmente, todo impulso de la caridad divina nos asimila al Amor eterno. Las misiones invisibles del Verbo y del Amor nos hacen conformes al Hijo Único, que es el Pensamiento del Padre, y al Espíritu Santo, Amor del

Padre y del Hijo. El Verbo nos es así dado en una verdadera participación de su Luz Increada; el Espíritu nos es igualmente comunicado cuando "por Él es derramada en nuestros corazones la caridad" (*Rom* 5, 5), semejanza en nosotros del Amor Subsistente. Todo pensamiento de sabiduría es en nosotros evocador del Verbo, como todo movimiento de amor lo es del Espíritu Santo. Por vía de eficiencia nos elevamos directamente hacia toda la Trinidad, pero en el orden de la ejemplaridad se llega distintamente, aunque inseparablemente, a una u otra de las Personas divinas. Tales son las leyes de la apropiación, que nos hacen ascender por los efectos hacia la indisociable Trinidad, como a la Primera Causa eficiente y ejemplar. Aunque estos efectos sigan siendo obra común de toda la Trinidad, se les puede atribuir más especialmente a una u otra Persona: al Padre, los efectos de Poder; al Verbo, las manifestaciones de luz; y al Espíritu Santo todos los beneficios del amor. En este sentido, podemos decir que el Verbo y el Espíritu Santo se imprimen en nosotros.

2. *La Presencia personal del Espíritu Santo*

Es preciso ir más lejos y hablar no solamente de Presencia del Espíritu Santo en una imagen representativa, sino de una verdadera Presencia física de la Persona misma del Espíritu Santo. En efecto, toda acción divina en las creaturas, en lo más íntimo de su ser de naturaleza o de gracia, trae consigo a lo más recóndito de ellas mismas la Presencia real, personal y substancial de Dios, por contacto creador. El más diminuto grano de arena, el menor átomo que brota a la existencia o es mantenido fuera de la nada, evoca la Presencia todopoderosa del Ser infinito, Fuerza creadora y conservadora de todos los seres del universo. "Necesse est ut ubicumque est aliquis effectus Dei, ibi est et IPSE DEUS EFFECTOR." La luz de Dios en los espíritus presupone la acción iluminadora y la Presencia del Verbo; el menor acto de caridad requiere la moción directa y la presencia personal del Espíritu Santo. El apóstol San Pablo lo afirma con sus palabras, que es necesario entender con todo

el realismo de la fe: "¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (*1 Cor* 3, 16).

3. *La inhabitación de toda la Trinidad en el alma*

El Espíritu Santo es inseparable del Padre y del Hijo. De donde la Presencia indivisible y la inhabitación de toda la Trinidad en el alma de los justos. Las Tres Personas divinas permanecen indisociables: donde está el Padre, allí está el Hijo; donde se encuentran el Padre y el Hijo, allí está el Espíritu Santo. Esta venida del Verbo y del Espíritu Santo, esta inhabitación de la Trinidad en el alma es atribuida con razón, como efecto del amor, al Espíritu Santo. Cristo mismo nos lo había anunciado: "Si alguno me ama, —es, pues, el amor el que trae esta Presencia— guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada" (*Io* 14, 23). Tanto en la tradición mística de Oriente como en la de Occidente, estas palabras del Maestro han llegado a ser el fundamento de la espiritualidad cristiana. Este "vivir unidos" de la amistad efectiva con las Tres Personas divinas no está reservado a unos elegidos excepcionales. Es la existencia normal de todos los cristianos, llamados a vivir, desde el bautismo, en la intimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Dios estaba ya presente, substancialmente, en lo más íntimo de sus almas y en todas las fibras de su ser, por su contacto creador. Él se hace su Amigo, el objeto constante, íntimamente presente, de su contemplación y de su amor. Su contemplación se evade de este mundo efímero para fijarse en el invisible y descansar en la posesión fruitiva de Dios.

4. *El mutuo descanso de Dios en nosotros y de nosotros en Dios*

El Dios de amor habita en ellos y ellos también cohabitan con Dios, en una intimidad de amor llamada a crecer a través de todo. El amor todo lo explica en esta vida de unión: "Es Dios quien nos ha amado pri-

mero", declara San Juan (*1*, 4, 10). Si el hombre corresponde al Amor con el amor, entonces "el que ama permanece en Dios y Dios en él" (*1 Io* 4, 16). "Conocemos que permanecemos en Él y Él en nosotros en que nos dio su Espíritu." (*1 Io* 4, 13), que obra en nosotros la caridad y nos guarda en el amor.

5. *La revelación de los secretos divinos*

Entre amigos no hay secretos. Se lo dicen todo. No existe más que una sola alma y un solo corazón para los dos. No se dirigen a un extraño. El amigo es otro uno mismo. Se dialoga con él en alta voz. Se habla al amigo como sin salir de sí mismo. "Yo no os llamaré ya siervos", decía Jesús a los Apóstoles, sino que os llamaré "mis amigos. Todo lo que he aprendido de mi Padre, os lo he hecho conocer" (*1 Io* 15, 15). Ahora bien, es el Espíritu Santo quien nos constituye en amigos de Dios: "Per Spiritum Sanctum amici Dei constituimur". "Aquel que escruta las profundidades de Dios" nos introduce en los abismos de su Divinidad. Escrito está en San Pablo: "Ni el ojo vio, ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman, pero Dios nos lo ha revelado por su Espíritu" (*1 Cor* 2, 9-10).

El hombre, ilustrado por el Espíritu Santo sobre todos los misterios divinos, ilumina a su vez a los demás hombres. Los Profetas del Antiguo Testamento y los Apóstoles del Evangelio dan testimonio de Dios al soplo del Espíritu. El Maestro nos lo había anunciado: "Os envío como ovejas en medio de lobos; sed, pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. Cuando os entreguen no os preocupe cómo o qué hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre el que hablará en vosotros" (*Mt* 10, 16-20). San Pedro lo

había escrito a los primeros cristianos: "Movidos del Espíritu Santo, hablaron los hombres de Dios" (*2 Petr* 1, 21). Nuestro Credo afirma: "Es el Espíritu Santo quien nos habla por los Profetas: "qui locutus est per Prophetas".

El mismo Espíritu Santo ilumina a los apóstoles de todos los tiempos. Él les concede, como en el día de Pentecostés, las luces interiores, el don de lenguas y todos los carismas necesarios para proclamar entre los hombres "las maravillas de Dios" (*Act* 2, 11).

6. La comunicación de todas las riquezas de Dios

El amor no se contenta con las confidencias, con revelar los secretos del corazón, sino que lo da todo y se da a sí mismo. Todo es puesto por él en común. Dios Padre "ha amado al mundo de tal manera que le ha dado a su Único Hijo" (*Io* 3, 16). — "¿Cómo no nos ha de dar con Él todas las cosas? (*Rom* 8, 32). Es por Amor, es decir por el Espíritu Santo, como reparte sus beneficios sobre cada uno de nosotros. "Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; diversidad de operaciones, pero un mismo Dios que hace todo. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de Sabiduría; a otro la palabra de Ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe, en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía. En todo obra el mismo Espíritu como él quiere" (*1 Cor* 12, 4-11) para el bien de toda la Iglesia.

7. La transformación del alma en Dios y su fruición de la beatitud divina

El blanco al que apunta el Espíritu Santo en su acción sobre las almas, es el de conducirlas hacia la beatitud divina. Creación, conservación, gobierno del mundo, mociones continuas sobre cada uno de nosotros según los designios de la Providencia, todo debe en-

caminarnos hacia la posesión y la fruición de la Trinidad, hasta la "consumación en la unidad". (*Io* 17, 23.) La felicidad de Dios nos espera... Pero lo mismo que un trozo de madera, antes de participar de las propiedades del fuego debe ser transformado progresivamente y prenderse en una misma llama, así también el alma humana debe primero ser transformada en Dios, y después realizar operaciones divinas y, por este medio, entrar en posesión de la divina beatitud. El Espíritu Santo es quien obra en el alma esta triple maravilla. Él es quien imprime en nosotros esta semejanza divina y esta configuración con Cristo; Él quien nos hace aptos para realizar acciones divinales, quien nos transforma en agentes deiformes, preparándonos así para nuestra entrada en la felicidad de Dios. San Pablo parece insinuar esta triple intervención del Espíritu Santo en nosotros cuando nos dice: "Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos confirma en Cristo, Él quien nos ha ungido, nos ha sellado y ha depositado las arras del Espíritu en nuestros corazones" (*2 Cor* 1, 21-22). En estos textos de la Escritura se habla de "unción", de "sello", de "prendas" o "arras", para indicar que somos marcados por la gracia como con un "sello" de semejanza divina, "ungidos" para que nuestras acciones sean perfectas y deiformes, garantizados con unas "prendas" de que alcanzaremos la futura felicidad celestial, inamisible.

8. La adopción filial

Pero el beneficio supremo del Espíritu Santo es el don al hombre de la adopción filial, fruto de la encarnación del Verbo. "A la hora de la plenitud de los tiempos", nos revela San Pablo, "Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, sujeto a la Ley, para redimirnos y hacernos sus hijos de adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que nos hace decir con Él: ¡Abba, Padre!" (*Gal* 4, 4-5.) Dios ha creado el universo de los cuerpos y de los espíritus. Él ha enviado a su Único Hijo sobre nuestra tierra de la Encarnación, Él ha puesto el mundo de los ángeles a nuestro servicio,

a fin de hacer de cada uno de nosotros otros hijos, otros Cristos, animados de un mismo Espíritu. Nuestra predestinación a la adopción divina es el fin de la Creación y del gobierno del mundo "para alabanza de su gloria" y de su misericordia. Estas perspectivas dominan todo el plan de la salvación. "Dios Padre nos ha llenado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales; por cuanto Él nos eligió antes de la constitución del mundo para que fuésemos santos e inmaculados ante Él, y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos en Jesucristo" (*Eph* 1, 3-5), "conformes con la imagen de su Hijo Unigénito" (*Rom* 8, 29).

Todo el mensaje del Evangelio se resume en esta gracia de adopción. Según el testimonio de San Juan, la venida del Verbo entre nosotros no ha tenido otra razón de ser. "Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba al principio en Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron dioles poder de venir a ser hijos de Dios." (*Io* 1, 1-12.)

Esta gracia de la adopción filial nos es comunicada por el Espíritu Santo. San Pablo nos declara: "Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción por el que clamamos: ¡Abba, Padre!" (*Rom* 8, 14-15.) En la *Suma teológica*, esta filiación por la gracia, a imitación de la filiación eterna del Verbo, aparecerá como la intuición central de la doctrina espiritual de Santo Tomás de Aquino.

9. *La obra de purificación del Espíritu Santo*

Además de estos efectos positivos de la gracia en las almas, Santo Tomás señala la obra purificadora realizada en ellas por el mismo Espíritu de Amor. Perspectivas capitales de vida espiritual en una humanidad pecadora donde la gracia divina representa siempre una doble fun-

ción: "curación del pecado" y "divinización del alma". La noche misma de su Resurrección, Cristo anunció a sus Apóstoles esta función purificadora del Espíritu Santo en su Iglesia: "Recibid el Espíritu Santo. Aquellos a quienes perdonéis los pecados les serán perdonados" (*Io* 20, 22). La Iglesia tiene el poder de las llaves. A través de ella es como el Espíritu Santo lleva a cabo entre los hombres su obra de salvación. Toda santidad reviste un doble aspecto: separación del mal y unión con Dios, efectos de un mismo Amor. Esta purificación de las almas por el Espíritu Santo constituye uno de los grandes temas de la Biblia: "Envía tu Espíritu", suplica el salmista, "y todo será creado y tú renovarás la faz de la tierra" (*Ps* 103, 30). Los profetas habían entrevisto para los tiempos mesiánicos esta purificación interior de las almas por el Espíritu de Yavé. "Y os aspergearé con aguas puras" —símbolo del Espíritu— "y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías" (*Ez* 36, 25). El Nuevo Testamento hará resplandecer fuertemente la obra purificadora y al mismo tiempo transformadora que el Espíritu realiza en las almas.

En resumen, concluye Santo Tomás de Aquino: todos los dones de Dios descienden a las almas por medio del Espíritu Santo. "Omnia dona Dei per Spiritum Sanctum nobis dari dicuntur." (IV *Contra Gentes*, cap. 21.)

b. LAS REACCIONES DEL ALMA EN SU ASCENSO HACIA DIOS

Después de haber expuesto la acción del Espíritu Santo en el universo (Cap. 20) y sus dones espirituales a las criaturas racionales (Cap. 21), Santo Tomás, para acabar de describirnos los efectos del Espíritu Santo, considera las reacciones del alma en su ascenso hacia Dios en cuatro párrafos distintos (Cap. 22) que podríamos titular:

1. Contemplación de Dios.
2. Amor y alegría en Dios.
3. Cumplimiento de todos los preceptos.
4. Libertad del amor.

1. Contemplación de Dios

El amor es ávido de presencia, busca la unión. Dos seres que se aman quisieran vivir juntos siempre. Vivir el uno cerca del otro: esta es la aspiración suprema del amor: "esse amicitiae proprium simul conversari ad amicum". Este "vivir juntos" entre el hombre y Dios se realiza por la contemplación. Dios "habita en una luz inaccesible" (*1 Tim* 6, 16). Nosotros no podemos alcanzarle por medios corpóreos, sino avanzando a pasos espirituales, por actos de fe, de confianza y de amor, "gressibus amoris". "Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo", nos dice San Pablo (*Phil* 3, 20). Todo nos llama hacia esta ciudad de Dios en la que viviremos en sociedad con las Tres Personas divinas y en relación con los ángeles y los santos.

Nuestra vida teologal, desde aquí abajo nos hace entrar en comunión, por la fe y el amor, con toda esta Familia divina, en la esperanza de una felicidad perfecta. Es el Espíritu Santo quien nos hace amigos de Dios, nos convierte en contemplativos, en seres cuya mirada permanece inmutablemente fija en Dios por el amor. "Quia igitur Spiritus Sanctus nos amatores Dei facit, consequens est quod per Spiritum Sanctum Dei contemplatores constituamur." Para comentar este tema, se debería traer aquí el bello tratado de la vida contemplativa escrito por el santo Doctor. La contemplación del filósofo procede de su amor al estudio y de su deseo de saber: la contemplación de los santos brota del amor y conduce al amor. Su horizonte: Dios. "Para nosotros", los cristianos, "que contemplamos a cara descubierta la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor" (*2 Cor* 3, 18). — "No ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; la invisibles, eternas." (*2 Cor* 4, 18.) Nuestro espíritu debe mantenerse dócil a los impulsos de la gracia divina, pero es el Espíritu Santo quien hace a los contemplativos de Dios.

2. *Amor y alegría en Dios*

Amor y alegría van juntos. La alegría es la presencia y la posesión de aquél a quien se ama. La alegría se mide por el amor. Cuando se ama a Dios, es la infinitud de la alegría. Se goza de su Presencia; mejor aún, nos regocijamos porque Él es Dios:

"Servid a Yavé con júbilo,
venid gozosos a su presencia.
Sabed que Yavé es Dios." (*Ps* 99, 2.)

La dicha suprema de los santos es el goce de Dios. En Él nada les falta, nada podría menoscabar su inamisible felicidad. "El Señor es Dios" ¿qué importa lo demás? "El Señor es Dios" ¿qué importa la desaparición del universo?

Es el Espíritu Santo quien nos hace encontrar en Dios gozo y delectación. Dios habita en nosotros y nosotros en Él: he aquí la fuente de la felicidad. Esta alegría, toda divina, del alma de los santos les consuela de todas las tristezas de este mundo. Les sostiene en sus angustias y en sus luchas. El salmista canta: "Devuélveme el gozo de tu salvación, sosténgame un espíritu generoso". (*Ps* 50, 14.) — "El reino de Dios", escribía San Pablo, "es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo" (*Rom* 14, 17). Los Hechos de los Apóstoles (9, 31) nos señalan: "La Iglesia gozaba de paz por toda la Judea, la Galilea y la Samaria". Las primeras comunidades cristianas "se edificaban y vivían en el temor del Señor, llenos de la consolación del Espíritu Santo". ¿No había anunciado el Señor mismo, al Espíritu Santo, llamándole el "Paráclito", es decir el Abogado, el Auxilio, el Defensor, el Consolador? (*Io* 14, 26.)

3. *Cumplimiento de todos los preceptos*

El amor se prueba con obras. "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre." (*Mt* 7, 21.) Jesús había indicado que la fidelidad era señal auténtica de

amor: "Si me amáis, guardaréis mis mandamientos" (*Io* 14, 15). Entre amigos hay una misma voluntad. La voluntad de Dios aparece expresada en los preceptos de su Ley de amor. "Voluntas Dei nobis per praecepta ipsius explicatur." Nuestro amor debe, pues, conformarse con la voluntad divina, identificarse con sus menores deseos. La santidad suma es el "*fiat*" cumplido por amor. Es el Espíritu Santo quien nos impulsa a amar y, por consiguiente, a obedecer. Es Él quien inspira a los hijos de Dios esta fidelidad del amor. El Hijo Único también ha observado la Ley, hasta el menor ápice, por la gloria del Padre. La "fidelidad en las pequeñas cosas" (*Lc* 16, 10) no con espíritu mezquino, sino con amor, es la quintaesencia del Evangelio. San Pablo, en su famoso capítulo octavo de la Epístola a los Romanos, nos ha dejado una magnífica descripción de la vida cristiana al soplo del Espíritu Santo. "No hay, pues, ya condenación alguna para los que son de Cristo Jesús, porque la Ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libró de la ley del pecado y de la muerte... Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios." (*Rom* 8, 1-2; 14.)

4. Libertad del amor

Existen dos maneras de observar la Ley: una puramente literal y farisaica, con espíritu de temor y de esclavitud; la otra, no menos fiel a todas sus prescripciones, pero en la libertad del amor: la de Cristo y la Virgen de Nazaret. Los amigos de Dios deben guardar la Ley, no como mercenarios sino con la gozosa espontaneidad de los hijos de Dios, llevados por el Espíritu Santo: "a Spiritu Sancto filii Dei aguntur, non sicut servi, sed sicut liberi". El santo es dueño de sus actos. No es esclavo ni de sus pasiones, ni de costumbres viciosas, ni de los acontecimientos exteriores. Pasa en medio de los hombres y de las cosas con la dominadora libertad del amor.

Ningún poder del mundo puede forzar a una voluntad libre. Si se la fuerza a adoptar, mal que le pese, una conducta exterior, ella, dentro del hombre, sigue siendo

perfectamente libre, señora de sus actos. Santo Tomás acumula textos de San Pablo para confirmar este inalienable e intangible dominio del alma humana, que ningún agente externo puede violentar, que se lleva a sí misma, que tiene sus propias acciones, y que el Espíritu Santo, cuando la mueve, la encamina hacia Dios respetando siempre su libertad, más aún dándole facultad de obrar por sí misma, según su propia determinación, misterio de la libertad humana salvaguardada —y asegurada— por el valor infaliblemente eficaz de la Omnipotencia de Dios, que hace obrar a cada ser según su naturaleza, con fuerza y suavidad.

El Espíritu Santo nos inclina a obrar por nosotros mismos, según nuestras tendencias personales y nuestra libre decisión, como amigos de Dios. Él conduce a los hijos de Dios, no como a mercenarios y esclavos, sino como a hombres libres por amor, según las palabras del Apóstol: "Que no habéis recibido un espíritu de siervos, antes habéis recibido el espíritu de adopción" (*Rom* 8, 15). Este espíritu de libertad es característico de la nueva Ley que anima la gracia del Espíritu Santo. Él impulsa a las almas, no a evadirse de la Ley, sino a practicarla con el heroísmo de los santos en un espíritu de perfecto desapego y generoso espíritu de sacrificio. ¿No está escrito: "Si con el Espíritu, mortificáis las obras de la carne, viviréis"? (*Rom* 8, 13). El amor es fiel, pero libera de la tutela de la Ley. "Pero si os guiáis por el Espíritu, no estáis bajo la Ley." (*Gal* 5, 18). Los amigos de Dios son los seres más libres del universo. Donde esté el Espíritu Santo, allí está la verdadera libertad. "Ubi Spiritus Domini, ibi libertas." (*2 Cor* 3, 17).

IV

EL TESTIMONIO DE LOS MÍSTICOS: SAN JUAN DE LA CRUZ

La Palabra de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras, predicada por los Profetas, por el Verbo encarnado y por los Apóstoles, ha revelado a los hombres los mis-

terios de la salvación. Los Padres de la Iglesia nos han transmitido este depósito de la fe que los doctores, los exegetas, los teólogos y apologetas, no han cesado de escudriñar, desarrollar y aplicar según las necesidades de la Iglesia. Los místicos viven en lo más recóndito de su alma estas verdades divinas. Todos atestiguan que deben sus más altas luces y sus inspiraciones de amor al Espíritu Santo.

El testimonio de San Juan de la Cruz es en este punto particularmente esclarecedor. El Espíritu Santo domina toda su obra de escritor: la *Subida del Monte Carmelo,* la *Noche obscura,* el *Cántico Espiritual* y, sobre todo, su obra maestra: la *Llama de Amor Viva.*

La Subida del Monte Carmelo

El gran Doctor místico del Carmelo se propone guiar a las almas hasta las cimas más elevadas de la "montaña del amor" "donde no habita más que el honor y la gloria de Dios". Pero para subir a estas cimas de la santidad por la unión transformante, el alma debe estar "resuelta" a elevarse hasta Dios "por la desnudez de la fe" y dejarse conducir por el Espíritu Santo. Él es el principal Artífice de nuestra perfección, el Maestro interior, libre de hacernos su donación. "Dalo Dios a quien quiere y por lo que Él quiere." (*Subida* 2, 32, p. 475.)[4] Pocos místicos han señalado con tanto vigor como San Juan de la Cruz, la soberana libertad de Dios en la guía de las almas. Cierto, la colaboración de las almas es necesaria, y el famoso capítulo 13 de la *Subida al Monte Carmelo* resume, en dos fórmulas tajantes y decisivas, la ascesis personal que el alma debe emprender para purificarse y hacerse dócil a las divinas inspiraciones. Pero el Espíritu Santo, Él sólo, puede realizar en nosotros esta transformación divina: "Dios de suyo obra en el alma la divina unión" (*Subida* 3, 2, p. 478). Cuanto más se eleva el

4. Las referencias en: *Vida y Obras completas de San Juan de la Cruz,* por los PP. Crisógono de Jesús, Matías del Niño Jesús y Lucinio del SS. Sacramento, O. C. D., Madrid (B. A. C.), 5.ª edic., 1964.

alma a esos estados de unión y de transformación en Dios, más se transparenta en ella la acción dominadora del Espíritu Santo.

La Noche Obscura

La descripción de las terribles noches purificadoras está transida de fulgurantes destellos que hacen aparecer las cimas y resplandecer las gracias que el Espíritu Santo obra en estas almas desoladas y privilegiadas. En ellas, muere todo lo humano para hacer sitio a lo divino. La naturaleza desaparece delante de la gracia, asumida por ella, purificada y divinizada. Las obras de estas almas bienaventuradas presentan el aspecto deiforme de los dones del Espíritu Santo. "Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, Él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad; y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas, que, por cuanto, como dice San Pablo: "el que se une con Dios, un espíritu se hace con Él" (*1 Cor* 6, 17), de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu divino y son divinas. Y de aquí es que las obras de las tales almas sólo son las que convienen y son razonables... Y así, todos los primeros movimientos de las potencias de tales almas son divinos... Tales eran las de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual estando desde el principio levantada a este tan alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo" (*Subida* 3, 2, p. 479-480).

La función de las noches consiste precisamente en desnudar al alma de todos los obstáculos para la unión divina, llevándola a entregarse sin resistencia a este Espíritu de amor. "Esta noche [purificadora] va sacando al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas, para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno

de toda humana manera. Aquí le parece al alma que anda fuera de sí en penas; otras veces piensa si es encantamiento el que tiene o embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que solía tratar comúnmente; de lo cual es causa el irse ya haciendo remota el alma y ajena del común sentido y noticia acerca de las cosas, para que, aniquilada en éste, quede informada en el divino, que es más de la otra vida que désta." (*Noche,* libro II, cap, 9, p. 582.) En su manera de obrar se hace toda deiforme.

El Cántico espiritual

El *Cántico espiritual* ensalza esta vida de amor. Tras el doloroso ascenso en la noche, vienen los esplendores de la unión divina. "...las flores de virtudes... están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto, las cuales algunas veces es cosa admirable ver abrirse todas (causándolo el Espíritu Santo)..." (*Cántico,* Canc. 24, p. 694.)

Deben leerse, en el *Cántico espiritual,* las admirables descripciones de esta vida de unión del alma con Dios, transformada por Él. Cuanto más dóciles son las almas al Espíritu Santo tanto más se acercan a Dios. "...y podemos decir que estos grados o bodegas de amor son siete, los cuales se vienen a tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma." (*Cántico,* Canc. 26, p. 700.) En el grado supremo, en la "última y más interior bodega del Amado" se llega al matrimonio espiritual, a la perfecta unión: "Dios y el alma están ambos en uno, como si dijéramos ahora: la vidriera con el rayo del sol, o el carbón con el fuego, o la luz de las estrellas con la del sol; no, empero, tan esencial y acabadamente como en la otra vida" (*Cántico,* Canc. 26, p. 700). "...así como la desposada no pone en otro su amor ni su cuidado ni su obra fuera de su esposo, así el alma en este estado no tiene ya afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna

que todo no sea inclinado a Dios, junto con sus apetitos, porque está como divina, endiosada, de manera que aun hasta los primeros movimientos no tiene contra lo que es la voluntad de Dios en todo lo que ella puede entender." (*Cántico*, Canc. 27, p. 705.)

Por último, el alma "está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de Él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de Él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo..." (*Cántico*, Canc. 38, p. 731.) El alma es introducida definitivamente al ciclo mismo de la vida trinitaria "en la comunicación del Espíritu Santo, el cual, a manera de aspirar, con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta el alma y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que a ella la aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo; porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. ...el alma, unida y transformada en Dios, aspira en Dios a Dios la misma aspiración divina que Dios —estando ella en Él transformada— aspira en sí mismo a ella. ...Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta, que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado, porque, dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, o, por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella como la misma Trinidad, pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma?... "Padre, quiero que los que me has dado, que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la claridad que me diste... para que sean una misma cosa, como nosotros somos

una misma cosa, yo en ellos y tú en mí; por que sean perfectos en uno, por que conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí" (*Io* 17, 23-24), que es comunicándoles el mesmo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino, como habemos dicho, por unidad y transformación de amor; como tampoco se entiende aquí quiere decir el Hijo al Padre que sean los santos una cosa esencial y naturalmente como lo son el Padre y el Hijo, sino que lo sean por unión de amor, como el Padre y el Hijo están en unidad de amor.

De donde las almas esos mesmos bienes poseen por participación que Él por naturaleza; por lo cual verdaderamente son dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios. De donde san Pablo dijo: "Gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su divina virtud para la vida y la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dio, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la divina naturaleza" (*2 Petr* 1, 2-4). Hasta aquí son palabras de San Pedro, en las cuales da claramente a entender que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en él, acompañadamente con él, la obra de la Santísima Trinidad... ...¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis, en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias! ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos y para tan grandes voces sordos, no viendo que, en tanto que buscáis grandezas y glorias, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes e indignos!" (*Cántico*, Canc. 39, p. 733-735.)

La Llama de amor viva

En la *Llama de amor viva* es donde alcanzamos la cumbre de la mística sanjuanista y el *summum* de la acción divinizadora que el Espíritu Santo lleva a cabo

en las almas. San Juan de la Cruz, más aún que Doctor de las noches es Doctor del amor divino. La imagen clave de su síntesis doctrinal no es la de la "noche oscura" sino la de la "Llama Viva de amor". Con la metáfora de las noches había descrito el trabajo purificador previo al estado de unión; con la imagen del fuego, de la "Llama Viva", evoca todo el itinerario espiritual: el camino y su término, la purificación del alma y su transformación en Dios.

Nada revela tanto el carácter único de la acción que San Juan de la Cruz atribuye al Espíritu Santo como el clima enteramente divino en que nos introduce mediante la *Llama de amor viva.* El Doctor místico no ve en las almas más que la Acción inmediata, personal de Dios. Toda su ascesis, la práctica fiel de todas las virtudes, la orienta a disponer al alma para la Acción purificadora y transformante del Espíritu de Dios. Ya, en la *Noche oscura* (Lib. II, cap. 11, p. 586-588), había analizado el Santo los efectos del amor en el alma. En la *Llama de amor viva,* el clima es completamente distinto: San Juan de la Cruz no se detiene más a considerar los efectos de la caridad, del amor creado, sino que contempla la obra purificadora y transformante que opera en el alma el Amor increado. Todo se sublima, todo es referido al Espíritu de Dios. La "Llama de amor viva" simboliza al Espíritu Santo. Toda la doctrina mística de San Juan de la Cruz se unifica a esta luz definitiva: repite la descripción de todas las etapas de la vida espiritual, desde las primeras purificaciones del alma hasta los estados más excelsos de la unión transformante, resumiéndolos en una página de incomparable síntesis en la que la acción directa, personal, del Espíritu Santo resplandece y lo explica todo. Este Fuego transformante y purificador no es una mera chispita creada que participe del Amor increado: "La Llama es el Espíritu Santo" (Canc. 1, p. 830). Con tan decisivo enderezamiento del rumbo nos introduce de repente en una claridad superior, expresión suprema de su genio. Hallámonos en presencia de la imagen clave, la más rica, la más unificadora, la que con mayor profundidad explica todas las etapas del itinerario sanjuanista. El conjunto entero queda iluminado

por sus resplandores, y el Doctor de la unión transformante desarrolla aquí su lección más magistral.

Después, para bosquejar un trasunto de lo que es esta fiesta del Amor dentro del alma, San Juan de la Cruz adopta los inspirados acentos del *Cantar de los Cantares:* "Levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues ya ha pasado el invierno, y la lluvia se fue y alejó, y las flores han parecido en nuestra tierra... La voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra; la higuera ha producido sus frutos, las floridas viñas han dado su olor. Levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven, paloma mía, en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca; muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso. Todas estas cosas siente el alma y las entiende distintísimamente en subido sentido de gloria, que la está mostrando el Espíritu Santo en aquel suave y tierno llamear, con gana de entrarla en aquella gloria" (Canc. 1, p. 844). Cuando, en las páginas finales, San Juan de la Cruz trata de explicar el "movimiento que hace el Verbo en la sustancia del alma" y la aspiración del Espíritu (Canc. 4, p. 918-926), no puede ya seguir escribiendo... Ha llegado hasta lo Inefable.

V

EL MAGISTERIO ECLESIÁSTICO

El magisterio que ejerce la Iglesia con su predicar a todos los pueblos, con sus obras y sus instituciones apostólicas, y primordialmente con su liturgia, proclama que el Espíritu Santo tiene un puesto único en la vida espiritual de las almas. Todas las modalidades del *Credo* afirman la creencia en el "Espíritu vivificante". Varios Concilios se han ocupado de determinar la divinidad del Espíritu Santo, su manera de proceder del Padre y del Hijo, sus funciones como Santificador de la Iglesia. Existen familias religiosas fundadas bajo la protección

y la advocación del Espíritu Santo. En la literatura cristiana hay multitud de obras que versan sobre el Espíritu Santo, cuyo culto se ha difundido por toda la catolicidad.

Donde la Iglesia expresa de un modo supremo esta fe suya es en la liturgia del día de Pentecostés. Es esta festividad el coronamiento del ciclo pascual, y anuncia que se abre una nueva fase de la economía de la salvación: el Cristo resucitado y glorioso a la diestra del Padre, invisible en lo sucesivo para nosotros, va a continuar su acción sobre las almas por medio del Espíritu Santo, el cual viene a inaugurar solemnemente, de manera visible, la Iglesia de los Apóstoles, encargada por Cristo de comunicar a todos los hombres los beneficios de su Redención, bajo el soplo del Espíritu.

Un documento capital del magisterio eclesiástico, y el más rico y completo, es la encíclica *Divinum illud munus*, de León XIII (9 de mayo de 1897).[5] Manifiéstase en este documento "la presencia y el maravilloso poder del Espíritu Santo, su acción y su influjo sobre la Iglesia entera y sobre cada una de las almas cristianas, gracias a la superabundante prodigalidad de sus dones celestiales". Metódica y claramente va enseñando la Encíclica cómo la misión del Espíritu Santo es prolongación de la de Cristo; cuáles son la naturaleza y las propiedades del Espíritu Santo en el seno del misterio de la Santísima Trinidad; el sentido de las apropiaciones trinitarias atribuidas al Espíritu Santo; el papel que Éste desempeña en la Encarnación, en la Redención y en la Iglesia; su constante actividad en los justos del Antiguo y del Nuevo Testamento; su inhabitación en las almas fieles; los múltiples efectos de su gracia, de sus inspiraciones y de sus dones, susceptibles de elevar a los hombres hasta la santidad más alta. Termina el documento pontificio sacando las oportunas consecuencias pastorales, exhortando a las almas a que conozcan mejor al Espíritu Santo, a que le amen ardientemente, no le ofendan jamás y le invoquen a menudo, siguiendo el ejemplo de la Virgen María, Madre de Jesús, cuyas plegarias apre-

5. A. S. S. (XXIX) 1897, pp. 644-658.

suraron la Encarnación del Verbo y la bajada del Espíritu Santo sobre el Colegio Apostólico el día de Pentecostés.

El Espíritu Santo continuador de la obra de Cristo

"Por insondables razones, Cristo no quiso realizar Él mismo sobre la tierra toda su misión hasta darle acabamiento, sino que remitió al Espíritu Santo la tarea de perfeccionar y terminar la obra que el Padre le había confiado." Apenas subió al cielo, envió a sus discípulos su Espíritu "procedente tanto de Él como del Padre, llamado a proseguir, haciendo de Intercesor, Consolador y Maestro de la verdad, los trabajos por Él emprendidos durante su vida mortal. A la multiforme actividad del Espíritu Creador del universo, que había "exornado los cielos" (*Iob* 26, 13) y "henchido la tierra entera" (*Sap* 1, 7) en virtud de su poder, estábale reservado por la Providencia el llevar a cabo la obra redentora".

El Espíritu Santo en la Trinidad

La Persona del Espíritu Santo, igual que su acción misma, es inseparable de la del Padre y de la del Hijo. La Iglesia, en sus enseñanzas a los fieles, se cuida mucho, al profesar la distinción entre las Personas divinas, de evitar todo peligro de que se la entienda erróneamente y se interprete como si se tratara de una división y pluralidad en la Esencia divina. El dogma básico del cristianismo, así como el del Antiguo Testamento, afirma el monoteísmo más puro. "Creo en un solo Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo." Nunca ha permitido la Iglesia que se disocie, en su culto, a las Tres Personas divinas. "Inocencio XII se negó en absoluto, pese a las vivas instancias que se le hacían, a autorizar la celebración de una fiesta especial en honor a solo el Padre. Y, si bien es cierto que se celebra en particular tal o cual de los misterios del Verbo hecho carne, no existe, en cambio, ninguna fiesta dedicada a honrar únicamente la naturaleza divina del Verbo; y las solemnidades de Pentecostés

fueron establecidas desde los primeros tiempos no para honrar exclusivamente al Espíritu Santo por Él mismo, sino para conmemorar su venida, es decir, su misión externa."

A fin de mantener íntegra la creencia de los fieles en la identidad e igualdad de las Tres Personas, la Iglesia ha instituido la fiesta de la Santísima Trinidad. Cuando en sus ruegos se dirige a una u otra Persona, menciona a las demás. Las letanías empiezan por una invocación común a las Tres Personas divinas; las doxologías son trinitarias; el bautismo y los otros sacramentos se administran "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". El santo sacrificio de la misa es una ofrenda de Cristo hecha por la Iglesia a la indivisible Trinidad: "Suscipe, Sancta Trinitas!" Todos los salmos acaban con una alabanza a la unidad, a la consustancialidad de las Tres Personas en una misma Divinidad: "¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre!" La Iglesia venera a un solo Dios en Tres Personas; su fe proclama "la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad".

El misterio de la Trinidad, ¿no es "la sustancia del Nuevo Testamento", el mayor de los misterios, la fuente y la coronación de todos los restantes? Para conocerle y contemplarle han sido creados los ángeles en el cielo y los hombres sobre la tierra. Este misterio estaba velado en el Antiguo Testamento y para manifestarlo más claramente descendió Dios mismo de la mansión de los ángeles hasta los hombres: "Jamás ha visto nadie a Dios, pero un Dios Hijo Único, oculto en el seno del Padre, vino Él mismo a revelárnoslo".

De este modo, todo el movimiento del universo, así como la historia de los hombres toda se ordenan a la visión de Dios. Este fin supremo dirige el gobierno del mundo y la existencia personal de cada uno de los elegidos: "La visión de la Trinidad en la Unidad es el fin y el fruto de toda nuestra vida".[6]

Antes de escrutar la acción del Espíritu Santo en las almas, es necesario, pues, contemplarlo en la Trinidad.

6. «Cognitio Trinitatis in unitate est fructus et finis totius vitae nostrae» (Santo Tomás, *I Sent.*, d. 2, q. 1, Expositio textus).

Apropiaciones trinitarias

La tradición cristiana, fundándose en el uso de la Escritura misma en el ejemplo de San Pablo, a fin de penetrar mejor el inescrutable misterio de la Trinidad, utiliza el procedimiento literario de "apropiación". Sin lugar a dudas, "las obras de la Trinidad son indivisibles, como la esencia de la Trinidad misma", según el axioma formulado por San Agustín: "indivisa opera Trinitatis sicut et indivisa est Trinitatis essentia", "la acción de las Tres Personas divinas es tan inseparable como su misma esencia" (*De Trinitate* I, c. 4 y 5). Pero en virtud de cierta afinidad entre sus obras y las propiedades constitutivas de las Personas, se puede atribuir, o, como hemos dicho "apropiar", tal obra a tal Persona preferentemente. Vestigios, semejanzas e imágenes que percibimos en las criaturas nos sirven para representar las Personas divinas. Lo mismo sucede con sus atributos esenciales. Esta manifestación de las Personas por sus atributos esenciales se llama "apropiación", según las enseñanzas de Santo Tomás (I, 39, 7). Por consiguiente, todo lo que pueda sujetarse a la noción de "principio" o de "fuente", como la Omnipotencia creadora, será atribuido y apropiado al Padre, aunque el Hijo y el Espíritu Santo sean con Él el Creador. Todo lo que sea indicio de una afinidad con la inteligencia y la vida del pensamiento le será apropiado al Verbo, mientras que se le atribuirán más particularmente al Espíritu Santo todas las obras del amor. He aquí por qué, aun cuando en nosotros habita toda la Trinidad, se dice que, por la gracia del bautismo, nos convertimos en "templos del Espíritu Santo", viviendo en Él el alma, habitada por Dios como en un santuario de silencio, de adoración y de amor. De este modo, se habla de los "dones del Espíritu Santo" por apropiación, aunque en realidad sean, en cada uno de nosotros, los dones de la indivisible Trinidad.

El Espíritu Santo y la humanidad de Cristo

Era importante situar bien al Espíritu Santo, en su Persona y en su Acción, en el seno de la Trinidad, —advertía León XIII—, antes de analizar su actividad *ad extra* en la Encarnación, en la Redención y en la Iglesia. Así no caeremos en la tentación de separar la acción del Espíritu Santo de la del Padre y la del Hijo.

Cristo, el Primero, es la obra maestra del Espíritu Santo. "Entre las obras exteriores de Dios, la más notable es el Verbo Encarnado en quien el esplendor de las perfecciones divinas brilla con tal claridad que es imposible concebir una más grande o más salvadora para la humanidad. Ahora bien, esta obra sublime, realizada por toda la Trinidad es particularmente apropiada al Espíritu Santo. Los Evangelistas nos dicen de la Virgen: "Se halló haber concebido, María, del Espíritu Santo"; y "lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo" (*Mt* 1, 18-20). Con razón se atribuye esta obra a Aquél que es el Amor del Padre y del Hijo, porque este "misterio de piedad" (*1 Tim* 3, 16) proviene de la infinita dilección de Dios hacia los hombres, como nos lo ha advertido San Juan: "Tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo" (*Io* 3, 16). La naturaleza humana fue elevada por este medio a la unión en Persona con el Verbo, dignidad en modo alguno merecida, puro efecto de la gracia, beneficio particularísimo del Espíritu Santo.

La encarnación del Verbo es, pues, obra del Espíritu Santo. No es esto todo: el Espíritu Santo hará de la humanidad de Cristo el escenario privilegiado de todas sus gracias y de todos sus carismas. El alma de Cristo fue colmada desde el primer instante de una plenitud de gracia en alguna manera infinita, y actuaba siempre bajo la moción directa, especial y personal del Espíritu Santo, con la eminente simplicidad y la soberana perfección de un Dios encarnado caminando entre nosotros sobre la tierra. El Salvador del mundo no vivió más que para la gloria del Padre. "Cada uno de sus actos, particularmente su sacrificio, se cumplieron bajo el influjo del Espíritu Santo." "Él se ofreció a Dios por el

Espíritu Santo como una Hostia sin mancha."[7] "Para quien sopese estas cosas, ¿qué tiene de extraño el que los dones del Espíritu Santo hayan afluido al alma de Cristo? En Él reside tal abundancia de gracia que no la puede haber allí mayor ni más eficaz. En Él: todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, todos los carismas, todas las virtudes, todos los dones predichos por el profeta Isaías." El Espíritu Santo colmó al Verbo Encarnado, Hijo Unigénito del Padre, de tal superabundancia de bienes espirituales que fue como el descenso de toda la santidad de Dios a un hombre.

El Espíritu Santo y el cuerpo místico

"De una manera deslumbrante, en la fiesta de Pentecostés, el Espíritu Santo empezó a repartir sus beneficios sobre el cuerpo místico de Cristo con admirable efusión entrevista mucho tiempo antes por el profeta Joel... Entonces, escribió San Juan Crisóstomo, los Apóstoles "descendieron de la montaña, no llevando en sus manos las tablas de piedra como Moisés, sino llevando en su alma el Espíritu Santo"..." (*In Mat. Hom. I:* PG 57, 15.) Así se realizó la última promesa de Cristo a sus Apóstoles acerca del envío del Espíritu Santo, quien debía completar sus enseñanzas con sus inspiraciones y sellar su depósito divino: "Muchas cosas tengo aún que deciros, mas no podéis llevarlas ahora; pero cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa..." (*Io* 16, 12-13).

Después, en una página de gran riqueza doctrinal, León XIII sintetiza la función del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia. "El Espíritu Santo, que procede del Padre, Verdad eterna, y del Hijo, Verdad subsistente, es Él mismo", —puesto que Él es Dios— "Espíritu de verdad. Él saca del Uno y del Otro su Naturaleza divina y, al mismo tiempo, toda verdad con amplitud infinita. Él es quien distribuye a la Iglesia esta misma verdad

7. «Omnis eius actio, praecipueque sacrificium sui, praesente Spiritu peragebatur» (San Basilio, *De Spiritu Sancto*, c. 16). «Per Spiritum Sanctum semetipsum obtulit immaculatum Deo» (*Hebr* 9, 14).

con asistencia y apoyo constantes, velando para que ella no caiga jamás en el error, sino que pueda fecundar con superabundancia los gérmenes destinados a llevar los frutos de salvación a todos los pueblos. Como la Salvación de las gentes necesita, hasta el fin de los tiempos, la misión de la Iglesia, el Espíritu Santo otorga a ésta para conservar su vida y aumentar su vigor una fuerza eterna: "Yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Abogado, el Espíritu de verdad, que estará con vosotros para siempre" (*Io* 14, 16-17). Por el Espíritu Santo son constituidos los obispos cuyo ministerio engendra no solamente hijos sino padres espirituales, es decir sacerdotes para gobernar la Iglesia y nutrirla de esta sangre de Cristo que la rescató. "El Espíritu Santo establece los obispos para regir la Iglesia de Dios, que Él adquirió con su sangre" (*Act* 20, 28). Obispos y sacerdotes, por una gracia insigne del Espíritu Santo, poseen el poder de borrar los pecados, según estas palabras de Cristo a los Apóstoles: "Recibid el Espíritu Santo; a quien perdonareis los pecados le serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos" (*Io* 20, 22-23). Ninguna prueba demuestra tan claramente la divinidad de la Iglesia como el esplendor de que la ha revestido el Espíritu Santo. En efecto, si Cristo es la Cabeza, el Espíritu Santo es el Alma: "El Espíritu Santo es, en la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, lo que el alma es para el cuerpo" (San Agustín, *Sermo* 167 *De tempore*, c. 4; PL 38, 1231). No se puede concebir ni esperar más larga y desbordante manifestación del Espíritu. Ésta de ahora es perfecta; durará hasta que la Iglesia militante entre en la gloria, gozosa con el triunfo del cielo".

En definitiva el Espíritu Santo lo obra todo en la Iglesia, según las perspectivas de la triple misión que le confió su Fundador: enseñar, santificar, gobernar: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado", es decir, conducirlas según mi Ley de Amor. "Yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos." (*Mt* 28, 18-20.)

Todas las gracias de salvación: nuestra regeneración espiritual, nuestra transformación en Cristo en una "nueva criatura", nuestra participación de la naturaleza divina, nuestro título de hijos adoptivos de Dios todo nos viene por los méritos de Cristo Salvador, pero por el Espíritu Santo: "Que no habéis recibido el espíritu de siervos para caer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre!" (*Rom* 8, 15.) Él es quien derrama en los corazones la suavidad de su amor paternal. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios." (*Rom* 8, 16.)

Esta regeneración, esta renovación empieza para el hombre en el momento del bautismo. Por este sacramento el alma se libera del espíritu impuro y penetra en ella por primera vez el Espíritu Santo que la vuelve semejante a Él: "Lo que nace del Espíritu es espíritu" (*Io* 3, 6). Este mismo Espíritu se da con plenitud en la confirmación para asegurar la firmeza y el vigor de la vida cristiana. A Él debieron los mártires y las vírgenes sus triunfos sobre los atractivos de la corrupción. El mismo Espíritu Santo se da en Persona: "El amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (*Rom* 5, 5). No solamente nos concede gracias divinas, sino que Él es su Autor. Él mismo es el Don supremo. Puesto que procede del amor mutuo del Padre y del Hijo, se le titula justamente: "Don supremo del Altísimo".

Él está en todos los seres del universo por su Presencia creadora; sólo habita por su gracia en las almas de los justos, por lo demás, inseparablemente con el Padre y el Hijo. ¿No dijo el Señor: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada"? (*Io* 14, 23). — "El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." (*Io* 14, 21). Esta comunicación con las Tres Personas divinas constituye la quintaesencia de la vida espiritual, que nos asimila a la intimidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta unión no se realiza más que en esbozo aquí abajo, a

través de las obscuridades de la fe, pero es ya el mismo Dios de la beatitud quien nos ha hecho gozar de Él por anticipación. "Esta unión admirable, llamada "habitación" de Dios en el alma, no difiere de la de los bienaventurados en el cielo, más que por la condición o el estado." Dios está presente a título de objeto de conocimiento y de amor. Sin duda, toda la Trinidad habita también en la profundidad del alma; sin embargo, advierte León XIII, esta presencia de habitación y de amistad "se atribuye de una manera especial al Espíritu Santo", porque ella nos establece en el "vivir unidos" con Dios en intimidad de amor. Presente en Persona en el interior de las almas, el Espíritu Santo realiza allí maravillas de gracia. Entre los beneficios y los dones que brotan en el alma con la Presencia del Don supremo, hay que señalar "esas secretas advertencias, esas invitaciones misteriosas que, a impulso del Espíritu, mueven a las almas y sin las cuales no se puede ni comenzar el camino de la santidad ni progresar en él, ni llegar al término de la eterna salvación. Esas palabras interiores, esas influencias ocultas son comparables —como nos dicen las Sagradas Escrituras— al soplo del viento".

Con toda lógica, las enseñanzas pontificias pasan a describir los efectos supremos de esta divina acción en las almas realizada por los dones del Espíritu Santo: "El justo, que vive ya de la gracia y en quien las virtudes desempeñan el papel de facultades del alma, tiene absoluta necesidad de los siete dones a los que se llama más en particular "dones del Espíritu Santo". Por estos dones es investida el alma de un aumento de fuerza. Se hace apta para obedecer con mayor facilidad y prontitud a la llamada y a los impulsos del Espíritu. Estas mociones del Espíritu Santo tienen tal eficacia que llevan al hombre hasta las más altas cimas de la santidad... Así pues, el Espíritu Santo, procedente del Padre y del Verbo en la eterna Luz de la Santidad divina, Amor y Don todo a la vez, luego de haberse anunciado en el Antiguo Testamento bajo el velo de las figuras, se ha derramado superabundantemente en Cristo y en la Iglesia, su cuerpo místico. Por su Presencia y por su gracia ha transformado a los hombres, que estaban sumidos en

la corrupción y en el pecado. La humanidad ha cesado de arrastrarse por la tierra con deseos terrenales. Los hombres se han hecho, en sus aspiraciones y en su voluntad, semejantes a los elegidos del cielo".[8]

El culto al Espíritu Santo

Estos inconmensurables beneficios que la "inmensa Bondad del Espíritu Santo nos hace, oblígannos a testimoniarle fervorosa piedad y sumisión". Es preciso "conocerle, amarle e invocarle".

Conocerle

Nuestro primer deber consiste en ir conociendo cada vez más al Espíritu Santo. Cuanto más se conoce más se ama. "A los predicadores, a todos los que tienen cura de almas incúmbeles el deber de transmitir con celo y penetración todo lo concerniente al Espíritu Santo."

El Evangelio es el Libro que mejor nos habla del Espíritu Santo. Ningún tratado alcanzará nunca la sencillez y la profundidad de las palabras de Jesús cuando anunciaba a sus discípulos la venida del Espíritu Santo, y los Hechos de los Apóstoles son aún su realización más viva.

Amarle

Al Espíritu Santo se le debe amar, primero y por encima de todo, porque es Dios: "Amarás a Yavé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder" (*Deut* 6, 5). Se le debe amar también porque Él es el Amor primero, sustancial y eterno, y nada hay más amable que el amor. Se le debe amar tanto más cuanto que nos ha colmado de los mayores beneficios,

8. «Hoc amplius, homini iusto, vitam scilicet viventi divinae gratiae et per congruas virtutes tanquam facultates agenti, opus plane est septenis illis quae proprie dicuntur Spiritus Sancti donis. Horum enim beneficio instruitur animus et munitur ut eius vocibus atque impulsioni facilius promtiusque obsequatur. Haec propterea dona tantae sunt efficacitatis ut eum ad fastigium sanctimoniae adducant, tantaeque excellentiae ut in coelesti regni eadem, quamquam perfectius, perseverent.»

que testimonian su munificencia y exigen nuestra gratitud. Este amor contiene una doble utilidad muy estimable: nos excitará a adquirir cada día un conocimiento más perfecto del Espíritu Santo. Quien ama, —enseña el Doctor Angélico—, no se contenta con una percepción superficial del objeto amado, sino que se esfuerza por descubrir todos sus detalles, hasta los más íntimos, y penetra de tal modo en lo más hondo de su ser que se ha podido decir del Espíritu Santo, que es el Amor mismo: "Él lo escudriña todo, aun las profundidades de Dios" (*Suma Teol.* I-II, 28, 2; cf. *1 Cor* 2, 10). Por otra parte, si le amamos, el Espíritu Santo nos otorgará en abundancia sus celestes dones; porque, si la ingratitud le cierra la mano al bienhechor, el agradecimiento, en cambio, le hace abrirla. Pero se ha de vigilar para que este amor no se limite a un árido conocimiento ni a un homenaje meramente exterior. Sino que sea, al contrario, un amor pronto a mostrarse en las obras, y, especialmente, en la evitación del pecado, que ofende de modo particular al Espíritu Santo. Puesto que el Espíritu Santo habita en nosotros como en un templo, debemos recordar el precepto del Apóstol: "¡Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios, en el cual habéis sido sellados para el día de la redención!" (*Eph* 4, 30). No le basta al cristiano con evitar el mal, debe también brillar con el resplandor de todas las virtudes a fin de complacer a un Huésped tan eminente y tan bueno. Primeramente, que irradie pureza y santidad, cualidades convenientes a un templo. Por eso el Apóstol dice todavía: "¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros" (*1 Cor* 3, 16-17).

Invocarle

En fin, es necesario invocar al Espíritu Santo: no hay nadie que no tenga gran necesidad de su ayuda y socorro. Desprovistos como estamos de sabiduría y de fortaleza, abrumados por las pruebas, inclinados al mal, todos debemos buscar un refugio cerca de Aquél que es

"la Fuente eterna de la luz, de la fortaleza y de la consolación." La oración es la palanca que eleva a los santos hasta Dios. ¿Cómo puede esta bella enseñanza de la Iglesia terminar sin una llamada a la oración? "Se debe pedir al Espíritu Santo con asiduidad y confianza que nos ilumine más y más y nos inflame en su amor a fin de que, apoyados sobre la fe y la caridad, marchemos con ardor hacia las reconpensas eternas. ¿No es el Espíritu Santo "prenda de nuestra herencia"?" (*Eph* 1, 14).

Obediencia al Espíritu Santo

Todos los consejos que se pueden dar sobre la devoción al Espíritu Santo, se reducen a uno solo: Obediencia perfecta al Espíritu de Dios. No negarle nada al Amor. Si, en la Iglesia, los cristianos se mostrasen fieles al Espíritu de su Maestro, la faz del mundo cambiaría. La santidad volvería a florecer en nuestros hogares y por todos los sitios. Miembros eminentes de la jerarquía, sacerdotes y laicos, transformados como los Apóstoles en el Cenáculo, al soplo de un mismo Espíritu de amor, trabajarían con heroísmo para extender el reino de Dios "hasta los confines de la tierra". La Iglesia de hoy, la Iglesia del Concilio, espera este "nuevo Pentecostés" que necesita el mundo entero. La función del Espíritu Santo consiste en encaminar a todos los pueblos hacia Dios por la Ley de Cristo. El alma de la nueva Ley es el Evangelio. El Espíritu Santo habita en las almas para unirlas a Cristo. La humanidad de Cristo las eleva con El hasta el Verbo, y el Verbo, el Hijo Único, las conduce al Padre, para "consumarlas" con Él y en Él, "en la unidad" de la Trinidad.

VI

EL ESPÍRITU SANTO Y LA UNIDAD DE LA IGLESIA

El Espíritu Santo lo hace todo en la Iglesia. Nada escapa a su influencia divina. Su actividad se despliega en todos los planos: en el orden de la naturaleza, en el

de la gracia y en el orden hipostático. Con el Padre y el Hijo, a título de Primera Causa, Él es el Agente realizador del universo de la creación, de la redención y de la gloria. Todas las obras de Dios estan marcadas con el sello del Espíritu de Amor, y la acción del Espíritu Santo resplandece con magnificencia única en el misterio del Verbo Encarnado y del Cristo total. El Espíritu Santo y la Iglesia son inseparables: "Allí donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; allí donde está el Espíritu de Dios, allí están la Iglesia y toda gracia." — "Ubi Ecclesia, ibi est Spiritus Dei; et ubi Spiritus Dei, illic Ecclesia et omnis gratia."[9]

El Maestro había anunciado a sus Apóstoles que el Espíritu Santo vendría a acabar su obra, que Él conduciría a la Iglesia como de la mano, "hacia la posesión de la verdad entera",[10] "enseñándoles todas las cosas y recordándoles todo lo que Él mismo les había dicho".[11] El Espíritu del Padre está siempre aquí, asistiendo a la Iglesia en las decisiones mayores de su jerarquía y en el ejercicio de todos sus poderes. Permite los desfallecimientos y el mal para que un día resplandezcan mejor la Omnipotencia y la misericordia divinas. El Espíritu del Hijo está presente asimismo en cada uno de los miembros de su cuerpo místico, inspirándole los menores pensamientos, obrándolo todo, hasta las más mínimas acciones. "No se puede pronunciar el nombre de Jesús sin el Espíritu Santo",[12] nos afirma San Pablo. Nada se hace en la Iglesia sin Cristo y sin el Espíritu.

1. EL ESPÍRITU SANTO: ALMA DE LA IGLESIA

La tradición cristiana nos ha transmitido una fórmula especialmente evocadora de esta influencia constante y universal del Espíritu Santo, designándole como el "Alma de la Iglesia".

El genio de San Agustín se había servido ya de esta

9. San Ireneo, *Adv. haer.*, III, 24, 1; PG, 7, 966.
10. *Io* 16, 13.
11. *Io* 14, 26.
12. *I Cor* 12, 3.

fórmula para hacer ver cómo el mismo Espíritu puede producir infinita variedad de gracias y carismas en la Iglesia, igual que el alma humana, una en su esencia, realiza operaciones multiformes según las diversas facultades que pone en juego: ve por los ojos, oye por los oídos, trabaja por medio de las manos, camina con ayuda de los pies. Esto mismo sucede con las múltiples actividades del cuerpo místico de Cristo, bajo la animadora influencia del Espíritu Santo.[13]

Idéntica concepción fundamental de la Iglesia se encuentra en Santo Tomás de Aquino. Para él la Iglesia es: el cuerpo místico de Cristo animado por el Espíritu Santo.[14]

El magisterio de la Iglesia ha homologado esta enseñanza. El Papa León XIII declara: "Si Cristo es la cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es el alma". "Hoc affirmare sufficiat quod cum Christus caput sit Ecclesiae, Spiritus Sanctus sit eius anima." [15]

¿En qué sentido es el Espíritu Santo el Alma de la Iglesia?

No precisamente en el sentido de "forma" substancial creada, inherente, constituyendo con el cuerpo de la Iglesia un solo ser físico, indivisible, como el compuesto humano; eso daría a la palabra "alma", un sentido panteísta inadmisible. El Espíritu Santo, Ser Increado, Acto puro, no puede hacer el papel de "alma", de "forma", de principio vital más que en sentido analógico, de una transcendencia infinita. Bajo las consiguientes reservas y precauciones, se puede atribuir al Espíritu Santo una triple función en la Iglesia, a título de Causa eficiente, final y ejemplar. Un texto pontificio señala bien los dos primeros aspectos de la causalidad eficiente y final del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia: "Él es quien, insuflando la vida sobrenatural en todas las partes del cuerpo, debe

13. San Agustín, *Contra Fausto* 21, 8; PL, 42, 392. *Sermo* 187.

14. Santo Tomás: «Sicut videmus quod in uno homine est una anima, et unus corpus, et tamen sunt diversa membra ipsius, ita Ecclesia catholica est unum corpus et habet diversa membra. Anima autem, quae hoc corpus vivificat, est Spiritus Sanctus» (*In symbolum apostolorum*).

15. León XIII, Encícl. *Divinum illud munus*, 9 de mayo, 1897.

ser considerado como el Principio de toda acción vital y verdaderamente salvadora... Él es, también, quien, dando cada día a su Iglesia, bajo el soplo de la gracia, nuevos crecimientos, rehusa empero habitar con su gracia santificante en los miembros totalmente separados del Cuerpo".[16] La presencia de inhabitación, a título de conocimiento y de amor, está, pues, reservada a aquellos que viven en la amistad de Dios.

La causalidad eficiente es la más manifiesta. El Credo exalta la energía "vivificante" del Espíritu Santo: "et vivificantem". En virtud de su naturaleza divina, indivisiblemente con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo obra en la Iglesia todo aquello que hace resaltar el Poder de Dios. Su presencia es creadora y atañe a todos los seres del universo. Innumerables textos de la Escritura, Padres de la Iglesia, doctores y teólogos, maestros espirituales, nos han dejado descripciones de los maravillosos efectos del Espíritu de Amor. La Liturgia de la Iglesia se muestra particularmente rica sobre este punto. El "Veni Creator Spiritus" evoca su Omnipotencia creadora, y el "Veni Sancte Spiritus", la bellísima secuencia de Pentecostés, indica su acción secreta en las almas:

"Ven, Espíritu Santo, y envía del cielo un rayo de tu Luz."

"Ven, Padre de los pobres. Ven, dador de los dones. Ven, luz de los corazones."

"Lava lo que está sucio. Riega lo que está seco. Sana lo que está herido."

"Concede a los fieles que en Ti confían, tus siete dones sagrados."

"...Da de la virtud el mérito. Da un término dichoso, y da el perenne gozo."

En la Iglesia, el Espíritu Santo es la Fuente de todos los bienes de Dios.

Hay otro aspecto, más profundo, de la función del Espíritu Santo, a título de causa final, unificadora, de

16. Pío XII, Encícl. *Mystici Corporis;* A. A. S. (XXXV) 1943, pp. 219-220.

todas las aspiraciones de la Iglesia, punto de convergencia y término de todo el universo de los espíritus: ángeles y hombres. Esta perspectiva, insospechada por muchos o inexplotada, ocupa, sin embargo, el primer lugar en el pensamiento de un Santo Tomás de Aquino. Los más recientes documentos del magisterio lo han subrayado igualmente con gran fuerza, insistiendo en su Presencia inhabitadora en la Iglesia mediante las continuas e invisibles misiones del Verbo y del Espíritu Santo. "Las personas divinas, nos recuerda Pío XII, habitan en nosotros y están presentes en las criaturas, dotadas de inteligencia, de una manera inescrutable. Se entra en contacto con Ellas por vía de conocimiento y de amor, de un modo verdaderamente íntimo y singular, que trasciende todo el orden de la naturaleza. Si queremos intentar obtener alguna idea de ello, no debemos despreciar este método, que para temas como el que nos ocupa, recomienda el Concilio Vaticano I (Ses. III, *Const. de fide catholica,* c. IV), es decir, el estudio comparado de los misterios entre sí y con el fin último al cual están ordenados. Nuestro sapientísimo predecesor, León XIII, de feliz memoria, tiene razón, hablando de nuestra unión con Cristo y de la inhabitación en nosotros del Espíritu Santo, al invitarnos a volver la mirada hacia esta visión beatífica por la que, en el cielo, nuestra unión mística con Dios encontrará su remate y su perfección suprema. Esta admirable unión, nos dice, que se llama "inhabitación de Dios dentro de nosotros" no difiere más que por la condición o el estado de aquélla en la que Dios abraza a sus elegidos beatificándoles." (León XIII, *Divinum illud munus;* A. A. S., XXIX, p. 635.) En esta visión nos será dado, de una manera inexpresable, contemplar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo con la mirada del alma iluminada por el Altísimo, asistir desde muy cerca durante toda la eternidad a las procesiones de las Personas divinas y gozar de la beatitud misma que constituye la felicidad de la Santísima e Indivible Trinidad".[17]

En el cielo, la Trinidad se convertirá en el Lazo de

17. Pío XII, Encícl. *Mystici Corporis;* A. A. S., 1943, p. 232.

unión de toda la Iglesia de Cristo, en un mismo Verbo, en un mismo Espíritu de Amor. Aquí en la tierra, la Trinidad toda habita en el alma de los justos, según las palabras del Maestro: "Si alguno me ama, guardará mi palabra y mi Padre le amará también y nosotros vendremos a él y en él haremos morada".[18] Llegamos aquí a uno de los temas principales de la Biblia: la inhabitación de Dios en medio de su pueblo. La Jerusalén celestial, la Iglesia de la gloria, será la morada perfecta del Dios viviente. El mismo Dios-Trinidad constituirá el objeto único sobre el que converja la mirada de todos los elegidos, el fin de todos los deseos de la Iglesia peregrina, el Término supremo en que se operará, en el Verbo, Pensamiento del Padre, la consumación de todos los miembros del cuerpo místico de Cristo en la unidad de la Trinidad. La Esencia divina, captada directamente, sin ningún intermediario creado, hará el papel de "forma" de nuestras inteligencias, "forma" unificadora de toda la Iglesia de Cristo. Esta presencia de la indivisible Trinidad en el interior de las almas y de los espíritus, a título de objeto, en la claridad del Verbo y en el aliento del Espíritu de Amor, hará a las Tres Personas divinas más intimamente presentes que el alma en su propio cuerpo, presencia "por modo de objeto", por via de finalidad, presencia de gracia e inhabitación, no en el orden del ser sino en el del conocer, no en el plano ontológico, sino en el intencional de la inteligibilidad y de la efectividad. La Iglesia del cielo vive del mismo Pensamiento Increado que Dios Padre, al ritmo de un mismo Espíritu de Amor.

La indivisible Trinidad, convertida así en la "forma" misma de la Iglesia, nos hará entrar en comunión con su propia vida de Pensamiento y de Amor, a imitación de las relaciones "por circuninsesión" de las Tres Personas divinas. La Iglesia hallará entonces, en la comunicación de la Vida divina entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, el ejemplo supremo de su unidad: "Padre, que sean uno, como Nosotros".[19] En definitiva, la Iglesia es la Trinidad, Alma del Cristo total.

18. *Io* 14, 23.
19. *Io* 17, 22.

2. UNIDAD DE PERSONA

En la Iglesia lo opera todo el Espíritu Santo así en el plano del ser como en el del actuar: realización de la Encarnación del Hijo de Dios y formación del cuerpo místico de Cristo; iluminación de las almas y del mundo de los espíritus puros; inspiraciones de todos los movimientos de amor, de adoración, de acción de gracias, de arrepentimiento y de la práctica de todas las virtudes; mociones continuas para permitir a sus miembros llevar adelante todas sus acciones, las más manifiestas y las más ocultas; animación del culto eclesial y de la plegaria íntima, en unión con Cristo-Sacerdote, Único Mediador en la alabanza y en la redención; dirección de las conciencias y asistencia especial a la jerarquía; encaminamiento de todos los pueblos hacia la casa del Padre, para formar, con los ángeles y los hombres de todas las razas y de todos los tiempos, una sola Familia divina, llamada a "consumarse" en el Verbo, "en la unidad" de la Trinidad.

El Espíritu Santo es quien ha dado a la Iglesia el Cristo, y, con Él, todo un cuerpo místico, en el instante de su Encarnación en el seno de la Virgen María. Él quien mantiene a la Iglesia en su ser de naturaleza y de gracia, en su santidad y en su jerarquía. La Iglesia le debe al Espíritu Santo su estructura básica, sus líneas de fuerza más fundamentales y toda su potencia de acción. Cabe decir de la Iglesia lo mismo que se dice de Cristo: "de Spiritu Sancto... ex Maria Virgine". La Iglesia es obra, indisoluble, de Cristo y de María. Uno y otra han formado al Cristo-Cabeza y le siguen "formando" diariamente en cada uno de los miembros de su cuerpo místico hasta la edificación del Cristo total.

Idéntica Personalidad hace subsistir a la Cabeza y a los miembros. Habría sido monstruoso que el Cristo-Cabeza fuese "concebido del Espíritu Santo y nacido de la Virgen María" sin sus miembros, sin su Iglesia que es su "complemento, su *pleroma*".[20] Cristo sólo se com-

20. *Eph* 1, 23.

pleta en nosotros. La función toda del Espíritu Santo sobre la Iglesia se esclarece, en suma, cuando se ha comprendido la identidad y la unidad del Cristo total. La misma Personalidad increada del Verbo sostiene a la Cabeza y a los miembros, uniéndolos en una misma "subsistencia mística" que es un misterio y una realidad inefable.

Se impone hacer algunas precisiones para no dar a esta personalidad eclesial un sentido panteísta o pancrístico inaceptable.

Se deben distinguir en el Verbo Encarnado tres modos de subsistencia:

—primero, como Verbo eterno, "en" su naturaleza divina y "por" ella;

—segundo, como Verbo encarnado, "en" su naturaleza humana, no "por" ella;

—tercero, como Jefe de la Iglesia, "en" su cuerpo místico, por derivación de su gracia capital, arraigada ella misma en la unión hipostática, respetando en cada uno de sus miembros su irreductible personalidad física.

El Verbo eterno, el "Hijo único del Padre", subsiste "en" su naturaleza divina y "por" ella, como por su elemento constitutivo. Es Dios y proviene de Dios, "Luz de Luz", un Dios "engendrado, no creado", Deum de Deo, Lumen de Lumine, genitum non factum". Todo lo que hay de realidad ontológica, de Esencia y de Existencia, de Perfecciones innumerables e ilimitadas en su Increada Personalidad, viénele de Su naturaleza divina, recibida del Padre por vía de eterna generación. Él es Yavé, "Aquél que Es", el Ser Subsistente, el Acto Puro, el Existente Eterno. Su encarnación entre los hombres, la creación de nuestro universo y de miríadas de millones de mundos posibles, las inagotables riquezas de su gracia capital de Cristo, la fundación y el crecimiento de su Iglesia nada sustancial pueden añadir a la infinita plenitud de su Ser divino. Las creaturas no hacen número con Dios; no se adicionan a su Creador: son sólo un resplandor de Él mismo, una participación de la Increada belleza del Verbo, seres precarios, meras copias hechas

a base de la nada, simples reflejos contingentes del Inmutable Ser.

La Personalidad del Verbo, formalmente constituida "por" su Naturaleza divina procedente del Padre, se identifica con todos los insondables abismos de la Divinidad. El Hijo es igual al Padre, Dios por Él, mas como Él, Uno con Él, en la posesión de una misma Unidad divina: "Mi Padre y Yo somos Uno".[21]

La personalidad del Verbo Encarnado no es otra que la del Verbo eternal extendiéndose a una naturaleza humana asumida y que le viene de fuera, no como un añadido accidental, sino como una naturaleza creada admitida a entrar en comunión con la Personalidad eterna del Hijo Único del Padre, en una misma Existencia Increada. Un solo Verbo, una sola Filiación eterna, una sola Personalidad, pero subsistente, desde la Encarnación, en dos naturalezas infinitamente distantes cuya unión se opera en la hipóstasis misma del Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esta naturaleza humana unida al Hijo en el tiempo no le añade nada a su Preexistencia eterna, sino que ella misma viene a adquirir infinito valor por la dignidad de la Persona divina en la que verdaderamente subsiste, no constituyendo con ella más que una única Realidad en dos naturalezas, en una unión hipostática que supera en intimidad todas las formas posibles de unión: en la Unidad Increada de la Trinidad. Aunque entre sus dos naturalezas, la divina y la humana, hay una diversidad infinita, el Verbo Encarnado es más "uno" que nosotros mismos lo somos en la unidad sustancial de nuestra alma con nuestro cuerpo. Una misteriosa comunión de las propiedades de sus dos naturalezas permite a su mismo "Yo" expresarse personalmente mediante cada una de las dos. Puede, así, hablar a su Padre, en su nombre personal, con Igualdad, como Otra Persona divina a otro "Yo" divino: "Padre, Tú y Yo, y Yo en ellos, consumados con Nosotros en la unidad". Puede hablarle también en nombre de sus hermanos, con quienes Él participa de idéntica naturaleza

21. *Io* 10, 30.

humana y de quienes es Él el Mediador y el Salvador. "Padre, Yo quiero que allí donde Yo estoy, aquellos que Tú me has dado estén también conmigo: en la gloria." "Uno de los Tres" es quien ha venido, ha sufrido su dolorosa Pasión, ha muerto para divinizarnos: "Unus de Trinitate passus est".[22]

Estos dos primeros modos de subsistencia del Verbo ponen de relieve el orden metafísico y el físico en la unidad absoluta de una misma Personalidad y de un Ser idéntico.

Hay un tercer modo de subsistencia que pertenece a otro plan, misterioso, al cual, por este misterio, se le denomina "místico". Llegamos aquí al punto céntrico de la constitución de la personalidad eclesial. Interesa que lo examinemos despacio:

Una personalidad es un todo indivisible constituido por la síntesis de todas las perfecciones que pueden enriquecer a un ser dotado de inteligencia. Así, la personalidad de un hombre integra en él, en armonía y unidad, todas las cualidades del mundo mineral, del mundo vegetal, del mundo animal, todos los valores del espíritu y, por añadidura, todos los bienes del mundo de la gracia y de la gloria. Está sometida a la doble ley de las condiciones humanas: aumento y disminución. Una personalidad se conquista y se pierde.

Parecidamente, la Personalidad del Verbo es viva síntesis del universo con Dios. Implica la infinita grandeza de la unión hipostática y todas las riquezas de su gracia capital. Este valor de gracia es tan alto que todos los bienes espirituales de su Iglesia reunidos no pueden añadirle nada a su infinita plenitud, como tampoco los seres todos del universo entero pueden añadir cosa alguna al Ser de Dios. Igual sucede con Cristo y con la Iglesia. Las riquezas infinitas de su Personalidad de Verbo hecho carne pueden prodigarse en todos los miembros de su cuerpo místico sin añadir nada a su dignidad personal de Hijo de Dios, a su gracia, a su gloria esencial, a su beatífica visión de Dios, a su amor, a su omnipotencia

22. Cf. carta del Papa Juan II (533-535), en Denzinger, 201.

redentora. Las derivaciones de su gracia capital se multiplican en la Iglesia sin proporcionarle ningún aporte sustancial. Pero ¡qué enriquecimiento no supone para la Iglesia al ser admitida a participar de los beneficios sobrenaturales de la infinita plenitud de la gracia capital de Cristo, a su Filiación personal de Verbo Encarnado, a su Eterna Divinidad! Si Adán y Eva no hubiesen pecado, la raza humana habría recibido, al nacer, el título de hijos adoptivos de Dios, solidarizados todos los hombres con el estado de gracia del primer hombre y la primera mujer. "¡O felix culpa!" "¡Felíz caída!" que nos valió la Encarnación del Verbo y el ser "hijos en el Hijo", miembros vivos del Verbo Encarnado, vinculados a Él orgánicamente, y entre nosotros, por una participación física, ontológica, real, de una misma gracia capital, constitutiva de un Cristo total, por el que circula la misma vida cristiforme, animada por el Espíritu mismo del Hijo.

El Espíritu Santo ha constituido al Verbo, Hijo de Dios, en la carne, añadiéndole, en el mismo instante de su Encarnación, todo un cuerpo místico que forma unidad con Él. El Espíritu Santo, pues, formó simultáneamente, en el seno de la Virgen María, la Personalidad del Verbo Encarnado y todos los miembros de su Iglesia. La Cabeza y los miembros no hacen más que "Uno".[23] Esta doctrina capital explica la unidad indivisible de la Iglesia:

— afirmada por Jesús mismo: "lo que hiciéreis a uno de estos mis hermanos menores, a Mí me lo habréis hecho";[24]

— formulada tantas veces por San Pablo: ya no existen diferencias entre los hombres; en adelante serán todos "uno en Cristo";

— desarrollada por el genio de San Agustín en su doctrina del "Cristo total";

— analizada científicamente por los grandes doctores de la Iglesia y por la teología clásica, que enseñan que

23. *Gal* 3, 28.
24. *Mt* 25, 40.

"toda la Iglesia, Cabeza y miembros, no forman más que una sola persona mística";

— ratificada por el magisterio eclesiástico, que declara: "la Iglesia es Cristo".[25]

¿Cómo puede explicarse este misterio de unidad?

El Espíritu Santo, que ha unido la Personalidad del Verbo a la humanidad de Jesús, prolonga su acción sobre todos los miembros de Cristo, divinizándoles. Él, que ha dado al alma de Cristo infinita plenitud de gracia, da a cada uno de sus miembros una participación en esta gracia capital del Verbo Encarnado. Una gracia análoga de filiación, a imagen del Hijo Único del Padre, circula por todos los miembros vivos del Verbo hecho carne, como por un mismo organismo en el que cada parte, sucesivamente, viene a insertarse y a integrarse bajo la acción del Espíritu Santo.

Bajo la acción eficiente del Espíritu Santo, es decir, hablando con rigor, bajo la acción de la Causalidad Primera e indivisible de toda la Trinidad, la Personalidad divina del Verbo ha venido a terminar la acción generadora de María sobre la humanidad de Jesús, para elevarla al orden hipostático y a la dignidad infinita de la Personalidad Increada del Verbo. No de otra manera, el Espíritu Santo, es decir, la Trinidad toda, a medida que se suceden las generaciones humanas, va incorporando a los hombres al Cristo, mediante el bautismo y los demás sacramentos, integrándolos en una misma personalidad mística, haciéndoles comunicar, por la gracia de adopción, con su filiación eterna, y, por los caracteres sacramentales, con su sacerdocio de Verbo Encarnado. Tal es el beneficio que se le concede a quien consiente, bajo la acción de la gracia, en "nacer del agua y del Espíritu".[26]

El mismo Espíritu Santo ha formado a Cristo, nuestra Cabeza, y le "forma" en sus miembros, con miras a la edificación de un mismo "Cristo total" que "sostiene", de manera misteriosa pero real, en su ser de gracia, la Personalidad increada del Verbo Encarnado. Misterio de

25. *Mystici Corporis*, A. A. S., 1943, p. 218.
26. *Io* 3, 5.

unidad que el magisterio de la Iglesia nos presenta, en el realismo de su fe, como una identificación con Cristo, no ya material, ontológica, —absurdo que suprimiría nuestra irreductible personalidad física—, sino consistente en una identidad mística con Cristo, en el plano de nuestro ser de gracia y de nuestro actuar, identidad por la que se nos otorga el ser partícipes de la gracia capital, de todos los méritos, de todas las expiaciones, de todo el valor meritorio, satisfactorio e impetratorio de la acción redentora de Cristo en la cruz, haciéndonos comunicar con todos los sentidos del Cristo-Sacerdote y permitiéndonos que nos apropiemos sus infinitos merecimientos.

De la unidad de personalidad del Cristo total viénele a la Iglesia una de sus propiedades básicas: la catolicidad.

La llamada Contrarreforma, o reforma católico-tridentina, con sus preocupaciones apologéticas se cuidó de examinar una y mil veces las notas externas distintivas de la verdadera Iglesia de Cristo: una, santa, católica, apostólica y romana. Procedimiento éste muy legítimo —y que ha prestado grandes servicios— pero que ya es hora de superar refiriéndonos inmediatamente a la Fuente suprema de aquellas notas: a Cristo en su Divinidad. La unidad, la santidad, la catolicidad y aun la romanidad de la Iglesia derivan de la Trinidad. La unidad eclesial es la multiforme proyección sobre el universo de la indivisible unidad del Ser y del Obrar divino. Su Santidad implica, bajo el impulso del Espíritu Santo, todo el movimiento de retorno de las creaturas inteligentes hacia Dios, por las invisibles misiones del Verbo y del Espíritu de Amor, hasta la "consumación" de la Iglesia "en la unidad" de la Trinidad. La catolicidad de la Iglesia no es otra cosa que el desarrollo del Cristo total en el espacio y en el tiempo. La Iglesia recibe el calificativo de "romana" por su sujeción a Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, mandatario de Cristo, que, a su vez, era el Enviado del Padre: "Como mi Padre me ha enviado a mí, así os envío Yo a vosotros".[27] La Iglesia del Verbo

27. *Io* 20, 21.

hecho carne es, por ende, la expresión viva y visible, bajo la guía del sucesor de Pedro, de la unidad, la santidad, y la caridad apostólica y universal de la Trinidad indivisible.

La catolicidad de la Iglesia brota, lo mismo que una propiedad dimana de la esencia, de la unidad del Cristo total. Ella está llamada a configurar, bajo las diversas modalidades históricas, la unidad integral del Cristo total. Pero es el Espíritu Santo el que imprime a todos los miembros de un mismo cuerpo místico el sello de su unidad. Él es el Principio supremo, que anima de un mismo movimiento espiritual:

— en la cima del universo de la Redención: al Verbo Encarnado, Cabeza de la Iglesia, Sacerdote y Rey, "Único Mediador entre Dios y los hombres";[28]

— cerca de Él, asociada a toda su obra, a título de corredentora: a su Madre, hecha también la nuestra y la Madre de toda la Iglesia;

— a las dos fracciones, la triunfante y la sufriente, de la Iglesia, compuesta por la inmensa multitud invisible de los ángeles y de los santos;

— después, a la jerarquía sucesiva de sus papas, de sus obispos, de sus sacerdotes, de sus diáconos;

— en fin, al conjunto de todos los fieles, que llevan también ellos el sello del real sacerdocio de Cristo, Sacerdote y Rey;

— a todos, que no hacen sino "uno" en Cristo, animado por el mismo Espíritu.

3. UNIDAD DE PENSAMIENTO

La unidad de persona del Cristo total traerá consigo la unidad de oración en todos los dominios: en el del pensamiento, en el del amor y los sentimientos, en el de la acción, en el del sacerdocio, en el de las relaciones espirituales, en el de la finalidad.

Todos los miembros del cuerpo místico de Cristo participan, por la gracia de la adopción, en la Filiación

28. *1 Tim* 2, 5.

eterna y en la personalidad increada del Verbo, y son iluminados por su propia claridad.

En la Iglesia no hay sino una Luz: el Verbo, Pensamiento eternal del Padre, Palabra hecha carne entre los hombres. El Verbo es la Luz de Dios en los esplendores de la Trinidad, y, en grados diversos, Él es la única luz de los ángeles y de los hombres. Todas las luces del Antiguo Testamento son sólo, en definitiva, un rayo de la claridad del Verbo, un eco de la Palabra Increada. "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo,... esplendor de su gloria e imagen de su substancia." [29] El menor destello de fe pertenece al mismo orden que el Verbo, del que es participación. A lo largo del multimilenario desarrollo de la Revelación divina en medio de los hombres, se desenvuelve una misma verdad divina que los elegidos son llamados a contemplar "cara a cara". Así, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ante los ojos maravillados de los hombres, se va descorriendo progresivamente el velo que encubre el rostro de Dios. Bajo distintos regímenes históricos, prosíguese una misma "economía de la salvación" comenzada cuando la creación de los ángeles y continuada luego con la de los hombres en las oscuridades de la fe, pero que vendrá a completarse, al final de los tiempos, en Dios, en la visión de su propio Pensamiento eterno. Las generaciones humanas se suceden en una serie indefinida de culturas y civilizaciones, pero es la misma luz divina la que penetra en el espíritu de los hombres de todos los tiempos. El mismo Dios de la Verdad ha hablado por boca de los Profetas y de los Apóstoles. A través de la Iglesia nos habla todavía Dios por medio de su Hijo.

Aun tratándose del pensamiento cristiano, sería utópico soñar en una unidad absoluta. La extremada diversidad de los temperamentos, la innúmera variedad en punto a formación intelectual, profesional, artística y en punto a ambientes vitales, la cantidad enorme de prejuicios que van ligados inevitablemente a los distintos

29. *Hebr* 1, 1-2.

medios sociales y religiosos, apartados por completo unos de otros y extraños entre sí... todo esto contribuye a introducir y acentuar notables divergencias en los modos de ser y de pensar, aunque no destruya la básica unidad de una misma profesión de fe. ¿Cómo exigir absoluta identidad de juicio a un chino, un japonés, un americano, un ruso, un alemán y un francés sobre un suceso cualquiera del que la prensa, la televisión y la radio les hacen, según los distintos intereses que se tercien, diversas presentaciones incompletas y deformadas? Hay que saber aceptar con caridad estas modalidades de las perspectivas dentro de una misma visión cristiana del mundo. Los Evangelios y los restantes escritos del Nuevo Testamento, ¿no tienen también la marca de esta diversidad y de esta complementariedad en la toma de conciencia, por diferentes hombres, de un mismo mensaje de Dios?

No obstante, la Iglesia vigila, con un cuidado extremo, por conservar en la inteligencia de sus fieles una visión concorde de los misterios cristianos y de las estructuras fundamentales del mundo. Deja a los hombres organizarse libremente sus existencias individuales y sociales en el plano de lo temporal. Respeta todos los regímenes políticos. No se mezcla en los intereses humanos, sino cuando surge, en la manera de dirigirlos, alguna incidencia directa o indirecta sobre el reino de Dios. Entonces, interviene para recordar a los hombres su vocación divina y, si es preciso, para recordarle al César los derechos de Dios.

Basta con que constatemos la masa de ideas incoherentes, de errores y de prejuicios del espíritu humano, para que nos demos cuenta de que, a través de una muchedumbre tan grande de mentalidades y de naciones diversas, el mantenimiento de la unidad de la fe es un signo de la Presencia de Dios. El Espíritu Santo asiste y dirige manifiestamente a la Iglesia en su misión de verdad. El milagro de Pentecostés se perpetúa a diario en la Iglesia, sin el brillo de los carismas y de las glosolalías, pero con la misma fuerza divina de la verdad.

Esta unidad de la Revelación divina y de la fe cristiana es obra del Espíritu Santo. El Padre nos habla

siempre por su Hijo, en el Espíritu. "Movidos del Espíritu Santo" —afirma San Pedro— "hablaron los hombres de Dios."[30] Y la fe cristiana proclama que el Espíritu Santo "nos hablaba por los Profetas", "qui locutus est per Prophetas". Jesús mismo nos había anunciado con insistencia la acción iluminadora del Espíritu Santo, que vendría a concluir su propia misión evangelizadora. Desígnale como un "Espíritu de verdad": "Cuando viniere Aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo dará a conocer."[31]

El milagro de la unidad de la fe es obra del Espíritu Santo. El mismo Espíritu ilustra a los miembros jerárquicos de la Iglesia y a los simples fieles. Toda verdad desciende, en la Iglesia, del "Padre de las luces"[32] por el Verbo, al soplo del Espíritu.

Por encima de las divisiones de los hombres, la infalible asistencia del Espíritu, prometida a Pedro y a sus sucesores, nos garantiza que la Iglesia no se desviará jamás de su misión de verdad. Como el día de Pentecostés, habita el Espíritu Santo plenamente en la Iglesia de Dios. Gracias a Él, habla la Iglesia todas las lenguas y entiende cada cual en su propio idioma el mismo mensaje de Dios.

4. UNIDAD DE AMOR

Las Sagradas Escrituras nos traen a menudo a la memoria que en el origen de todas las obras de Dios "ad extra" se halla el amor. Dios creó el universo por amor y rescató al hombre por amor. Los textos sagrados nos enseñan que el amor es el motivo perpetuo de la intervención de Dios en la historia de los hombres. "Él nos amó primero."[33] En la obra de nuestra salvación todo es gracia y misericordia, todo es amor. La señal

30. *2 Petr* 1, 21.
31. *Io* 16, 13-14.
32. *Iac* 1, 17.
33. *1 Io* 4, 10.

por excelencia de este amor de Dios a nosotros es la donación de su Hijo: "De tal manera amó Dios al mundo que le ha dado su Hijo Unigénito".[34] — Por un exceso de amor es por lo que se inclinó sobre nuestras vidas pecadoras para divinizarlas. "Dios, que es rico en misericordia por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dio vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados—, y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo."[35] — "El Padre os ama",[36] afirmaba Jesús a sus discípulos, y elevaba esta suprema plegaria: "Que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos".[37]

Todos los santos han comprendido este mensaje de amor. San Francisco de Sales escribía en la primera página de su *Tratado del amor de Dios:* "Todo es por el amor, en el amor, para el amor y del amor, en la Santa Iglesia". Una inmensa corriente de amor parte del Padre, pasa por el Hijo y por el Espíritu Santo, invade el mundo de los ángeles y de los santos que están en la gloria, inspira todos los combates que la Iglesia militante libra por Dios, anima todos los actos del cuerpo místico de Cristo, recorriendo toda la Iglesia de Dios. Por ser amor es el Espíritu Santo el Alma de la Iglesia, su Principio de Vida, que reúne en la unidad de un mismo Espíritu, por la comunión de los santos, a todos los habitantes de la tierra y del cielo. La caridad es el alma creada de la Iglesia, que el Espíritu Santo mismo difunde en los corazones. Esta caridad constituye la "forma" de todas las virtudes cristianas, el principio del movimiento espiritual de la Iglesia entera. El Espíritu Santo, que difunde la caridad en el mundo de los ángeles y en las almas, hace que de esta caridad divina brote la práctica de todas las demás virtudes, de una manera ordinaria en los principiantes y en los ya adelantados, pero, en los perfectos y en los santos, de manera sobrehumana, deiforme, característica del superior régimen de los dones. Importa que tomemos conciencia de esta divina

34. *Io* 3, 16.
35. *Eph* 2, 4-7.
36. *Io* 16, 27.
37. *Io* 17, 26.

Fuente. Los verdaderos "hijos de Dios son guiados por su Espíritu".[38] El Espíritu Santo dirige el mundo de las almas: Es el alfa y omega, el Principio y el fin de todos los actos humanos. El genio de Aristóteles vislumbraba el cosmos suspendido del Acto Puro mediante el deseo; la fe cristiana nos descubre todo un universo, incomparablemente más bello, de espíritus puros y de almas rescatadas por Cristo, arrastradas por el inmenso movimiento de retorno de todos los seres hacia Dios, tendiendo hacia Él por el amor, para ser en Él "consumados en la unidad" de la Trinidad.

Si en el "cara a cara" es el Verbo la "Forma" suprema, unificadora de la Iglesia de Cristo, quien prepara en cada uno de nosotros la intensidad de aquella visión es el Espíritu Santo. A los ojos del Eterno, el valor de una vida se mide por el peso de su amor. A la luz de este criterio más importante, ¿qué se nos da de nuestro puesto, humilde o encumbrado, en la Iglesia? Piénsese en la Virgen de Nazaret y, más próxima a nosotros, más a nuestro alcance, en una Teresita de Lisieux. Cierto que, por haberlo querido así el Fundador de la Iglesia, hay en ella una jerarquía de funciones y de poderes que le proporciona admirable estructura asegurando su misión divina; pero, nuestra verdadera pertenencia a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, se mide no por nuestro cargo externo, por nuestra función o dignidad, sino por nuestro amor, por nuestro grado de unión y de docilidad al Espíritu Santo. Cuando, llegado el fin de los tiempos, reaparezca Cristo en su gloria para juzgar a las naciones, todos los valores humanos y todos los carismas se esfumarán eclipsados por la primacía de la caridad. En el ocaso del mundo, la Iglesia será juzgada según el código del amor.

UNIDAD DE ACCIÓN

Si la vida profunda, interior, de la Iglesia, es una semejanza de la vida íntima de la Trinidad a la Luz del Verbo y en el Espíritu de Amor, su actividad exterior

38 *Rom* 8. 14.

no es sino una prolongación de la actividad de la Santísima Trinidad "ad extra". La Iglesia realiza en el tiempo, bajo el influjo continuo y primordial de la Causa Primera, los eternos designios del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Aquí es preciso evitar sobre todo cualquier antropocentrismo. Hay que tener mucho cuidado para no dejarnos encerrar entre los estrechos horizontes de nuestras pequeñas preocupaciones diarias, ni siquiera entre los restringidos límites de nuestra Iglesia militante, pues debemos entrar con resolución en las vastas perspectivas de la redención del mundo y en los infinitos horizontes de Dios. Las verdaderas dimensiones de la Iglesia son cósmicas. San Pablo nos lo recuerda: "La creación entera gime hasta ahora y siente dolores de parto con la esperanza de alcanzar al fin la libertad de la gloria".[39] La Iglesia abarca todo el universo. Ella es, en definitiva, la obra única de Dios, concebida por el Padre, realizada por el Hijo, bajo la moción continua del Espíritu y la acción indivisible de toda la Trinidad. He aquí por qué es la Iglesia la obra maestra de Dios. Reúne en sí, con admirable unidad de orden, todos los bienes de la creación, de la redención, y de la gloria. En su Cabeza, el Verbo Encarnado, junta la Iglesia en una misma Persona la síntesis viviente de Dios y del universo.

El balance de la historia será la edificación del Cristo total. Bajo la acción primordial de las Tres divinas Personas, los ángeles y los hombres de todas las generaciones trabajan juntos en edificar la Iglesia. Con la Trinidad, todo el universo colabora en la construcción de la eterna Ciudad de Dios.

1. La acción primordial de la Trinidad

La acción de la Trinidad lo domina todo: "Si Yavé no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen".[40] Es el Dios trino quien ha concebido el plan de la Iglesia y quien, a título principal, asegura su realización. El universo de la redención tiene como funda-

39. *Rom* 8, 22.
40. *Ps* 126, 1.

mento el universo de la creación: la naturaleza dispone para la gracia y para la gloria. Sola la omnipotente e indivisible Trinidad pudo hacer surgir de la nada el mundo, y Ella sola puede mantenerle en la existencia. Sin la Trinidad, la Iglesia dejaría de existir. No hay que imaginarse la intervención divina como un acontecimiento pretérito que sentara el mundo sobre sus bases y después, dándole un papirotazo, lo abandonase a su propia evolución. Las tres Personas divinas están siempre presentes, actuando en lo más íntimo de todos los seres por un influjo continuado, sosteniendo y moviendo las causas segundas en sus menores acciones. Nadie puede ni mover el dedo meñique, ni respirar siquiera sin el concurso del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Hasta el más mínimo movimiento en el mundo de los espíritus, hasta el más insignificante desplazamiento de un átomo requieren la intervención directa y personal del Creador del universo. El Espíritu de Dios actúa siempre y, día tras día, en la Iglesia; brotan de continuo nuevas almas inmortales de las manos creadoras de la Trinidad, almas de las que el Espíritu Santo se apodera en el mismo instante de su creación para conducirlas hacia su eterno destino.

En efecto, la acción del Espíritu Santo resplandece sobre todo el mundo de la gracia y de la gloria. La Iglesia le debe a Él todo. El Espíritu de Dios realiza todo lo pertinente al orden de la intención y de la ejecución: Providencia general y predestinación de los elegidos, vocación de los ángeles y de los hombres a la filiación divina, gracias de iluminación, de fortaleza, de pureza divina... todas las formas carismáticas que adornan a la Iglesia revistiéndola de esplendores en Cristo, proceden del Espíritu Santo. Toda la actividad interna y externa de la Iglesia es inspirada, dirigida y cumplida por ella con el Espíritu Santo. Toda la acción ministerial de la jerarquía, todos sus actos de enseñanza y de gobierno, todas las gracias de los sacramentos proceden del Padre, por los méritos del Hijo, pero se imprimen en las almas bajo la influencia causal del "agua y del Espíritu".[41] Así

41. *Io* 3, 5.

como por Ella ha sido concebida y realizada, sólo durará, la Iglesia, dependiendo de la Causalidad Primera y Universal de la Trinidad indivisible. Puede atribuirse, por apropiación, la Iglesia al Padre, como a su Principio originario, al Verbo como a la Sabiduría que le ha dado expresión, y al Espíritu Santo como el Amor que la realiza; pero no por esto es menos la Iglesia obra común de las Tres Personas divinas. Todo, en la Iglesia, se hace por medio de Cristo. Nuestra Iglesia, la Iglesia de Cristo, es verdaderamente la Iglesia de la Trinidad.

2. *La mediación universal de Cristo*

La acción de Cristo en su Iglesia es la propia del Hijo Único del Padre, verdadero Dios y verdadero hombre, "Único Mediador entre Dios y los hombres",[42] Jefe supremo y Principio de subsistencia para todos los miembros de su cuerpo místico.

Como Verbo Eterno, Cristo ha edificado "su Iglesia" en unión con el Espíritu Santo, en la divina unidad de un mismo Acto Puro. Por su divinidad, Él es igual al Padre, es "Uno" con Él. Ha creado el universo y "nada de cuanto existe ha sido hecho sin Él".[43] "Verdadero Dios de Dios verdadero, Luz de Luz", el Verbo realiza con el Padre y con el Espíritu Santo todas las obras de Dios "ad extra". Podemos estar tranquilos, que a sus elegidos nadie se los quitará: Cristo, Dios todopoderoso, vela por su Iglesia, y "las puertas del infierno no prevalecerán contra ella".[44]

Como hombre, el Verbo encarnado, desde su "Ecce venio" hasta su "consummatum est" de la cruz, se ha ganado a su Iglesia con sus méritos salvíficos, y ahora, en lo alto del cielo, "sentado a la diestra del Padre", en su calidad de soberano "Señor",[45] aplica por sí mismo a cada uno de los miembros de su cuerpo místico todos los

42. *1 Tim* 2, 5.
43. *Io* 1. 3.
44. *Mt* 16, 18.
45. *Phil* 2, 11.

beneficios de la Redención, a título de instrumento de la Trinidad. Por su humanidad, unida en Persona al Verbo de Dios, desempeña Cristo un papel universal y único en su Iglesia. Él es su Cabeza, pero, más profundamente todavía, es el "agente", la personalidad que confiere a todos los miembros de su cuerpo místico el subsistir en Él y por Él: es el Principio actuador de todas las acciones de la Iglesia, el Responsable de todos los actos de la misma. Ni el Padre ni el Espíritu Santo constituyen su íntima personalidad, el sujeto de atribución de los actos que realiza el cuerpo místico de Cristo. Ciertamente, la Trinidad es quien hace todo cuanto en la Iglesia se hace, por ser la Trinidad la Causa Primera en el orden de la eficiencia, de la ejemplaridad y de la finalidad, es decir, de una manera extrínseca y trascendente; pero sólo el Verbo Encarnado, Segunda Persona de la Trinidad, subsiste místicamente en cada uno de nosotros para constituir con nosotros un único todo, participando de la misma gracia capital y llevando a cabo todas las operaciones de su Iglesia en la indivisible unidad de un mismo Cristo total.

Esta unidad de personalidad del Cristo total es la clave del misterio de la Iglesia. Sin ella no se puede comprender hasta qué punto está todo Cristo en su Iglesia. "No hay ya griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos." [46]

En la primera fase de adquisición de la salud espiritual, todo lo que Cristo ha hecho por mí es como si lo hubiese realizado yo mismo. Cristo ha vivido en sí mismo mi propio destino, puesto que yo no soy sino "uno" con Él y en Él. Por consiguiente, su mérito es para mí, su expiación es por mí, su sacrificio es mío, y mías son también su adoración, sus plegarias, su acción de gracias, su vida de amor y su redención. La Cabeza ha pagado por los miembros, como la mano participa en el valor moral de la voluntad por pertenecer a la misma persona, responsable de todos los miembros de su cuerpo. La Trinidad le ha dado al Verbo su humanidad; el

46. *Col* 3, 11.

Espíritu del Padre le ha inspirado el ofrecerse y el morir por nuestro rescate; pero ni el Padre ni el Espíritu Santo han muerto por nosotros. Solamente Cristo merece, en sentido estricto, la denominación de Redentor, de actuante en nombre de toda esta humanidad pecadora que no forma sino "uno" con Él. La Cabeza se ha ofrecido por los miembros; la Iglesia es el fruto de la Redención hecha por Cristo: "...con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación."[47]

Sabemos, por la fe, que la oblación de Cristo ha operado nuestra salvación por modo de mérito, de reparación, de expiación, de satisfacción, de plegaria y de sacrificio. La teología católica ha examinado minuciosamente las múltiples modalidades de la Pasión y de la Muerte de Cristo. También ha escrutado atentamente la segunda fase de "la economía de la salvación": la aplicación de los infinitos méritos del Salvador a cada uno de los miembros de su cuerpo místico por modo de súplica al Padre y de instrumentalidad sobre nosotros.

La Epístola a los Hebreos nos muestra a Cristo en el cielo "siempre presente ante el Padre para interceder en favor nuestro".[48] El Espíritu Santo le había inspirado el ofrecerse a Dios en la cruz como hostia sin mácula.[49] El mismo Espíritu informa su intercesión cerca del Padre por todas las necesidades de su Iglesia. Vivimos, día y noche bajo la continua vigilancia de su oración de Cristo. La Iglesia está al resguardo de cualquier sorpresa proviniente de las potencias del mal. Asistido por su Espíritu, el Hijo de Dios vela por su Iglesia y la preserva de todo mal.

Más aún, Cristo actúa continuamente en los miembros de su cuerpo místico y por medio de ellos. Es éste un punto capital en la vida del espíritu, aunque insospechado para muchos. No sólo ruega Cristo por nosotros en el cielo ante la faz del Padre, sino que además actúa en cada uno de nosotros sobre la tierra, en lo más íntimo

47. *Apoc* 5, 9-10.
48. *Hebr* 7, 25.
49. *Hebr* 9, 14.

de nosotros mismos y más que lo que actuamos nosotros. San Pablo explicaba esta interiorización mística como una "inhabitación de Cristo en nuestro interior por la fe y la caridad".[50] En cierto modo, cada uno de los actos del cristiano es un acto de Cristo. Por el bautismo, el cristiano se convierte en "otro Cristo": Christianus alter Christus". En adelante, no forma sino "uno" con Él, incorporado a Él, no constituyendo con Él y en Él más que "una sola persona mística", "teniendo acceso con Él y en Él al Padre",[51] en un mismo Espíritu de Amor, existiendo, actuando, padeciendo, viviendo y muriendo en Él con la esperanza de ser asociado un día a su gloria de Cristo.

Jesucristo realiza actos estrictamente personales, de Verbo Encarnado, pero, como Jefe de la Iglesia, inspira y anima todos los actos de los miembros de su cuerpo místico. La corriente de vida divina, que desciende del Padre a la humanidad del Verbo hecho carne, se extiende a la Iglesia entera mediante un movimiento continuo. A cada instante "recibimos de su plenitud".[52] Mi plegaria, mi vida de fe y de amor, mi actividad interior y exterior, mis acciones todas proceden simultáneamente de Él y de mí: de Él como de su causa eminente, mediata, y de mí como de su principio inmediato, pero bajo el influjo actual de Él. De este modo se compagina mi libertad con la mediación universal de Cristo: "Sin Mí, nada podéis hacer".[53] Mis propios actos son más de Cristo que míos. Él es quien me concede, por el Espíritu, el concebirlos, el comenzarlos y el acabarlos. Él coronará en mí sus propios dones. El influjo siempre actual de la mediación universal de Cristo anima todos los movimientos de su cuerpo místico de la tierra y del cielo. No hay un solo acto interior, ni una sola actividad de la jerarquía eclesiástica que no provenga de Él, que no sea inspirada y realizada por Él, al mismo tiempo que por los hombres a Él incorporados y mandatarios suyos.

50. *Eph* 3, 17.
51. *Eph* 2, 18.
52. *Io* 1, 16.
53. *Io* 15, 5.

Cristo realiza todos los actos de su Iglesia, con ella y por ella.[54]

Guiada por el realismo de su fe, la teología católica, en su conjunto, considera la humanidad de Cristo, unida en Persona a Dios mismo, como el órgano privilegiado del Verbo, el instrumento universal de todas las obras de la Trinidad "ad extra" en el mundo sobrenatural. Cristo, el Mediador, realiza, según esto, todos los milagros de Dios y distribuye la gracia y todos los beneficios divinos a cada uno de los miembros de su cuerpo místico. Sentado "a la diestra del Padre", sigue actuando en medio de los suyos, en todas las fracciones de su Iglesia triunfante, sufriente y militante. "Él constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos abracemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo."[55]

Desde lo alto del cielo, Cristo comunica al Papa recién elegido todos los poderes sobre la Iglesia militante, y le asiste, por Sí mismo y por su Espíritu, de una manera invisible, durante todo el ejercicio de su cargo. Cristo es quien consagra a todos los obispos y les da, por intermedio del Papa, los poderes de "regir la Iglesia de Dios".[56] Cristo es quien ordena a sus sacerdotes por el ministerio de los obispos. Es Cristo en Persona quien,

54. Un texto de extraordinaria fuerza de Santo Tomás de Aquino enseña esta dependencia de cada uno de nuestros actos bajo la influencia personal y actual de Cristo:

«Omnia quae sunt a capite corporali, scl. compactio, nervorum ligatio, ad opus motio, fluunt a capite nostro Christo in corpore Ecclesiae... Tertio a capite Christo in membris, ut augmententur, spiritualiter influit ut virtus actualiter operandi. Unde dicit: «secundum mensuram uniuscuiusque membri, augmentum corporis facit» (*Eph* 4, 16), quasi dicat: non solum a capite nostro Christo est membrorum Ecclesiae compactio per fidem, nec sola connexio vel colligatio per mutuam subministrationem caritatis, sed certe ab Ipso est *actualis membrorum operatio* sive ad opus motio secundum mensuram et competetiam cuiuslibet membri» (*In Eph*, cap. 4, lect. 5).

55. *Eph* 4, 11-13.

56. *Act* 20, 28.

a título de Sacerdote Principal y de Pontífice Supremo, ofrece el único y perpetuo sacrificio. Cristo mismo quien, a través del Papa, los obispos y los sacerdotes, celebra todos los bautismos, todas las confirmaciones, todas las misas, da todas las absoluciones, hace todos los matrimonios, todas las consagraciones epicopales y ordenaciones sacerdotales, da todas las extremaunciones. El Cristo de la gloria está siempre presente en su Iglesia de la tierra, cumpliendo en Persona, por sus ministros, todas las funciones sacerdotales y jurisdiccionales de su Iglesia.

3. *La acción maternal de María*

En un solo acto, con su oblación de amor y su inmolación en la cruz, Cristo ha salvado todo bajo la inspiración del Espíritu Santo, y al presente, desde lo alto del cielo, al soplo del mismo Espíritu, aplica a los hombres el valor infinito de sus salvadores méritos. Ruega por su Iglesia, y, a título de instrumento universal, hace descender sobre ella todas las gracias y todos los beneficios de la Trinidad.

El mismo Espíritu de Amor le ha inspirado el asociar a los hombres a su obra salvadora.

Entre las creaturas escogidas por Cristo para colaborar con Él en su tarea de la Redención, su Madre ocupa un puesto eminente, excepcional. Ella ha venido a ser, dependiendo totalmente de Él, la Medianera de todas las gracias de la Trinidad, al soplo del Espíritu del Hijo.

Esta acción salvadora de la Madre de Dios y de los hombres se ha desarrollado en doble fase histórica: primero, de adquisición, y, después, de aplicación de todas las gracias de la Cruz. Como su Hijo, María ha desempeñado su función maternal en la economía de la salvación únicamente bajo la acción constante del Espíritu Santo. El Evangelio nos lo testimonia: es el Espíritu Santo quien viene sobre Ella para operar la Encarnación del Verbo y constituirla en Madre espiritual de todos los redimidos. La actividad marial no se sitúa en el orden de los poderes jerárquicos, sino en el orden maternal y en el plano del amor.

Todo lo que Cristo ha realizado, como Jefe, a guisa de reparación, de expiación, de satisfacción, de mérito, de intercesión, de culto sacrificial, con el valor moral, intrínsecamente infinito, que tienen las más mínimas acciones de un Dios caminando entre los hombres, María lo ha realizado como Madre, en un plano inferior y subordinado, íntimamente asociada a su Hijo en la adquisición y en la distribución de todas las gracias de la salvación, bajo la moción continua de un mismo Espíritu de Amor. Sus menores actos, como los de Cristo, revestían significación y alcance universales. Nuestro destino personal ha sido decidido en el alma de Cristo y en la de su Madre. Él y Ella son los dos grandes agentes universales que utiliza el Espíritu Santo para la edificación de la Iglesia.

Ahora, en el cielo, la Madre de Jesús está con su Hijo ante la Faz del Padre, intercediendo constantemente por nosotros. Su común intercesión se prolonga, al parecer, por medio de una causalidad instrumental física que la Iglesia, en un documento reciente,[57] nos invita a examinar como hipótesis científica que explica con el máximo realismo la función maternal de María para con cada uno de nosotros. En armonía con la Medición única y suprema del Verbo hecho carne, la acción de María se extiende al Cristo total. Como en el día de la Encarnación del Verbo, el Espíritu Santo, contando solamente con María, "forma" a Cristo en las almas. La Iglesia es obra indisociable del Espíritu Santo, de Cristo y de María.

4. *La función de la jerarquía*

Todo miembro del cuerpo místico de Cristo está llamado a participar con Él en la edificación de la Iglesia. Somos solidarios los unos de los otros. Cada cristiano,

57. «Si enim Verbum per humanitatem assumptam miracula patrat et gratiam infundit, si sacramentis suis, si sanctis suis *tamquam instrumentis* utitur ad animorum salutem, cur Matris suae sanctissimae munere et *opere* non utatur ad Rademptionis fructus impertiendas?» (Encícl. *Ad caeli Reginam;* A. A. S., 1954, 636).

en su puesto, es responsable de la salvación del mundo. Cristo no necesita en absoluto de nosotros, pero ha tenido libremente a bien asociarnos a la aplicación, a la distribución de los méritos de su muerte en la cruz. "Por asombroso que parezca, Cristo requiere la ayuda de sus miembros... El Salvador, que dirige invisiblemente a la Iglesia por sí mismo, quiere no obstante recibir la ayuda de los miembros de su cuerpo místico para llevar a cabo la obra de la Redención... Misterio estremecedor —y que nunca se meditará bastante—: la salvación de un gran número de almas depende de las oraciones y de las mortificaciones voluntarias que a este fin enderecen los miembros del Cuerpo místico de Jesucristo y de los trabajos de colaboración que los pastores y los fieles, especialmente los padres y las madres de familia, deben ofrecer a nuestro divino Salvador." [58]

Esta interacción de los miembros del cuerpo místico, de los unos para con los otros, se despliega en dos planos: en el de los poderes jerárquicos y en el de la santidad, desenvolviéndose todo este juego de conexiones entre las causas segundas en actual dependencia de Cristo y del Espíritu Santo. Visión grandiosa, que nos muestra a la Trinidad actuando de continuo en la Iglesia a través de la humanidad de Cristo, por medio del Papa, los obispos y los sacerdotes, puesto que la misión de la jerarquía consiste en transmitir a toda la Iglesia y a todos los hombres la gracia y la verdad. La Iglesia es un organismo vivo, de fuerte complexión y estructura, animado por el Espíritu Santo, cuya cabeza visible y cuyo centro de unidad en la tierra es el Papa, de quien depende, en todos los grados de la jerarquía, el ejercicio legítimo de los poderes de orden y de jurisdicción. En un concilio nada se hace sin el Papa: "Tu es Petrus". "Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia." [59] Jesús ha dicho "mi" Iglesia, no la Iglesia de Pedro o la de Pablo, aunque éstos sean sus columnas inquebrantables. El Papa no es sino el Vicario de Cristo, pero toda la jerarquía depende de él: "Apacienta mis corderos,

58. *Mystici Corporis;* A. A. S., 1943, p. 213.
59. *Mt* 16, 18.

apacienta mis ovejas".[60] Según la bellísima fórmula de Santa Catalina de Siena, el Papa es el "dulce Cristo de la tierra", y el Espíritu Santo le asiste para "regir la Iglesia de Dios".[61]

De la misma manera, en un plano subordinado, nada se hace en una diócesis sin el obispo, vicario de Cristo también él, con la encomienda inmediata de un territorio limitado, de un sector de la Redención, pero colegialmente unido al Papa en el gobierno de la Iglesia universal.

5. *La colaboración de los fieles*

La Iglesia de hoy ha tomado más conciencia del indispensable papel del laicado, que debe colaborar íntimamente con la jerarquía en el plano del pensamiento y en el de la acción. Esta actividad espiritual de los fieles se despliega sin límites y de un modo eficaz, por la comunión de los santos, al servicio del cuerpo místico de Cristo. Un alma que se eleva levanta consigo al mundo. Un alma que se envilece rebaja a todo el universo. Los hombres trabajamos todos juntos en elevar o en hacer que baje el nivel espiritual de la humanidad. ¿Quién podrá medir las incalculables repercusiones de un solo acto humano? El "fiat" que María pronunció contenía en germen la salvación del mundo entero. La acción redentora de Cristo en la cruz fue el rescate de toda la humanidad. El más insignificante de los actos humanos repercute para bien o para mal en toda la Iglesia.

6. *El construir juntos la Ciudad de Dios*

Todos los miembros del cuerpo místico de Cristo son llamados a construir, cada uno por su parte, la eterna Ciudad de Dios, bajo la acción universal, primordial,

60. *Io* 21, 15-17.
61. *Act* 20, 28.

de la Trinidad. El plan de Dios es sencillo: a través de las causas segundas, prepara Dios la futura Ciudad. Él ha creado el mundo de los espíritus, ha hecho al primer hombre y a la primera mujer, ha permitido su caída con miras a que resplandezca más su gloria en un universo redimido. Toda la historia del mundo converge hacia esta Ciudad eterna, cuyo Arquitecto es Dios, y los hombres los obreros que la edifican. Bajo la guía de Cristo, animados por el mismo Espíritu, a través de nuestras acciones humanas, vamos construyendo juntos la Ciudad de Dios.

6. UNIDAD DE SACERDOCIO

Las mayores maravillas del Espíritu Santo permanecen ocultas. La actividad externa de la Iglesia militante es sólo el reflejo de su unión íntima con Cristo y, por medio de Él, con el Padre. Antes de lanzarse cada día a sus trabajos apostólicos y a sus combates por Dios, la Iglesia se recoge en el alma sacerdotal de Cristo. "Por Él, con Él y en Él", en una misma oblación y en un mismo sacrificio de alabanza y de adoración, hace subir ella "hacia el Padre todo honor y toda gloria, en la unidad de un mismo Espíritu" de amor. La Iglesia entera hace oración y trabaja con Cristo, al soplo de un mismo Espíritu.

El punto culminante de la vida de la Iglesia es el momento sublime en que se identifica con el Crucificado en la perpetuada ofrenda de su inmolación sobre la cruz. La misa es el centro vital de la Iglesia, que camina aún hacia el Señor por entre las oscuridades de la fe: el instante supremo en el que toda la Iglesia de la tierra y del cielo, agrupada en torno a un mismo Cristo, hace que ascienda hacia el Padre y hacia toda la Trinidad una alabanza infinita: "Suscipe Sancta Trinitas!" El Espíritu Santo es el Alma de la Liturgia de la Iglesia. Él, que sostenía sobre el Gólgota al Crucificado en su oblación de amor, está también aquí, uniendo a la Cabeza con los miembros en una misma obra de glorificación

de Dios, impulsando a éstos a que musiten a una voz con el Hijo: "¡Abba, Padre!"

El Espíritu Santo, que en Nazaret hizo Él mismo, con el Padre, la unción sacerdotal del Verbo, Encarnado en el seno de la Virgen María, se inclina sucesivamente sobre todos los demás sacerdotes de la tierra para consagrarles y hacerles unas copias del Padre Eterno, del Sacerdote Único, de cuyo sacerdocio el Antiguo Testamento era sólo figura y de quien los ministros del Nuevo Testamento no son más que simples instrumentos. El Espíritu Santo es quien imprime en las almas de los fieles el carácter bautismal, la impronta de Cristo, de una manera indeleble, configurándolos según la imagen del sacerdocio de Cristo. Este único sacerdocio de Cristo debe ser considerado como un "todo potestativo" del que derivan, sin hacer número con él, todo el sacerdocio episcopal y presbiteral, así como el sacerdocio de los bautizados y el de los confirmados. El "sacerdocio real"[62] de todos los miembros del cuerpo místico de Cristo deriva, parejamente, de la realeza sacerdotal del Verbo hecho carne.

No sólo comunica el Espíritu Santo a los hombres la gracia de la adopción y les configura, por el carácter sacramental, con el sacerdocio único de Cristo, sino que introduce en sus almas los sentimientos íntimos del alma sacerdotal y religiosa del Verbo Encarnado, adorador y glorificador perfecto del Padre. Todo el sacerdocio participado por la Iglesia es puesto en movimiento, en la liturgia, por el Espíritu del Padre y del Hijo. "Tenemos por Pontífice al mismo Hijo de Dios."[63] No hay más Sacerdote que Él. El Verbo hecho carne sigue siendo, a título principal, el Sacerdote sacrificador y santificador que cumple Él mismo, por medio de sus ministros, todos los actos cultuales de su Iglesia. La liturgia de la Iglesia es el ejercicio siempre actual y la expresión viva de este único sacerdocio de Cristo. Movida por el mismo Espíritu de Amor, la Iglesia, a través de los ritos externos, debe abismarse en los sentimientos interiores del alma sacerdotal de Cristo.

62. *1 Petr* 2, 9.
63. *Hebr* 4, 14.

7. UNIDAD DE LA FAMILIA DE DIOS

El Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, es también el Espíritu de toda la Familia de la Trinidad. ¿No tuvo por fin la Encarnación del Verbo "reunir en uno todos los hijos de Dios que están dispersos"?[64] "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros." Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Mas "a cuantos le recibieron en la fe dioles poder de venir a ser hijos de Dios".[65] "Al llegar la plenitud de los tiempos", nos dice igualmente San Pablo, "envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: "¡Abba, Padre!"[66]." Este texto inspirado evoca las perspectivas de una gran familia que ha de reunir a todos los hombres en torno a un mismo Padre, en unión con el Hijo, "Primogénito entre muchos hermanos"[67] y teniendo también a María por Madre y animados todos por el mismo Espíritu de Amor.

No somos ya nosotros para Dios simples creaturas, seres de paso, extraños, sino que somos de la Familia misma de Dios.[68] Ninguna otra religión ha ido tan lejos al expresar las relaciones íntimas del hombre con la divinidad. La gracia de la adopción nos ha aproximado a Dios en un grado inaudito de parentesco. Ricos o pobres, por encima de todas las diferencias de clases y de razas, somos "uno" en Jesucristo, verdaderos hijos de Dios con Él y en Él, hijos en el Hijo, configurados a imagen del Hijo Unigénito del Padre, animados por el mismo Espíritu del Padre y del Hijo.

8. EN LA UNIDAD DE LA TRINIDAD

El Espíritu Santo es un Espíritu de unidad. Alma de la Iglesia, vincula de una manera vital a todos los miem-

64. *Io* 11, 52.
65. *Io* 1, 12.
66. *Gal* 4, 4-6.
67. *Rom* 8, 29.
68. *Eph* 2, 19.

bros del cuerpo místico de Cristo con su Cabeza y, por medio del Hijo, con el Padre. La unidad de la Iglesia es obra del Espíritu Santo, unidad que trasciende todas las formas de cohesión física o moral, incomparablemente superior a la unión misma del alma con el cuerpo, a causa de la Presencia inmediata del Espíritu divino, en cada uno de nosotros, en lo más íntimo de nuestro ser de naturaleza y de gracia. Somos "uno" en Cristo. De esta unidad de personalidad dimanan todos los restantes aspectos de la unidad de la Iglesia, identificada así con el Cristo total. La Iglesia subsiste místicamente en la segunda Persona de la Santísima Trinidad. El Verbo es su Luz, el Espíritu Santo, el Amor que la mueve en todos sus actos, la Trinidad su Bien supremo, la recompensa esperada por sus trabajos, el inmutable Término de su beatitud.

Lo que somos no se percibe aún. Nuestra pertenencia a la Familia divina está velada todavía, envuelta en las oscuridades de la fe, cubierta por las frágiles apariencias de nuestro existir de hombres o de mujeres; pero cuando Dios se nos muestre "tal cual es"[69] en la gloria, entonces resplandecerá con todo su brillo nuestra filiación divina y comprenderemos hasta qué punto es Dios nuestro Padre, el Verbo Encarnado nuestro Hermano mayor, María nuestra Madre, y la multitud de los ángeles y de los santos el resto de nuestra familia en Cristo. Tenemos como sacerdote al mismo Hijo de Dios, y el mismo Espíritu de Amor, que une al Padre y al Hijo en el seno de la Trinidad, anima la Iglesia de Cristo.

Esta unidad se halla aún en esbozo aquí abajo sobre la tierra, pero va progresando siempre. Cuando se nos manifieste el Verbo en los esplendores de su Ser, cuando Aquél que es el Pensamiento increado y la Palabra del Padre sea también, por la visión el Término inmediato de nuestra propia vida del pensamiento, entonces no habrá ya sólo unión, sino unidad; mejor aún, según la palabra del mismo Jesús, ocurrirá entonces la "consumación en la unidad" con el Padre y el Hijo en el Espíritu. Cada uno de los elegidos, divinizado, conservará su

69. *1 Jo* 3, 2.

personalidad física, irreductible y Dios, tres veces santo, seguirá siendo infinitamente trascendente en la Unidad de su divina Naturaleza y en Trinidad de Personas, pero los ángeles fieles y los hombres redimidos comunicarán en un mismo Verbo proferido por el Padre, que es el Hijo, Término viviente de la contemplación del Espíritu Santo y de cada uno de los elegidos. La Iglesia alcanzará entonces la "Forma" suprema de su unidad: el Verbo será el punto de conjunción, bajo el impulso del Amor Eterno. La Iglesia de los fieles laicos, de los diáconos, de los sacerdotes, de los obispos, de los papas, la Iglesia de Cristo, la Iglesia del Verbo Encarnado, la Iglesia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo resplandecerá a la vista de todos los bienaventurados como la Iglesia de la Santísima Trinidad.

Todos nosotros seremos, por la gracia, "consumados en la unidad" de la Trinidad: "Padre, los que Tú me has dado, quiero que donde esté Yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que Tú me has dado... Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y Yo en ti, para que también ellos sean uno en Nosotros, consumados en la unidad como Nosotros". "Quiero que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos." Así, la Iglesia de Cristo no será definitivamente "consumada en la unidad" sino cuando la Trinidad entera, en una misteriosa "circuminsesión", habite en cada uno de nosotros, sumidos en la visión del Verbo según nuestro grado de amor. Entonces el Espíritu Santo le pondrá a la Iglesia de Dios el sello de la Unidad de la Indivisible Trinidad.

SEGUNDA PARTE

LA FE EN BUSCA DE ENTENDER

«Fides quaerens intellectum»

El alma
bajo la influencia del Espíritu de Dios.

1.ª Sección:
LOS DONES EN GENERAL

CAPÍTULO II
LOS DONES EN GENERAL
(Resumen)

I. El Espíritu Santo y sus dones

II. Naturaleza de los dones del Espíritu Santo.
1. Del lado de Dios.
2. Del lado del hombre.

III. El «sacro septenario»

IV. Las propiedades de los dones:
1. La propiedad fundamental: el modo deiforme.
2. Las restantes propiedades:
   a. Nada de «justo medio».
   b. Conexión y sinergia.
   c. Jerarquía.

V. Estudio comparado:
Los dones y las virtudes.

VI. Los dones y las etapas de la vida espiritual.

Los dones
son como unas velas
para recoger el «soplo»
del Espíritu.

SEGUNDA PARTE
LA FE EN BUSCA DE ENTENDER

CAPÍTULO SEGUNDO
LOS DONES EN GENERAL

Todas las bellezas de este mundo visible no son nada en comparación con los invisibles esplendores del universo de la gracia y de la gloria. La deiforme actividad de los dones del Espíritu Santo nos revela, en su más alto grado, estas maravillas obradas por Dios en las almas. Los dones del Espíritu Santo nos hacen vivir anticipadamente, sobre la tierra, con un alma divina: a imitación de las costumbres de la Trinidad, como hijos del Padre, a la luz del Verbo, al ritmo de un mismo Espíritu de Amor.

Antes de analizar en detalle cada uno de los siete dones, conviene introducirse en esta doctrina mediante un estudio general. Todos los problemas esenciales se dan cita en ella y las especiales dificultades que surgen en la teología de los dones se resuelven por sí mismas a la luz de estos principios directores. De ahí su mayor importancia.

Es en el terreno de estos principios fundamentales donde se enfrentan y se distinguen unos de otros los diversos sistemas teológicos y los múltiples aspectos de la teología de los dones:

—el primado de la acción divina y la intervención constante, personal, inmediata del Espíritu de Dios, no sólo en los estados superiores de las almas místicas, sino también en la obra misma de nuestra salvación;

— la docilidad del hombre a las inspiraciones y a las mociones divinas, su libre colaboración con la gracia o su rechazo de la misma;

— la universal amplitud de cada uno de los siete dones bajo el influjo del Espíritu Santo, regla y medida de este actuar deiforme;

— la conexión y la sinergia de los dones según su posición en la jerarquía de los valores;

— la mutua ayuda de las virtudes y los dones;

— la expansión de nuestra vida divina en esos actos más perfectos de los santos que son las bienaventuranzas evangélicas y los frutos del Espíritu Santo;

— su actuar concreto, su ritmo y su frecuencia, a través de las etapas de nuestra vida espiritual, bajo la acción cada vez más dominante del Espíritu de Amor;

— su coronamiento en el cielo, donde se consumará en la unidad de un mismo Espíritu, cuando "Dios será todo en todos" (*1 Cor* 15, 29).

I

EL ESPÍRITU SANTO Y SUS DONES

La verdad básica, que se ha de considerar al comienzo de todo estudio sobre los dones, es la de la personal y activa Presencia del Espíritu Santo en las almas. La fuente de la vida espiritual está en nosotros. "El Espíritu de verdad permanece con vosotros y está en vosotros." (*Io* 14, 17.)

El Espíritu Santo no viene Él solo a los fieles. ¿Cómo podrían estar separados el Padre y el Hijo de su Espíritu? También Ellos habitan en los justos. "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y en él haremos morada." (*Io* 14, 23.) Así, con nosotros está siempre toda la Trinidad. Y es a doble título como se halla presente en nosotros: sea por su presencia creadora, sea por su presencia de amistad y de gracia. La Trinidad está toda entera en el menor átomo del universo, con la generación del Verbo,

la espiración del Amor subsistente y todas las perfecciones de la Divinidad. La Iglesia proclama, en su Liturgia, su fe en la "Trinidad creadora que gobierna el mundo, santa e indivisible": "Benedicta sit creatrix et gubernatrix omnium, sancta et individua Trinitas" (Antífona del "Benedictus", en la fiesta de la Santísima Trinidad). Allí donde se halla el Padre, allí se hallan el Hijo y el Espíritu Santo. San Fulgencio, discípulo de San Agustín, podía afirmarlo: "La Trinidad está en todas partes". "Ubique Trinitas." (*Ad Trasim.* cap. XI). La indivisible Trinidad ha creado el universo. Ella lo mantiene fuera de la nada, pone en acción todas las causas segundas y realiza con ellas, de un modo a la vez más profundo y más universal, cuantos efectos producen. Nada acontece en el orden natural ni en el sobrenatural sin la Acción primordial y el concurso de toda la Trinidad. Las Tres Personas divinas operan juntas la creación y el gobierno del mundo, la iluminación de los espíritus, la santificación de las almas, la conducción del universo hacia su fin.

Las Tres Personas divinas no se están ociosas en el trasfondo de nuestra alma, donde inhabitan: nos mantienen sin cesar en la existencia, continuando su acción creadora, y ponen en acción todas nuestras potencias. Nuestras facultades espirituales son el lugar privilegiado de sus amorosas intervenciones. Cuanto más santas, más dependen las almas, en su actividad, de las iniciativas divinas, que vienen a realizar en ellas y por medio de ellas maravillas de gracia y de gloria. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo ponen a nuestro alcance las infinitas riquezas de la Trinidad para hacernos gozar, a través de los dones creados, de su infinita dicha en la posesión del Ser increado. El Dios Trino lleva a las almas, por el camino de la contemplación y del amor, al gozo infinitamente deleitable de la misma felicidad divina. En sus cumbres, la vida espiritual es una continua comunión de pensamiento, de amor, y de gozo con la Trinidad, bajo la acción personal e inmediata del Espíritu Santo y con el concurso de las otras dos Personas divinas.

La actividad de los dones del Espíritu Santo en las almas es del orden de esas altísimas operaciones divinas,

pues viene a prolongar en nosotros las emanaciones eternas del Verbo y del Espíritu de Amor y a realzar todas nuestras obras hasta darles por Principio inmediato, por regla, por medida y por modo, la actividad personal del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Las Tres Personas divinas actúan simultáneamente en el alma, con operaciones inseparables que hacen resaltar la gracia operante, en las que el hombre no se mueve por sí mismo sino que obra bajo la influencia directa y especial del Espíritu de Dios, bajo una modalidad superior que hace que las almas participen en las divinas operaciones de pensamiento, de amor y de acción, a la manera como procede del Padre la luz del Verbo y como emana del Padre y del Hijo la espiración del Espíritu Santo. Las misiones invisibles del Verbo y del Espíritu Santo prolongan en nosotros las procesiones eternas, comunicándonos el mismo término de pensamineto y de amor. El alma cristiana, divinizada por la gracia y realzada en sus acciones deiformes por las especiales inspiraciones atribuidas al Espíritu Santo pero en las que colaboran en un mismo grado el Padre y el Hijo, ingresa en el ciclo de la Vida trinitaria, animada por el mismo Espíritu de Amor. Es el "vivir juntos" de la amistad, en el que cada una de las Tres Personas divinas aporta al alma todo cuanto tiene y cuanto es, en su infinita riqueza. El hombre goza de la posesión de la Trinidad, a la manera como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo descansan Uno en Otro en el seno de su Unidad indivisible. La vida espiritual del alma, escaladas estas cimas, se desarrolla en un perpetuo diálogo de amor con Dios, o, según la expresión de San Juan, en una incesante "comunión con el Padre y el Hijo"[1] en el Espíritu. "El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él."[2] Esto es ya, en la tierra, la unión más íntima con Dios por la fe y el amor, gracias a la acción de los dones del Espíritu Santo, y en espera de la intimidad del cielo, de la "consumación en la unidad". — "En aquel día conoceréis que Yo estoy en

1. *I Io* 1, 3.
2. *Io* 14, 21.

mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros."[3] El Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo, facilita este camino del amor. Él es el don por excelencia entre los que la Trinidad otorga al mundo, y se comprende que la más solemne plegaria que Jesús hizo a su Padre fuera para pedirle que enviase entre los hombres su Espíritu de Amor: "Que el amor con que Tú me has amado esté en ellos y Yo en ellos".[4]

Los dones del Espíritu Santo son, hablando con exactitud, "los dones de toda la Trinidad", "dona totius Trinitatis",[5] pero nuestras Escrituras Sagradas los atribuyen con razón al Espíritu Santo, por apropiación, dado que proceden en el hombre bajo la inspiración divina, como una obra de su Amor.

II

NATURALEZA DE LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO

La investigación de la naturaleza de los dones del Espíritu Santo nos introduce en el asunto céntrico y más esencial de la teología de los dones. Esta investigación requiere que consideremos dos aspectos correlativos: la acción de Dios y la docilidad del hombre a las inspiraciones divinas.

1. Del lado de Dios

La acción personal, inmediata, especialísima de Dios en nuestra alma, mediante los dones del Espíritu Santo, debemos examinarla dentro del conjunto de la divina Revelación. Un hecho capital domina la historia religiosa de la humanidad: Dios mismo se digna hacerse el pedagogo y el conductor de un pueblo elegido por Él para encaminarlo, a través de la historia del mundo, hacia un destino sobrehumano, al que serán luego asociados todos

3. *Io* 14, 20.
4. *Io* 17, 26.
5. S. Tomás, *Coment. a Isaías*, XI.

los pueblos: la posesión misma de la beatitud divina en la unidad de la Trinidad. Esta inesperada dicha se ha convertido para el hombre en el objeto supremo de sus deseos. El carácter trascendente de esta vocación sobrenatural, verdaderamente divina, exige que el hombre viva ya sobre la tierra, por la gracia, como hijo de Dios. Esto rebasa infinitamente todas las fuerzas de su naturaleza. He aquí por qué Dios mismo se ha hecho veraz Maestro, guía y apoyo del hombre en todos los instantes de la vida de éste.

La Biblia nos muestra a los personajes más eminentes de Israel llenos del Espíritu de Yavé: así, a los patriarcas, los jueces, los reyes, y, sobre todo, a los profetas. El pueblo de Israel no cesa de pedirle a Yavé su Espíritu, su luz y su fuerza de lo alto. El Antiguo Testamento nos presenta un régimen de inspiración divina llamado a expandirse universalmente en los tiempos mesiánicos. Pentecostés fue la deslumbrante revelación de esta nueva era del Espíritu que inauguró la Iglesia de Cristo. Los Hechos de los Apóstoles ¿son otra cosa que el relato de los prodigios, milagros y gracias operados por el Espíritu Santo? Es en este clima de Pentecostés en el que hay que ponerse para analizar con profundidad la naturaleza de los dones del Espíritu Santo, que realizan en las almas su acción directa, inmediata y especial. Cada fiel cristiano, desde su bautismo, está bajo la influencia del Espíritu Santo: "Los hijos de Dios son guiados por su Espíritu".[6] — "Él dirige a los justos por caminos rectos."[7]

El tratado de los dones del Espíritu Santo encuentra su razón de ser en el destino sublime del hombre, llamado a convertirse en hijo de Dios, a imagen de Cristo. Este último fin ilumina desde lo alto todo el movimiento del hombre hacia Dios, y los dones del Espíritu Santo, que, junto con las virtudes, constituyen los medios más excelentes para llegar a unirse al Dios Trino. He aquí por qué Santo Tomás de Aquino comenzó su moral por el estudio de la beatitud, y por qué el análisis de las noches, en San Juan de la Cruz, es un incesante cruce

6. *Rom* 8, 14.
7. *Ps* 143, 10.

de relámpagos que descubren a las almas las cimas de la unión divina hacia las que ellas se han enderezado resueltamente mediante la "desnudez del espíritu" y por el "sendero de la nada".

Fiel al Evangelio, la Iglesia ha subrayado con energía las perspectivas trinitarias de este destino divino: "El misterio de la Santísima Trinidad", declaraba León XIII, "es llamado por los Doctores la "substancia del Nuevo Testamento", es decir, el mayor de todos los misterios, fuente y fundamento de todos los demás. Para conocerlo y contemplarlo fueron creados los ángeles en el cielo y los hombres en la tierra. Este misterio permaneció velado en el Antiguo Testamento, y para manifestarlo más es para lo que Dios mismo descendió entre los hombres desde la mansión de los ángeles: "A Dios nadie le vio jamás. El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, ése nos le dio a conocer".[8]" Así pues, si Dios ha creado el universo de los cuerpos y de los espíritus y ha enviado a su Hijo Único entre los hombres, ha sido tan sólo para encaminar a sus elegidos hacia la contemplación cara a cara del Dios Trino.

"Gozar de la Trinidad, a cuya imagen hemos sido creados", reconocía San Agustín, "he aquí el único gozo capaz de saciarnos por completo y mayor que el cual no hay ninguno".[9] "Ella constituye el fin de todos nuestros actos, nuestro eterno reposo, la felicidad que no nos podrá ser arrebatada... pues, en aquella contemplación, Dios lo será todo en todos." [10] La Trinidad es el "soberano

8. «Hoc namque «substantia Novi testamenti» a sacris doctoribus appellatur, mysterium videlicet unum omnium maximum, quippe omnium veluti fons et caput; cuius cognoscendi contemplandique causa, in coelo angeli, in terris homines procreati sunt, quod, in testamento Veteri adumbratum, ut manifestius doceret, ab angelis ad homines Deus ipse descendit: «Deum nemo vidit unquam. Unigenitus Filius qui est in sinu Patris, ipse enarravit». (*Io* 1, 18).» (Encícl. *Divinum illud munus*, del 9 de mayo de 1897).

9. «Hoc est plenum gaudium nostrum, quo amplius non est, frui Trinitate Deo ad cuius imaginem facti sumus» (*De Trinitate*, I, 8; PL, 832).

10. «Finis omnium bonarum actionum et requies sempiterna et gaudium quod numquam auferetur a nobis... in illa igitur contemplatione Deus erit omnia in omnibus; quia nihil ab illo requiritur sed solo ipso illustrari perfruique sufficiet.» (*De Trinitate*, I, 10; PL, 834.)

Bien, que sólo con la mirada totalmente purificada puede contemplarse".[11] Y Santo Tomás lo repite en fórmula breve y sintetizadora: "La visión de la Trinidad en la unidad es el fruto y el fin de toda nuestra vida".[12]

Importa en grado sumo, desde el comienzo, señalar las perspectivas trinitarias de nuestra vida divina, la cual se expansiona en el ejercicio de los dones. Ninguna palabra humana ha ido tan lejos, sobre este punto, como las declaraciones de Jesús mismo. Él no sólo habla de "unión" con Dios, sino de "unidad", y no de una unidad cualquiera, sino de la "consumación en la unidad" de la Trinidad: "Padre, Tú en mí y Yo en ti; que todos los hombres sean consumados en la unidad: que sean uno como Nosotros".

Para ser "consumados en la unidad" por la visión del Verbo nos encamina el Padre hacia la Ciudad de Dios bajo las inspiraciones y las mociones especiales de su Espíritu de Amor. El tratado de los dones del Espíritu Santo hay que situarlo dentro de estas supremas perspectivas.

El hombre, hecho deiforme en su mismo ser mediante la gracia de la adopción, debería vivir de Dios y a la manera de Dios. Esta vida divina, que es la de la Trinidad, no halla su modo connatural de perfección divina más que en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si se nos admitiese de repente en el mundo de los ángeles, nos sentiríamos extraños entre aquellos espíritus puros. ¡Cuánto más en nuestras relaciones con las Tres Personas divinas! La gracia del bautismo nos diviniza y hace de nosotros hijos de Dios, pero sin quitarnos nada de nuestra manera propia de obrar como hijos de los hombres. Un pillete de la calle, adoptado por una familia principesca o real, no se sentiría los primeros días a sus anchas: enfundado en flamantes vestidos, demasiado lujosos para él, se encontraría molesto; sus modales, torpes y afectados, no se parecerían a la soberana soltura, a la sencillez y despreocupada libertad familiar del hijo

11. «...Summum bonum quod purgatissimis mentibus cernitur.» (*De Trinitate*, I, 2; PL, 822.)

12. «Cognitio Trinitatis in unitate est fructus et finis totius vitae nostrae.» (*In I Sent.*, d. 2, q. 1, Exp. text.)

de la familia. Lo mismo sucede con el recién bautizado, que acaba de ser acogido en la Familia divina de la Trinidad: está muy lejos de haber alcanzado, ya desde el primer día, la sublime santidad a que le llama su divina vocación, la cual le exige ser "perfecto como el Padre", a imagen del Hijo, animado de un mismo Espíritu. La gracia, que le diviniza, le deja no obstante, en su condición humana: no es Dios por esencia, y su participación en la naturaleza divina le deja a infinita distancia de "Aquél que Es". Aunque divinizado por la gracia y convertido en "otro Cristo", el bautizado no deja de ser por eso un hijo de los hombres, un espíritu encarnado.

De aquí que sea necesario, para que se desarrolle plenamente en él esta vida divina, un régimen nuevo, un complemento de iluminación divina, de inspiración y mociones del Espíritu de Dios, que venga a sustituir su connatural manera humana de obrar: un modo sobrehumano, verdaderamente deiforme, connatural a solo Dios, pero que, por un don superior, Dios puede otorgar al hombre a fin de asociarle a su propia vida divina en una intimidad más perfecta. Dios le comunica su propia manera de pensar, de amar y de obrar, en la medida en que le es posible a una simple criatura participar en el modo mismo del obrar divino. Entonces, el creyente, iluminado directamente por Dios, ya no razona ni duda en sus elecciones, ni es limitado ya en su acción: se vale para realizar sus actos de las lumbres de la inteligencia, la ciencia, la sabiduría y el consejo de Dios, se reviste de la fortaleza del Inmutable y de todas las perfecciones divinas. Vive ya de Dios a la manera de Dios. Es inspirado, dirigido y sostenido por el Espíritu mismo de Dios en Persona. El hombre, bajo esta influencia divina, se convierte en una especie de instrumento inteligente y libre, pero perfectamente dócil, entre las manos del Artista creador.

Dios solo está al nivel de una vida contemplativa cuya luz es el Verbo, Pensamiento adecuado del Padre y que, en su eminente simplicidad de Acto Puro, es la expresión simultánea e indivisible de la inteligencia, de la ciencia, de la sabiduría, de la providencia y del arte

de Dios, lo mismo que el Espíritu Santo es su único Amor, y como su Omnipotencia realiza y mide en un solo acto eterno toda la serie de las obras de Dios en el tiempo. Sin embargo, nunca, ni siquiera en el alma de Cristo, a quien "Dios ha dado su Espíritu sin medida",[13] igualará el modo deiforme de sus actos al modo del Hacer increado. Participación no es igualdad, imitación no es identificación. Precisamente, esta insuficiencia de todas nuestras formas de participar por la gracia en la vida divina, está invocando en nosotros, a título de esencial e ineluctable indigencia, el auxilio constante de una intervención personal, inmediata y especial de Dios para hacer que sus hijos adoptivos vayan creciendo en su intimidad divina de un modo deiforme, que se acerque cada vez más, sin llegar a alcanzarlo por completo, al modo increado de ser, pensar, amar y gozar propio de Aquél que Es, en la supereminente simplicidad de su divina naturaleza, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

No es necesario que en cada uno de nuestros actos seamos movidos por una inspiración especialísima del Espíritu Santo, según han pensado ciertos teólogos. El hombre está suficientemente armado al nivel de la naturaleza con sus facultades nativas, y, en el orden sobrenatural, con las virtudes infusas, teologales y morales, para poder obrar por su cuenta y riesgo, según su propia iniciativa, con toda libertad; claro que bajo la acción previsora y con el concurso de la Causa Primera, que actúa en él, lo mismo que en todos los seres del universo, respetando el modo connatural, razonado y discursivo, de sus actos.

Algunos ejemplos nos ayudarán a comprender a la vez la necesidad y la intermitencia de las intervenciones divinas bajo el régimen de los dones:

Un universitario que prepara su tesis doctoral, se dedica a la investigación científica, traza un plan, trabaja según su capacidad, por los procedimientos habituales... pero, al llegar a los puntos difíciles del análisis o de la síntesis, tiene que recurrir a un profesor que le asegure la conveniencia de su método y oriente sus ideas.

13. *Io* 3, 34.

El médico bisoño, que sólo de manera imperfecta posee su ciencia y su arte, necesita junto a él, para evitar funestos errores, la presencia, el control y la ayuda de un doctor más experimentado.

Y una última comparación con algo que nos es familiar: vemos a los que aprenden a conducir en un coche-escuela, asistidos siempre por un conductor experto, que interviene cada vez que hace falta para conducir mejor y sin peligros. Lo mismo pasa en la carretera por la que se va hacia Dios: el cristiano, con sus facultades humanas y las perfecciones de que le reviste la gracia, puede avanzar hacia Él, pero poco a poco, conforme a las condiciones y a los límites de todo obrar humano. Aun cuando progrese en todas las virtudes gracias a un esfuerzo continuado, se hallará siempre infinitamente rebasado: en su inteligencia por la infinita trascendencia de los misterios divinos; en su voluntad, por la bondad soberana de Dios; en todas sus potencias de acción, por la inextricable complejidad de los acontecimientos, por las imprevisibles resistencias de las personas y de las cosas.

Al hombre le es imposible afrontar todas las exigencias de su destino divino, a menos que el Espíritu Santo venga en su ayuda, supliendo así, por una nueva comunicación de su sabiduría y de su omnipotencia, la esencial deficiencia de la creatura. El Espíritu de Dios le aporta al hombre razonable, además de sus riquezas naturales, un doble enriquecimiento: en la esencia de su alma y en sus facultades, la gracia y las virtudes infusas; en su modo de obrar, una sobreelevación al modo divino. En el hombre, divinizado por la gracia y movido por el Espíritu de Dios en Persona, cabe reconocer, por tanto, como un triple motor de su actividad:

— *su razón,* su inteligencia racional y discursiva, con todas sus fuerzas naturales, sin excluir, claro está, la acción primordial de la Causa Primera;

— *su razón, esclarecida por la fe,* que viene a dirigirle en el orden sobrenatural, donde le ha introducido la gracia de la adopción;

— en fin, *la razón esclarecida por la fe* e *iluminada*

por los dones del Espíritu Santo para permitir al hombre bautizado pasar por la tierra, a imitación del Verbo Encarnado, caminando entre nosotros como un Dios encarnado. El cristiano perfecto piensa, ama y actúa a la manera de Cristo, animado hasta en sus menores actos por su Espíritu. La perfección evangélica presenta así el modo deiforme y cristiforme del Verbo Encarnado, al soplo de un mismo Espíritu de Amor.

En el mismo plano de la gracia, existe, pues, un doble régimen de virtudes:

— el de las virtudes al modo humano;
— el de los dones del Espíritu Santo, al modo sobrehumano y deiforme, por vía de inspiración divina.

Esta idea de un régimen de inspiración divina es capital en la actual economía de la salvación. Los profetas habían anunciado su universal extensión cuando llegasen los tiempos mesiánicos: "Derramaré mi Espíritu sobre toda carne".[14] San Pedro reconoce su realización en el día de Pentecostés, y la tradición cristiana no cesa de testimoniar, a través de la historia, que el Espíritu Santo es el Alma de la Iglesia. Mientras que, en el plano humano, sólo algunos privilegiados geniales —artistas, pensadores, hombres de acción— aparecen intermitentemente como los beneficiarios de una inspiración de lo alto, todos los cristianos, en cambio, si son fieles, son moradas del Espíritu Santo, que les anima, con su intervención personal, tantas veces cuantas les sea preciso para su salvación. Puede formularse como principio que "cada vez que la razón humana se halla ante una dificultad insuperable por sus propias fuerzas, interviene el Espíritu Santo para inspirarle, por un instinto divino, la solución liberadora". — "In his in quibus non sufficit instinctus rationis sed est necessarius Spiritus Sancti instinctus, per consequens est necessarium donum." (I-II, 68, 2.) Cuando la razón humana amaga desfallecer, Dios se impone el venir en Persona a socorrernos. Ninguna restricción hay que hacer a este principio directivo, que formula la especial conducta de la Providencia para con

14. *Ioel* 3, 1.

los hombres, rescatados por el Hijo. Dios nos ha enviado a su Verbo, de una manera visible, para salvarnos, y continúa enviándole a las almas de una manera invisible, en forma de incesantes gracias iluminadoras, al mismo tiempo que no cesa tampoco de enviarles su Espíritu de Amor. Hay que volver siempre al texto fundamental de las Sagradas Escrituras: "Los hijos de Dios son guiados por su Espíritu".[15]

Todo cristiano, que necesita del especial socorro de Dios según su vocación y su misión en la Iglesia, puede contar con la intervención personal e inmediata del Espíritu Santo, como los Apóstoles y sus primeros discípulos. La Iglesia misionera es el testimonio diario de esta acción permanente, carismática o no, del Espíritu Santo en las almas de los justos y en la conducta del pueblo de Dios en medio de las gentes. Este régimen de inspiración divina, tan manifiesto en los *Hechos de los Apóstoles,* se perpetúa a lo largo del desarrollo de la Iglesia militante. Esta Presencia activa y continuada del Espíritu Santo es una necesidad de cada momento para mantener el cuerpo místico de Cristo en su vocación de "Iglesia de Dios".

Para mantenerse perfectamente a la altura de su vocación de hijo de Dios, todo bautizado debería moverse en el ciclo de la vida trinitaria, con la mirada del Verbo y al ritmo del Amor Eternal. ¿Quién no ve la infinita distancia, la ilimitada desproporción que existe y existirá siempre, aun en el cielo, entre simples creaturas divinizadas y el Dios de la gracia y de la gloria?

Los dones del Espíritu Santo hacen falta, precisamente, para suplir la fundamental indigencia inherente a este modo imperfecto de vivir según una naturaleza divina que Dios posee por Sí mismo perfectamente, pero de la que el hombre sólo participa en un grado ínfimo. Esta carencia básica pide en él la asistencia de un Paráclito, del Espíritu de Dios prometido por Jesús, que venga a asistirle en Persona para permitirle mantenerse sin desfallecer en un orden divino que le rebasa infinitamente. Hay horas difíciles y situaciones inevitables en las que

15. *Rom* 8, 14.

es imposible confiarse a la previsión humana: hay que abandonarse a la Providencia de Aquél que todo lo sabe y todo lo puede.

2. *Del lado del hombre*

Vistos del lado de Dios, los dones del Espíritu Santo son como unas mociones superiores de su gracia operante. Dios se reserva su iniciativa al respecto: las iluminaciones y los impulsos motores vienen a hacer al alma humana partícipe de la ciencia, de la inmutable fortaleza y de todos los demás atributos divinos. Dios se convierte así en el inspirador, el consejero, el guía, el maestro interior, el apoyo de sus hijos adoptivos: Aquél cuya sabiduría infinita, cuya providencia y omnipotencia suplen las deficiencias de los seres humanos que se vuelven sinceramente hacia Él. Movido por el Espíritu Santo, el hombre, bajo la protección de toda la Trinidad, camina por caminos rectos hacia la Ciudad de Dios.

La gracia de la adopción, por la que nos hacemos "partícipes de la naturaleza divina"[16] tal como ella subsiste en la Trinidad, en la unidad del Padre y del Hijo en el Espíritu, nos reviste de todas las facultades y disposiciones necesarias para vivir esta nueva vida divina. El hombre no puede estar menos armado en el orden de la gracia que en el de la naturaleza. Al contrario, con superabundante liberalidad, Dios ha multiplicado en sus hijos adoptivos todas las posibilidades de "vivir en sociedad con el Padre y el Hijo".[17] Y así como ha dotado a nuestra naturaleza de facultades de conocimiento, de amor y de acción, así también nos ha dado, con la gracia santificante, todo un cortejo de virtudes teologales y morales, que derivan de esta gracia de semejante modo a como las potencias emanan del alma, y nos ha provisto de cualidades complementarias, de disposiciones interiores permanentes, de verdaderos "hábitos" a la vez receptivos y operativos, específicamente distintos de las virtudes, a las que vienen a sobreañadirse, para hacernos,

16. *2 Petr* 1, 4.
17. *1 Io* 1, 3.

en lo más íntimo de nuestro ser de gracia, perfectamente dóciles y disponibles con respecto a la acción personal, directa o inmediata del Espíritu Santo.

La mentalidad moderna, penetrada hasta los tuétanos de nominalismo e idealismo, tiende a arrastrarnos peligrosamente a que minimicemos la densidad del ser propio del mundo de la gracia. Sin que pretenda "cosificar" indebidamente las entidades abstractas, la Iglesia, con el realismo de su fe, sostiene el sentido ontológico de la gracia santificante y de todo el sobrenatural organismo de las virtudes y de los dones. Esta firme orientación del pensamiento cristiano concuerda mejor con el Evangelio y con la doctrina de los Apóstoles, que nos describen la gracia como una "simiente de Dios" en nosotros,[18] reconociendo a nuestro título de hijos de Dios un significado propio y no metafórico. "Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos. Ahora somos hijos de Dios, aunque todavía no es manifiesto; pero sabemos que cuando esto aparezca seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es."[19]

Esta idea de un organismo especial, que recoja las inspiraciones y las mociones divinas, es una perspectiva cristiana que se armoniza con las enseñanzas de la Revelación, las cuales nos muestran qué servidores de Dios e hijos adoptivos suyos, son "guiados por su Espíritu".[20] El hombre, divinizado por la gracia, recibe, en su bautismo, además de las virtudes cristianas, disposiciones interiores, que son nuevas realidades que vienen a perfeccionar en él el organismo espiritual y a permitirle realizar los actos de todas las virtudes, no sólo según las deliberaciones de su razón, sino bajo la influencia directa, inmediata y personal de Dios, quien es así el Motor, la Regla y la medida de los actos del hijo de Dios. El hombre vivirá de Dios, a la manera del Hijo y guiado por el mismo Espíritu.

Para captar estas altas inspiraciones divinas es preciso que en el alma del hijo adoptivo haya un dispositivo

18. *1 Io* 3, 9.
19. *1 Io* 3, 1-2.
20. *Rom* 8, 14.

que le mantenga a la dócil escucha del Espíritu Santo. Cuanto más perfecto es un aparato emisor, más debe perfeccionarse el aparato receptor. Tal es la concepción fundamental de los dones, considerada en el sujeto humano.

En el otorgamiento y en la actuación de los dones, es Dios quien tiene siempre la iniciativa. Él es el Artífice que mueve a su gusto todas las facultades del hombre para hacer que broten de ellas los actos más excelsos. Nuestras potencias activas están todas a disposición del Espíritu de Dios, como las virtudes morales están sometidas al impulso regulador de la razón. Para comprender en su originalidad la actividad específica de los dones, hay que volver siempre a compararlos con las virtudes. La fortaleza y la templanza, moderadoras de nuestra sensibilidad, se despliegan en una doble fase: son pasivas, en cuanto que dependen por completo de la razón; y son esencialmente activas respecto a las operaciones que llevan a cabo y que proceden, en efecto, de nuestra sensibilidad. El ejercicio de esta sensibilidad animal es elevado por encima del plano racional mediante la influencia del espíritu. El beber y el comer se convierten en acciones enteramente penetradas de sentido moral. No se trata ya sólo del comportamiento irrazonado de un puro animal, sino del fruto del superior dominio de un espíritu encarnado. El psiquismo inferior, animal, cobra la dignidad y el modo de hacer propios del espíritu. Las reacciones pasionales experimentan los sentimientos de un alma. En Cristo, hasta los menores movimientos de la sensibilidad reflejaban el estremecimiento de un Dios. Y así como en nosotros la animalidad está humanizada, así en el Verbo hecho carne estaba divinizada: al servicio de los gestos y acciones de Dios.

Análogo es lo que ocurre con la superior actividad de los dones del Espíritu Santo. El ser humano, todo entero, se mantiene a la espera del soplo de Dios. Es puramente pasivo y receptivo bajo el impulso motor inspirado por el Espíritu Santo. En esta primera fase, toda ella pasiva, no se mueve el hombre por sí, sino que es puesto en movimiento, es movido por solo Dios, que actúa directamente sobre estas facultades más altas y, mediante

ellas, sobre todos los movimientos de nuestra sensibilidad. Mientras que nuestras virtudes morales, de fortaleza y de templanza, tienen por sede el elemento animal de nuestro ser, los dones del Espíritu Santo tienen por sujeto inmediato nuestras dos facultades espirituales: la inteligencia y la voluntad. A través de ellas se difunde la acción personal del Espíritu Santo por todo el dominio de nuestra conducta moral.

Este primer cometido de los dones nos descubre la actitud más fundamental del hombre bajo la inspiración divina; pero, lo mismo que las virtudes, también los dones desempeñan un segundo cometido no menos esencial: el de elevar todas nuestras facultades para hacerlas obrar de manera divina, en concomitancia con las virtudes. Así como nuestra sensibilidad animal, elevada al orden humano por las mociones reguladoras de nuestra razón y por los impulsos de nuestra voluntad, realiza verdaderamente ella misma los actos de las virtudes de fortaleza y de templanza, pudiendo, bajo la influencia directriz de la razón, amar, esperar, desear y gozar libremente, al ritmo del espíritu, así también los dones del Espíritu Santo, en una metamorfosis de nuestro ser más total y más perfecta aún, nos capacitan para pensar, amar y regocijarnos al ritmo del Espíritu de Dios.

No se trata ya tan sólo de la elevación de un psiquismo animal a un plano humano, sino de una sublimación del modo humano de las virtudes —incluidas las teologales—, que las reviste de un modo deiforme, por el cual nos hacemos partícipes hasta el máximo de la manera del Obrar divino. Los dones nos orientan en primer lugar hacia Dios, para que demos acogida a las divinas inspiraciones, pero además se convierten en seguida, por esta sobreelevación motora, en verdaderos principios de acción. De ellos proceden los actos más perfectos, los más sublimes, de las virtudes, y con una facilidad, una prontitud y un dominio que los revisten de un modo sobrehumano y deiforme, así como las virtudes de la fortaleza y la templanza comunican a nuestra sensibilidad animal un modo suprasensible de orden humano. Los dones del Espíritu Santo son a la vez "hábitos" receptivos y operativos. En cuanto "hábitos" re-

ceptivos, cumplen su primero y principal oficio de dar vital acogida a las inspiraciones divinas, pero para reaccionar al momento en forma de actos personales que brotan de nuestras facultades, respecto a las cuales desempeñan el papel de genuinos principios de acción, según la ley de todos los "hábitos operativos". Los dones no están, pues, allí únicamente para recibir las mociones divinas y permitir a las virtudes y sólo a ellas actuar, sino que reciben, sí, el impulso divino, pero, a su vez, bajo esta moción superior, ayudan a las virtudes a realizar sus actos. De esta suerte el hombre obra bajo la acción simultánea y subordinada de las virtudes y de los dones. Cuando se trata de las virtudes teologales, los dones facilitan sus actos a título de auxiliares inferiores. Por el contrario, tratándose de las virtudes morales, los dones se apoderan de ellas, las empujan a la acción, las acompañan en todos sus actos, las revisten de ese modo supremo que el ser humano divinizado no puede recibir más que de Dios.

Los dones del Espíritu Santo son verdaderos principios de acción, disposiciones interiores y permanentes que nos permiten, bajo la influencia del Espíritu de Dios, poner por obra nuestras acciones más humanas y más divinas, las más libres, las más meritorias, las más profundamente nuestras, las que dimanan de nuestras facultades como de sus propios principios de acción, bajo la moción directa del Espíritu Santo. Así, los actos de los dones del Espíritu Santo nos aparecen como procedentes a la vez de Dios y de nosotros, bajo la iniciativa divina pero con nuestro consentimiento, con total aquiescencia de nuestro libre albedrío. Son nuestros actos más deiformes y, no obstante, nuestros actos más íntimos, los más inmanentes a nuestras facultades humanas: síntesis superior de la Causalidad primordial del Dios Trino, y de su gracia operante, con nuestro libre albedrío sobreelevado por la gracia; son el *summum* de la acción de Dios sobre el hombre y el de la más alta actividad que el hombre realiza bajo el influjo libre y soberano del Espíritu de Dios, que sopla como le place.

En resumen, el doble oficio de los dones presenta un doble aspecto, de pasividad y de actividad: pasividad

receptiva de las inspiraciones divinas y de las mociones del Espíritu Santo, seguida de actividad realizadora de los actos de un alma divinizada y que actúa, como por un instinto divino, en todo el dominio de la vida moral y mística de un ser humano hecho hijo de Dios y movido por su Espíritu. La analogía fundamental, la más esclarecedora, sigue siendo la de la comparación entre las virtudes y los dones. La sensibilidad del hombre se halla naturalmente sometida a las mociones reguladoras de su razón. Es preciso, pues, que esta sensibilidad posea unas disponibilidades permanentes, inscritas en el corazón del hombre para permitirle realizar actos corporales elevados por él a un orden superior, supraanimal. El movimiento de las pasiones está en nosotros "racionalizado" por la influencia, no sólo eficiente sino, sobre todo, reguladora y especificadora, de la razón, que inspira, dicta y gobierna todos los movimientos de la sensibilidad. Éstos participan, por tanto, de una medida superior, suprasensible, supraanimal, de orden humano. Asimismo, en el plano de la gracia, todas nuestras facultades de acción, especialmente las espirituales, pero también, secundariamente y por extensión, todos los movimientos morales de la sensibilidad humana, pueden ser movidos por un Principio superior al hombre, presente en el hombre con una presencia más íntima de cuanto lo es la misma razón a nuestra sensibilidad animal. Estas disposiciones permanentes, que hacen al hombre en todas sus facultades y en todos sus actos dócil a la acción directora del Espíritu de Dios, son las que constituyen precisamente los dones del Espíritu Santo.

Conservemos el término "hábitos" dándole el significado de "disposiciones interiores permanentes"; pero no empleemos —como hacen tantos teólogos contemporáneos— el vocablo "habitudes", que, en la Psicología actual, tiene un sentido técnico que trae a las mientes los reflejos automáticos, los cuales son todo lo contrario de los "hábitos", es decir, de las disposiciones interiores voluntarias que entregan el alma a la acción soberana del Espíritu, quien sopla donde y cuando quiere, según las mil circunstancias de la vida diaria. El hombre, movido por el Espíritu, es el ser más flexible que haya,

tanto en sus inspiraciones como en sus decisiones. El santo es el más imprevisible de los hombres. Su vida es la obra maestra del arte divino.

Los actos de los dones son los más pasivos y los más activos y, sin paradoja, nuestros actos más personales, en los que menos determinados estamos por atracciones infrahumanas y por nuestro psiquismo inferior. Somos los instrumentos de Dios, pero cuanto más sopla el Espíritu, más libres somos. Esta palabra "instrumento", empleada tradicionalmente para señalar la actitud del hombre entre las manos de Dios, debe entenderse en un sentido amplio, puramente analógico, no de una manera estricta y rigurosa, como, por ejemplo, en el papel puramente instrumental del ministro de los sacramentos. Aquí, la virtud divina se adueña del instrumento, lo sobreeleva y lo utiliza como simple agente de transmisión. La gracia de los sacramentos procede, en efecto, del ministro, pero a modo de simple moción transitiva y no como forma propia que actúe según su naturaleza: Dios solo es El que diviniza, a título de Causa principal. De igual manera, el carácter sacerdotal nos convierte en puros instrumentos del Verbo Encarnado, que es, en realidad, el principal ministro de la celebración del sacrificio eucarístico y de la administración de los sacramentos: nos sella con la efigie de Cristo.

No ocurre así en la actividad de los dones del Espíritu Santo: su ejercicio no procede de nosotros como a través de un instrumento de puro trámite, de simple moción transitoria, sino que proviene de nuestras facultades como de sus principios propios de acción, brota de la forma constitutiva de nuestro obrar divinizado. La gracia, que hace a nuestro ser y a nuestras facultades deiformes, viene a hacerse en nuestro interior el principio de un obrar deiforme, bajo la acción directa, inmediata, personal del Espíritu Santo. Somos, por la gracia, seres cuya forma es divina; somos Dios por participación, y la actividad de los dones del Espíritu Santo en nosotros es el modelo más elevado de esta vida deiforme, por la que llevamos en nosotros, en nuestra alma y en nuestras potencias, el germen de la actividad divina, el cual nos permite comunicar con el Pensamiento, el Amor y la

Dicha de Dios dentro del ciclo de la Vida trinitaria. Poseemos, en el interior de nosotros, el principio inmanente de esta vida divina y de su modo deiforme. A Dios le toca, por su iniciativa soberanamente libre, el hacernos pasar al acto.

La palabra "instrumento", o, según la fórmula de San Gregorio Nacianzeno, el término "órgano del Espíritu Santo", quiere, pues, señalar aquí, simplemente, pero con fuerza, que el hombre es ante todo pasivo bajo la acción personal del Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, que mueve interiormente a los hijos de adopción por el mismo Espíritu que al Hijo Unigénito. Pero el Espíritu nos mueve como a seres libres, capaces de consentir y de rehusar las inspiraciones divinas. Nuestro propio destino a la santidad está en nuestras manos. La Providencia no violenta las naturalezas. Actúa en cada uno de los seres del universo "con fuerza y suavidad", respetando su esencia de seres libres o de seres determinados. La inspiración divina nos mueve libremente y, por otra parte, infaliblemente, bajo la moción soberanamente eficaz de Aquél que es la Causa trascendente de todos los seres del universo. "Los hijos de Dios son guiados por su Espíritu" a imagen del Hijo.[21]

III

EL "SACRO SEPTENARIO"

El Espíritu de Dios "sopla" con asombrosa variedad en las almas. El hombre es un ser complejo, compuesto

21. «Ratio illa procedit de instrumento cuius non est agere, sed solum agi. Tale autem instrumentum *non est* homo; sed sic agitur a Spiritu Sancto quod etiam agit, in quantum est liberi arbitrii. Unde indiget habitu.» (I-II, 68, 3, ad 2.) Santo Tomás rehusa en absoluto el asimilar al hombre libre, bajo la moción del Espíritu, a un simple instrumento. Igual doctrina se lee en II-II, 52, 1, ad 3: «Filii Dei aguntur a Spiritu Sancto secundum modum eorum, salvato scilicet libero arbitrio, quod est facultas voluntatis et rationis. Et sic, in quantum ratio a Spiritu Sancto instruitur de agendis, competit filiis Dei donum consilii». (Cf. también *Rom* 8, 14.) Lect. 3: «Homo sapiritualis non quasi ex motu propriae voluntatis principaliter sed ex instinctu Spiritus Sancti inclinatur ad aliquid agendum».

de materia y espíritu, dotado de gran número de potencias corporales y espirituales. El Espíritu Santo sobreeleva todos estos principios activos para hacerles converger hacia una continua unión con la divina Trinidad. Esta acción divina reviste necesariamente un aspecto multiforme, según la diversidad de nuestras facultades y de nuestros actos: gracias de iluminación en nuestra inteligencia, gracias de impulsos motores sobre nuestra voluntad, gracias de paz en nuestra sensibilidad, gracias de ejecución y de realización concreta, en medio de las mil contingencias y vicisitudes de nuestras existencias humanas, en el plano individual, familiar y social, a lo largo de todas las épocas, a través de todas las fases de la Iglesia militante, de todas las formas de cultura y de civilización.

Luego de haber estudiado la naturaleza de los dones del Espíritu Santo, conviene que nos fijemos en su número y en su repartición.

El punto de partida del pensamiento cristiano sobre este particular fue el célebre texto de Isaías (11, 1-3) en el "Libro del Emmanuel", donde describe el profeta al Mesías que ha de venir. Descubre en Él las virtudes más eminentes de sus antepasados: la sabiduría y la inteligencia de Salomón, la prudencia y el valor de David, el Espíritu de temor de los patriarcas y de los profetas, el conjunto de las cualidades de fuerza y equidad que adornarán al futuro Rey, su lealtad, su espíritu pacífico, todas las perfecciones morales que harán de Él un reflejo de la santidad divina:

"Y brotará una vara del tronco de Jesé,
y retoñará de sus raíces un vástago.
Sobre el que reposará el Espíritu de Yavé:
Espíritu de sabiduría y de inteligencia,
Espíritu de consejo y de fortaleza,
Espíritu de entendimiento y de temor de Yavé.
Y pronunciará sus decretos en el temor de Yavé.
No juzgará por el aspecto externo..."

Los grandes personajes del Antiguo Testamento eran arrebatados por el inspirador "soplo" de Yavé de una

manera intermitente y para cumplir tal o cual misión particular relativa al pueblo de Dios; en cambio, el Mesías estará de continuo bajo la influencia divina. El Espíritu de Yavé "descansará" sobre Él permanentemente y con plenitud, para cumplir una misión universal: Espíritu de sabiduría y de inteligencia en su pensamiento, Espíritu de consejo en sus decisiones, Espíritu de fortaleza con miras a sus realizaciones prácticas por su gobernación, Espíritu de ciencia y de entendimiento de las sendas divinas, espíritu de temor de Yavé en su actitud reverencial en la presencia de Dios. El Espíritu de Yavé se manifestará de una manera multiforme sobre su Mesías para ayudarle a llevar a cabo todas las tareas consiguientes a su misión salvadora. Con razón, la exégesis moderna ve sobre todo, en este texto, el anuncio de una plenitud, no el intento de hacer una clasificación exhaustiva. La verdadera demostración no puede apoyarse exclusivamente en este texto original. En el hebreo, la enumeración consta de "seis" espíritus que, de dos en dos, reposan sobre el Mesías. El número de "siete" proviene de la versión de los Setenta, en la que se tradujo por dos vocablos griegos diferentes, "piedad" y "temor" de Dios, la palabra hebrea "yirah", repetida dos veces. Los Padres de la Iglesia y los teólogos medievales utilizaban los Setenta y la Vulgata, por lo que se hizo tradicional el número siete y la Iglesia lo ha homologado en su magisterio ordinario.

La extensión de los siete dones del Espíritu Santo a todos los fieles pasó rápidamente a ser un lugar común de la espiritualidad cristiana. Ya San Ireneo había señalado esta participación de los justos en la plenitud de Cristo: "El Espíritu ha descendido sobre el Señor: Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios. Este Espíritu lo ha dado el Señor, a su vez, a la Iglesia, enviándole desde los cielos al Paráclito sobre toda la tierra" (*Adversus haereses* III, 17; PG 7, 930). El mismo Espíritu habita en Cristo y en nosotros (*Rom* 8, 11). Él anima la Cabeza y los miembros, en la unidad de un mismo cuerpo místico. Nosotros hemos de vivir nuestra existencia divina de bautizados

a imitación del Hijo Único del Padre, identificados con todos los sentimientos del alma de Cristo, como revestidos en Él de las costumbres de la Trinidad. Los dones del Espíritu Santo tienen como fin precisamente el comunicar a los hombres esta vida en la intimidad del Padre, con la soberana soltura y perfección de hijos verdaderos de Dios, dirigidos por su Espíritu. La Liturgia invoca sobre cada fiel la plenitud del Espíritu por la efusión del "sagrado septenario":

"Da tuis fidelibus,
In te confidentibus,
Sacrum septenarium." *(Secuencia de Pentecostés.)*

El "Veni Creator" invoca al Espíritu septiforme en sus beneficios: "Tu septiformis munere", y las ceremonias del sacramento de la confirmación explicitan cada uno de los siete dones.

Hay aquí un dato positivo que no conviene desmesurar, menos aún integrarlo al dominio de la fe, pero que el creyente ha de tener en cuenta y es misión de la ciencia teológica justificarlo y explicarlo. El principio que dirige en la Iglesia las investigaciones de los teólogos es la distinción entre las virtudes y los dones, como, por lo demás, la de todos los "hábitos", por su objeto especificador. Así es como, históricamente, en el pensamiento cristiano, a impulso de la reflexión científica, se ha ido elaborando en un progreso continuo la moral de las virtudes. Objetos diferentes exigen diversidad de facultades y de principios activos.

El mismo método debe aplicarse a la clasificación de los dones. La gran cantidad de ensayos de solución, evidencia lo arduo del problema. Hemos visto al mismo Santo Tomás retocar, lleno de vacilaciones, su pensamiento, e incluso retractarse sobre este punto. Al final de su vida, en una visión más simple y comprensiva, a la luz de las virtudes cristianas, armonizó la enumeración del septenario sacro. Este nuevo y definitivo reparto, sin sutilezas convencionales, sin estrecheces sistemáticas, se nos hace el más adecuado a la realidad. Permite, en efecto, una honda intelección de ese funcio-

namiento tan flexible y tan sencillo con que actúan los dones del Espíritu Santo. Sigue el método común de especificar los dones por sus objetos respectivos, como para las virtudes, teniendo en cuenta la trascendencia de la moción divina y el superior modo de los dones con relación a las virtudes: "Cum enim dona sint habitus ordinati ad operandum, oportet quod distinguantur secundum obiecta quibus diversificari oportet actus secundum speciem" (*III Sent.* 34, 1, 6). A continuación, se eleva a una visión grandiosa que reúne bajo una mirada única toda la acción espiritual de Dios en el mundo de los hombres redimidos y en el universo de los espíritus.

El Espíritu Santo se apodera del hombre entero para dirigirle a su supremo fin, o sea, a la total expansión de su personalidad en Dios. Esta acción directa, inmediata y especial del Espíritu de Dios es ejercida sobre dos facultades distintas, la inteligencia y la voluntad; de donde resultan dos grupos de dones bien diferenciados: los dones intelectuales, de inteligencia, de ciencia, de sabiduría, de consejo, y los dones afectivos, de piedad, de fortaleza y de temor.

La Santísima Trinidad, deseosa de hacer que los hombres comuniquen con su Vida íntima de pensamiento, de amor y de acción, les sublima su manera de pensar, de querer y de obrar hasta hacerles copartícipes del modo deiforme de la actividad divina. Bajo la influencia directa y especial del Espíritu Santo se opera entonces, en el interior de las almas, una iluminación divina que hace al entendimiento humano semejante al pensamiento de Dios, intuitivo y exhaustivo, juez de todo por las causas segundas o divinas, previsor y decretador de todas las decisiones mediante las que se desenvuelve, en el orden existencial, el plan de su Providencia.

Las cualidades de las creaturas exigen una multiplicidad que no existe en Dios. El hombre, para su perfección intelectual, necesita una multitud de aptitudes y disposiciones relativas a la posesión de la verdad: dar con los principios, juzgar por las causas, tener sentido de las aplicaciones prácticas. La filosofía atribuye por esto al hombre cinco grupos de "hábitos" intelectuales: la inteligencia de los principios, la extrema variedad de

las ciencias, una sabiduría unitaria que corone todo el saber; y luego, en el terreno práctico, la prudencia, que dirija nuestras acciones, y el arte para realizar las obras que sean las creaciones de nuestro espíritu.

En el orden sobrenatural, para el pleno despliegue de su espíritu en su conocimiento de la fe, dispone el hombre de los dones de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo. El Espíritu Santo se vale de estas disposiciones interiores, distintas por sus objetos, para permitir al hombre bautizado penetrar en todos los misterios de la Revelación mediante el don de inteligencia; juzgarlos, según todas las conexiones de las causas segundas, mediante el don de ciencia; estimarlos, ordenarlos debidamente y, si fuere preciso, defenderlos, a la suprema luz del misterio de la Trinidad y de todos los atributos divinos, mediante el don de sabiduría. A través de estos tres dones, toda la claridad de la inteligencia, de la ciencia y de la sabiduría divinas desciende sobre el hombre y, con las luces complementarias del don de consejo, viene a dirigir toda su conducta, ajustándola a los planes de Dios, trazados desde la eternidad por su Providencia. Estos cuatro dones intelectuales son suficientes para captar todas las luces divinas ordenadas al desarrollo de la vida contemplativa y activa de los hombres.

Para poder conseguir una rectitud moral impecable en sus relaciones con Dios y con todas las creaturas del universo, dispone el hombre del don de piedad. Éste, por sí solo, bajo la acción sobreelevante del Espíritu Santo, Espíritu del Padre y del Hijo, le hace capaz de comportarse perfectamente, mediante la utilización de las muchas virtudes que se requieren para la perfecta justicia ante Dios y ante los hombres. El Espíritu de piedad simplifica y unifica nuestras relaciones con Dios y con todas las creaturas dándonos una actitud filial para con Dios y fraternal para con los ángeles y los hombres.

Para la disciplina de su vida personal, frente a las dificultades de la existencia y los atractivos del pecado, dispone el hombre de dos dones superiores que regulan y moderan su sensibilidad: el Espíritu de fortaleza y el Espíritu de temor. De esta suerte, queda el hombre armado para afrontar todas las situaciones de la vida.

Si se mantiene dócil al menor soplo del Espíritu, es invulnerable, nada le podrá sorprender: la Trinidad entera le cubre y protege.

Sería quimérico soñar para el hombre una perfección absoluta, que igualara la indivisible simplicidad del Acto Puro. Lo mismo que, en el orden del ser, participa el hombre, a través de la multiplicidad de su naturaleza y de sus facultades corporales y espirituales, en la unidad y en la infinitud de Dios, así también en su obrar, participa, a través de los actos de un gran número de virtudes teologales y morales, en la indefectible unidad del Obrar divino. Siete dones se requieren para que pueda el hombre acoger las más altas inspiraciones divinas y las multiformes mociones del Espíritu de Dios.

Cada don es apto para servir o dirigir a todo un grupo de virtudes, de la misma manera que una facultad superior cumple por sí sola la tarea de varias potencias activas de un orden superior, y como la inteligencia abarca de un modo eminente y con mayor profundidad todo el campo de conocimientos a que llegan nuestros sentidos internos o externos (cf. 3, 34, 1, 2). Así, el don de inteligencia lo penetra todo. Es como una mirada taladrante que se dirige primera y principalmente sobre el misterio de Dios y sobre las virtudes primordiales de nuestra fe, pero que se extiende, además, sobre toda parcela del campo de la verdad, aun en el orden natural, que esté en conexión con los misterios revelados. He aquí por qué el Espíritu Santo ha iluminado, a los grandes doctores de la Encarnación del Verbo, sobre las nociones de "naturaleza" y de "persona", necesarias para una auténtica intelección de la unión hipostática.

Estas mismas reflexiones metodológicas podrían aplicarse a todos los restantes dones.

Cada uno de los dones del Espíritu Santo tiene, en su campo de acción, una amplitud universal:

— el don de inteligencia, para penetrar todos los misterios cristianos y todas las verdades divinas;

— el don de ciencia, para juzgar acerca de todo el encadenamiento de las causas segundas en el universo entero;

—el don de sabiduría para apreciarlo todo a la luz del Verbo y en el esplendor de la Trinidad;

—el don de consejo, para dirigirlo todo, en el dominio del obrar humano, según las miras de la Providencia y del gobierno divinos;

—el don de piedad, para animar todas nuestras relaciones con Dios, nuestro Padre, con todos los miembros de la familia de Dios y hasta con todos los seres de la creación, considerados como bienes de la Casa de Dios;

—el don de fortaleza, para superar todas las dificultades de la existencia humana, apoyándonos en la Fuerza inmutable de Dios;

—el don de temor, finalmente, para evitar todo mal, con una delicadeza de alma que nos guarde de la menor falta que pueda "contristar al Espíritu Santo".

Así resplandece la universal extensión de cada uno de los dones del septenario sagrado. Los tres dones intelectuales superiores se extienden sin restricción a Dios y a todos los seres del universo, pero desde diferentes puntos de vista: el don de inteligencia para escrutarlos en sus más íntimos adentros; el don de ciencia para juzgarlos desde abajo, según el juego de las causas segundas; el don de sabiduría, por una visión exhaustiva desde lo alto, que nos identifica con la mirada de la Trinidad.

El don de consejo no le atañe a Dios directamente como los dones contemplativos superiores de inteligencia, ciencia y sabiduría; se extiende, empero, a la totalidad del obrar humano y hace nuestra conducta conforme, en sus menores decisiones, al plan de la Providencia. Tampoco los dones de piedad y de fortaleza dicen con Dios, sino que afectan a nuestro culto respecto a Él y a nuestros actos de valentía o de tenacidad en medio de las batallas que la Iglesia militante sostiene por conquistar el reino de Dios.

Nada escapa a la amplitud universal del don de temor en su resistencia a todo mal. Sería restringir singularmente su influencia el limitarla al servicio de la esperanza o de la templanza; su acción se despliega en perspectivas mucho más vastas, a título de auxiliar de todas las virtudes en nuestro combate contra todas las formas

del pecado. Los dones operan de un modo supereminente todo el trabajo de las virtudes, en constante colaboración con ellas.

Siete notas musicales les bastan a los grandes artistas de la composición para desarrollar todas las invenciones de su genio; siete dones le son suficientes al Espíritu Santo para hacer vibrar todas las riquezas de un alma divinizada por la gracia o la gloria, con tal que ella se mantenga flexible entre las manos del Artista creador.

IV

PROPIEDADES DE LOS DONES

De la naturaleza de los dones del Espíritu Santo derivan dos grupos de propiedades:

— del lado de Dios: su modo deiforme;

— del lado del hombre: nada de "justo medio" como en los actos de las virtudes morales, conexión y sinergia, desigualdad y jerarquía, bajo el primado arquitectónico del don de sabiduría, que dirige a la vez la contemplación y la acción.

1. Propiedad fundamental: el modo deiforme

La propiedad más fundamental de los dones del Espíritu Santo es su modo deiforme: sus actos emanan de nosotros, pero bajo la inspiración divina. Dios es su Regla y su Medida, su Motor especial.

En efecto, los actos humanos pueden tener una triple medida:

— una medida humana, que imprime a toda nuestra vida moral la regulación de la razón: es el caso de las virtudes naturales adquiridas;

— una medida humanodivina en el orden de la gracia santificante, que viene a sobreelevar en su esencia toda

nuestra actividad virtuosa para hacerla participar en la vida de pensamiento, de amor y de acción del Dios-Trino mediante las virtudes cristianas, pero dejando aún al hombre su modo de obrar connatural según las deliberaciones de su razón discursiva y las razonadas inclinaciones de su voluntad: es el régimen común de las virtudes teologales y morales, cuando el hombre, divinizado por la gracia de adopción, realiza actos elícitos que, en sustancia, denotan el orden sobrenatural, pero cuya manera de realizarse sigue siendo humana.

Hay, finalmente, un régimen superior de vida virtuosa, deiforme no sólo en su sustancia sino también en su modo, en el que los actos tienen la medida divina del Espíritu de Dios, que es su Motor y su Regla especificadora: éste es el caso de los dones del Espíritu Santo. Dios no es solamente la Causa eficiente de estos actos. Él toma la iniciativa de los mismos, los inspira, los realiza a su medida divina, participada en grados diversos por el hombre convertido en hijo de Dios por la gracia y dirigido por su Espíritu. Este obrar deiforme muestra entonces la manera de pensar, amar, querer y obrar del Espíritu de Dios, en la proporción posible al hombre, sin salirse de sus condiciones de espíritu encarnado. Sus intuiciones no son intuiciones de un puro espíritu; aun bajo las iluminaciones de la ciencia y de la sabiduría divinas, el ejercicio de los dones intelectuales está ligado en él, durante el estado de unión, al acompañamiento de imágenes y al caminar discursivo, si bien maravillosamente facilitado por la inspiración divina. También cuando el pájaro vuela se ve que tiene alas. El hombre a quien anima el soplo del Espíritu está como arrebatado y sostenido por las raudas alas de un Águila todopoderosa.

Este obrar deiforme presenta entonces la manera de pensar, de amar, de querer y de obrar propia del mismo Espíritu de Dios; la vida espiritual del hombre viene a convertirse como en una proyección en él de las costumbres de la Trinidad, en cuyo seno entra, a imitación del Hijo Único del Padre, no haciendo más que uno con Él, místicamente, en la unidad de una misma persona,

transfigurándose el cristiano en "otro Cristo" que camina por la tierra, identificado con todos los sentimientos del Verbo encarnado glorificador del Padre y Salvador de los hombres. El cristiano avanza así por la vida, iluminado en su inteligencia por la claridad del Verbo, con su vida de amor al ritmo del Espíritu Santo, actuando en toda su conducta interior y exterior según el modelo de la actividad "ad extra" de las Tres Personas divinas en la indivisible unidad de su Esencia. El Espíritu de Dios se hace no sólo inspirador y Motor, sino también regla, forma y medida de esta actividad al modo deiforme y cristiforme propia del cristiano cada vez más revestido por la fe, por el amor y por la práctica de todas las virtudes de la santidad de Cristo. En los diversos tratados de los dones del Espíritu Santo no se insiste bastante en que, dentro del orden concreto de la economía de la salvación, la actividad de los dones se realiza en nosotros no ya sólo de un modo deiforme, sino además de un modo cristiforme que nos configura con el Hijo Único del Padre. Creer es verlo todo con la mirada de Cristo; lo esperamos todo de la omnipotente y misericordiosa Trinidad, pero en virtud de los méritos de Jesucristo. Nuestra vida de amor a Dios, nuestro Padre, y a los hombres, nuestros hermanos, se expande en una amistad con todos en la persona de Cristo.

E igual sucede con las demás virtudes y con los demás dones del Espíritu Santo. Toda nuestra vida espiritual se desarrolla en nosotros, según la expresión de San Pablo: "en Cristo Jesús". La prudencia cristiana está penetrada toda ella del espíritu de la cruz. El don de piedad nos hace musitar "¡Abba, Padre!" con el Espíritu del Hijo y nos une a Cristo, Sacerdote y Hostia, Mediador único entre los hombres y Dios. El don de fortaleza nos hace semejantes en valentía al Crucificado. El Espíritu de temor mantiene a las almas lejos de todo mal, inmaculadas y sin tacha: virginales para Cristo, virginales para la Trinidad.

El ejemplar trinitario es la regla suprema de la actividad deiforme de los dones. Animado por el Espíritu Santo en cada uno de sus actos, el cristiano debería pasar por la tierra a la manera de un Dios encarnado.

2. *Las otras propiedades:*

a. *Nada de "justo medio"*

La virtud humana consiste en un "justo medio", según nos afirman moralistas y teólogos. Está limitada por la situación del hombre en el universo. Todo lo suyo se halla medido por las cosas: la verdad de su inteligencia depende de su adecuación con lo real extramental; la verdad de su arte es proporcional al poder evocador de las creaciones de su espíritu; la virtud moral imprime a nuestra voluntad y a nuestros apetitos sensibles la superior grandeza del espíritu. Nuestras acciones morales son perfectas en la medida en que se conforman a la razón. Ciertamente, la virtud no se detiene en la mediocridad, sino que tiende al máximo. Si se queda en un "justo medio", esto no significa entre el bien y el mal, sino entre un exceso y un defecto posibles en una materia sometida al control regulador del espíritu.

Solas las virtudes teologales transcienden toda medida limitadora del "justo medio". Ellas tienden, de suyo, a lo infinito de Dios, Verdad Primera, fuente de toda luz, a la Omnipotencia misericordiosa de Dios, capaz de ayudar al frágil hombre en la conquista de su divina bienaventuranza, a la Bondad soberana de Dios, que en los insondables abismos de su Trinidad contiene la plenitud de todo bien. Si puede deslizarse un exceso en el ejercicio de las virtudes teologales, no provendrá de la parte de su objeto, —pues nunca será posible creer o esperar demasiado en Dios ni amarle más de la cuenta—, sino que se deberá, ocasionalmente, a las condiciones humanas del sujeto. Sin tener en consideración lo limitado de sus fuerzas, presume a veces el hombre de la bondad divina, o bien desespera de Dios a causa de una caída pasajera, olvidando que la divina misericordia rebasa infinitamente la miseria y la malicia del pecado.

Los dones del Espíritu Santo, por su deiforme alteza, participan de la propiedad de las virtudes teologales: no se limitan, de suyo, a un "justo medio". Dios infinito es el objeto inmediato, especificador de las virtudes teologales y medida de las mismas. Dios, infinito en sus ins-

piraciones y en sus mociones, es igualmente la Regla y la Medida de la actividad de los dones. Nunca se será lo bastante dócil a los impulsos iluminantes y motores del Espíritu de Dios, que actúa en nosotros en la indivisibilidad de la Esencia divina, a través de sus atributos infinitos de inteligencia, ciencia, sabiduría, consejo, paternidad sobre nosotros, fortaleza y santidad increada. Los dones del Espíritu Santo no tienen otra medida inmediata que esta divina acción, de sabiduría infinita, que nos hace participar mediante la gracia en las riquezas de su Ser Increado y de su Obrar divino. Como las virtudes teologales, los dones del Espíritu Santo tienen por motivo a Dios: no a título de Verdad primera, de Omnipotencia infinitamente misericordiosa o de Bien supremo, sino a título de Principio Motor y Regulador de nuestro obrar sobrenatural, al que el Espíritu divino imprime su modo deiforme, en diversos grados de participación de las perfecciones divinas. Con los dones, se halla el hombre bajo la influencia de un Espíritu infinito.[22]

b. *Conexión y sinergia*

La ley de síntesis domina la psicología humana. Tiene aplicación en todos los planos: en el físico y en el fisiológico, en el somático y en el psíquico, en el intelectual, en el artístico, en el moral, en el religioso, al nivel natural y al sobrenatural. Esta ley de conexión y de sinergia entre nuestras potencias y nuestros principios de acción, al servicio de una misma personalidad, constituye una de las propiedades más básicas del obrar humano, proveniente de la complejidad de un ser que es, por esencia, espíritu encarnado, simbiosis viviente de todos los valores minerales, vegetales, animales, espirituales y divinos del universo de la encarnación. A menudo, un solo acto es la síntesis de toda una personalidad. No hay pensamiento sin imagen, ni volición sin intelección, ni contemplación sin arrastre hacia la acción... ni

22. «Prudentia, quae importat rationis rectitudinem, maxime perficitur et iuvatur secundum quod *regulatur* et *movetur* a Spiritu Sancto. Quod pertinet ad donum consilii.» (II-II, 52, 2.)

movimiento de la gracia sin apoyo en la naturaleza. Todas nuestras actividades son distintas e indisociables. El acto más secreto repercute en el conjunto del organismo. En el hombre todo está en conexión: la unión del alma y del cuerpo, la mutua ayuda de las facultades, la interdependencia de los "hábitos", el ejercicio simultáneo y subordinado de las virtudes y los dones.

¿Cómo iba a escapar de esta ley universal la actividad de los dones? Una doble conexión vincula a los dones del Espíritu Santo entre ellos mismos y con la caridad, así como las virtudes tienen conexiones entre ellas y con la primera de todas: el amor. Conexión implica dependencia y subordinación. Todas nuestras virtudes morales de justicia, fortaleza y templanza reciben de la prudencia la medida racional que las define en su esencia misma de virtudes; por su parte, las virtudes morales proporcionan a la prudencia los fines que la especifican, pues los fines inmediatos de las virtudes morales desempeñan el papel de principios determinantes de la prudencia misma. Esencial a la virtud humana es la medida de la razón, mas esto implica, a título de propiedad, la conexión o dependencia mutua de todas las virtudes morales.

Lo mismo se diga de los dones del Espíritu Santo: Los dones de piedad, fortaleza y temor dependen de las líneas directrices y de los preceptos del don de consejo, como las virtudes morales dependen de la prudencia. Recíprocamente: el don de consejo debe tener en cuenta los fines específicos de los dones de piedad, fortaleza y temor, que le inspiran sus decisiones. El don de consejo desempeña respecto a ellos la misma función directora que la prudencia respecto a las virtudes morales.

A su vez, el don de consejo es dirigido por los dones superiores de inteligencia, ciencia y sabiduría, que sacan del contemplar a Dios las razones supremas de vivir, de las cuales el espíritu de consejo deduce las aplicaciones prácticas, que ejecutarán, en el dominio concreto de la acción, los dones de piedad, de fortaleza y de temor. Así, la interdependencia de los siete dones asegura el perfecto influjo del Espíritu de Dios sobre las almas.

Los dones no actúan más que en sinergia y concomi-

tancia con las virtudes bajo la primacía del amor. En el funcionamiento de los dones del Espíritu Santo, más aún que en el ejercicio de las virtudes al modo humano, resplandece la influencia, no ya tan sólo virtual sino siempre actual, de la caridad. Es el amor el que provoca, finaliza y mide toda la actividad de los dones. El fin impera en todo. Si la prudencia depende de los fines particulares de cada una de las virtudes morales, ¿cuánto más no dependerá del fin supremo del hombre: la unión con Dios por la caridad divina? Cuanto más atraído es el hombre hacia Dios por el amor, más eficaces van siendo sus decisiones concretas en punto a elegir los medios. El amor no sabe de esperas: ansía impaciente las realizaciones; excluye toda demora excesiva. Entre los fines y los medios hay conexiones de mutua dependencia. Los siete dones del Espíritu Santo se hallan vinculados por íntima conexión bajo la dependencia actual de la caridad.

Ahora bien, es el Espíritu Santo quien, habitando en el centro del alma, le infunde el amor: "La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado".[23] En definitiva, por el intermedio de la caridad, efecto propio de la Presencia del Espíritu Santo, las virtudes y los dones, distintos e inseparables, ponen a las almas bajo la moción inmediata y personal del Espíritu Santo, que habita en nosotros como Principio Motor, Regla y Medida de nuestras acciones por Él inspiradas.

c. *Ayuda mutua y armonía*

Este concurso de las distintas potencias del hombre, fortalecidas por las virtudes y los dones, produce una sinergia funcional y una ayuda mutua de todas nuestras posibilidades de acción. Los dones colaboran entre sí y con las virtudes para lograr el desarrollo de una misma personalidad. La penetración del don de inteligencia facilita el juzgar por las causas, objeto de los dones de ciencia y de sabiduría; los dones contemplativos iluminan

23. *Rom* 5, 5.

desde las alturas las tareas apostólicas que requieren acción; el espíritu de temor preserva al hombre, consciente de su miseria y de su nada, haciendo de él dócil instrumento en las manos de Dios. No cabe aspirar aquí a un análisis detallado, pues habría que escrutar toda la acción del Dios Trino en su Iglesia. ¡Con qué luces tan preciosas esclarece la ciencia de las criaturas, la "ciencia de los santos", las decisiones prácticas a que se lanzan los hombres, movidos por los consejos de Dios! ¡Cómo orientan la acción y sostienen la voluntad del hombre en sus realizaciones el contemplar los misterios de la Trinidad, de Cristo, de la Madre de Dios o de la Iglesia y el adoptar las elevadas miras y amplias perspectivas de la sabiduría cristiana! Lo mismo que los rodamientos orgánicamente trabados de una máquina electrónica, se hallan a punto para actuar con todo su poder, así la actividad de los dones se despliega en un dinamismo convergente que empuja a los hombres hacia Dios, en el servicio de sus hermanos y de la Iglesia toda, al soplo unificante de un mismo Espíritu de Amor.

Los dones del Espíritu Santo constituyen una jerarquía de principios de acción netamente diferenciados. En la base se halla el don de temor; en la cúspide, el don de sabiduría; y cada uno de los dones tiene un campo de acción específicamente distinto: el don de inteligencia, para la penetración de todos los misterios; los dones de ciencia y de sabiduría, para juzgar de todo por las causas segundas o por las causas divinas; el don de consejo, para dirigir la acción concreta, contingente. Estos cuatro dones intelectuales guardan entre sí el siguiente orden jerárquico: sabiduría, inteligencia, ciencia y consejo. Los otros tres dones tienen por sujeto la voluntad, según tres funciones distintas: el don de piedad viene a animar todas las relaciones del hombre con los demás seres del universo y con las Tres Personas divinas; el don de fortaleza, a asegurar en toda circunstancia y por encima de todas las dificultades nuestra vocación de hijos de Dios, a imagen de Cristo; finalmente, el don de temor, para evitar el mal y permitirnos no contristar jamás al Espíritu Santo.

A este orden básico podrían añadírsele, según diversas perspectivas, nuevas clasificaciones accidentales. Por ejemplo, en la vida espiritual y en la búsqueda de la perfección cristiana, ocupa el espíritu de temor un puesto primordial, no en la jerarquía de valores, sino a título de disposición: nos funda en la conciencia de nuestra fragilidad como pecadores y en el sentido de nuestra nada, condición indispensable para toda santidad. El don de fortaleza brilla particularmente en los mártires; el don de consejo, en los hombres de acción; los dones intelectuales, de inteligencia, ciencia y sabiduría, resplandecen en los grandes doctores, en cada uno según su misión. Llegamos con esto a la infinita variedad de los dones que Dios otorga a su Iglesia bajo la impulsión de un mismo Espíritu.

Esta diversidad de dones y carismas no es anárquica: todas las obras de Dios llevan siempre el sello de la armonía y de la unidad. En cada uno de nosotros, las virtudes y los dones van creciendo a la par, desarrollándose armoniosamente como todas las partes de nuestro cuerpo, como los cinco dedos de la mano. Indudablemente, aun entre los santos existen predisposiciones naturales a tal o cual virtud, a un don u otro; por el contrario, se dan también entre los grandes siervos de Dios temperamentos difíciles, rebeldes por naturaleza a tal o cual virtud y, a menudo, con peligrosas tendencias heredadas que les inclinan al mal. El heroísmo no excluye, a determinadas horas, la lucha contra los deseos desordenados de la naturaleza; pero estas resistencias disminuyen y llegan a esfumarse cuanto más dócil sea el alma a las inspiraciones del Espíritu, de modo que triunfe la gracia.

Por encima de esas imperfecciones y de esos desfallecimientos en detalles, advenidos por sorpresa, indicios más bien del temperamento que del valor moral, la unidad de la vida espiritual queda asegurada por una armonía proporcional de todas las virtudes y de todos los dones, por la convergencia de todas las potencias activas bajo el impulso de una misma caridad que el Espíritu Santo emplea para levantar al alma, con todas sus facultades, hasta Dios.

V
ESTUDIO COMPARADO

Los dones y las virtudes

El pensamiento humano, esencialmente analítico y discursivo, sólo aprehende las nociones una después de otra; de donde la necesidad de compararlas y reagruparlas para constituir de nuevo la unidad existencial de lo real. Este método comparado le es indispensable al hombre así en las investigaciones especulativas como en los conocimientos históricos; y su suprema aplicación está en la ciencia teológica, que es a la vez la más positiva en sus fuentes reveladas y la más contemplativa por la sublimidad de su objeto: Dios y el conjunto de los misterios cristianos.

Un estudio de los dones del Espíritu Santo requiere, como complemento, su comparación con las virtudes. La práctica de la Iglesia en los procesos de canonización pone muy de relieve que la clave de toda santidad es el ejercicio fiel de todas las virtudes. Guardémonos de hipostasiar los dones. No son más que auxiliares de las virtudes, principios de acción, "hábitos" operativos que proporcionan a nuestras facultades disposiciones interiores sobreañadidas, adquiridas o infusas, las cuales permiten a las virtudes realizar sus actos con la máxima perfección. La cooperación entre las virtudes y los dones se endereza al mismo fin con dos modalidades diferentes y complementarias. En la jerarquía de valores, sitúanse los dones entre las virtudes teologales y las virtudes morales. "Derivan" de las virtudes teologales: su fuente, su principio, su medio de realización y su fin. La fe, la esperanza y la caridad nos unen inmediatamente a Dios por su objeto, dentro del ciclo de la vida trinitaria: la fe, en la luz del Verbo; la caridad, en el impulso amoroso del Espíritu Santo; la esperanza, en la participación de la beatitud del Padre y de toda la Trinidad. Las virtudes teologales se orientan hacia el fin, los dones del Espíritu

Santo hacia los medios; las virtudes teologales aseguran el contacto y la unión con Dios, los dones nos ponen bajo la especial influencia motriz del Espíritu Santo para unirnos a la Trinidad. Cuanto prevalece el fin sobre los medios, otro tanto las virtudes teologales, que tienen por objeto inmediato a Dios, prevalecen sobre los dones, ordenados éstos a realizar bajo la personal moción del Espíritu Santo actos creados. Los dones son como los instrumentos de que se sirven las virtudes teologales para alcanzar a Dios.[24]

Para entender a la vez esta trascendencia y esta indigencia de las virtudes teologales con relación a los dones del Espíritu Santo, hay que recordar la doble imperfección que les es inherente en la tierra, como, por lo demás, a todas las otras virtudes.

Una imperfección accidental proviene, a los comienzos, de su falta de ejercicio y de dominio, como se ve en los incipientes y aun en las almas que ya van progresando pero que todavía no han adquirido la soltura, la facilidad, la seguridad de ejecución que distingue a los perfectos. Este primer género de imperfección se corrige mediante el uso, mediante la práctica perseverante de todas las virtudes, bajo la acción de nuestra inteligencia, de nuestra voluntad y de todos nuestros principios activos. Mas la perfección así adquirida no supera el modo humano. Presupone la inicial moción y el general concurso de la Causa Primera, como todos nuestros actos de creaturas; no muestra indicios de una acción personal y especialísima cuya iniciativa le corresponda sólo al Espíritu Santo. Tal es el régimen ordinario del desarrollo de las virtudes bajo el influjo de nuestra voluntad, según una manera de progresar típicamente humana.

Hay otra forma de imperfección, que acusa una indigencia esencial, fundamental y, por así decirlo, congénita, característica de todos los modos limitados de partici-

24. «Dicendum quod animus hominis non movetur a Spiritu Sancto, nisi ei secundum aliquem modum uniatur, sicut instrumentum, non movetur ab artifice, nisi per contactum aut per aliquam aliam unionem. Prima autem unio hominis est per fidem, spem et caritatem. Unde istae virtutes praesupponuntur ad dona, sicut radices quaedam donorum. Unde omnia dona pertinent ad has tres virtutes, sicut quaedam derivationes praedictarum virtutum.» (I-II, 68, 4, ad 3.)

pación, por las creaturas, del Ser increado. En virtud de sus exigencias más profundas, la gracia, participación formal de la divina naturaleza, debería actualizarse en nosotros según el modo deiforme como viven las Tres Personas divinas. Este modo increado, connatural a solo Dios, es irrealizable por el hombre, inclusive por la humanidad de Cristo en el estado glorioso. Para desplegarse de un modo más perfecto, verdaderamente deiforme, es preciso que Dios mismo, con una intervención personal, directa, inmediata y especialísima, venga a comunicar al hombre divinizado el modo propio de la excelencia de su Obrar divino.

Las virtudes teologales realizan entonces sus actos, no ya por iniciativa de nuestra razón esclarecida por la fe, ni de sola nuestra voluntad sobreelevada por nuestra caridad, según un modo humano, sino por una intervención directa, personal, del Espíritu del Padre y del Hijo, que viene a suplir nuestra imperfección originaria, sublimando mediante sus iluminaciones y sus mociones especialísimas nuestra propia manera de pensar, de querer y de obrar, por una participación superior en el deiforme modo del Obrar divino. Este modo sobrehumano, propiedad de una vida deiforme que se desenvuelve bajo la acción inspiradora del Espíritu, constituye precisamente la añadidura de perfección que aporta a las mismas virtudes teologales la moción de los dones. Es el Espíritu Santo quien actúa en nosotros y por nosotros, pero según su iniciativa y su manera propia. Los actos de las virtudes teologales, en lugar de ser ejecutados bajo la forma de la deliberación racional y de una manera discursiva, al modo humano, proceden en nosotros por una inspiración divina cuyo Principio motor, cuya Regla y medida es el Espíritu.

Las virtudes teologales tienen, por tanto, como las otras virtudes, dos regímenes distintos: el uno al modo humano, el otro al modo sobrehumano y divino bajo el impulso directo del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo.

El caso es diferente por lo que respecta al ejercicio de las virtudes morales bajo la moción de los dones: mientras que las virtudes teologales tienen por subordi-

nada la actividad de los dones, como un fin superior impera sobre los medios ejecutivos, a su vez, los dones, debido a su trascendencia sobre las virtudes morales, se las subordinan, como un modo superior de acción dispone de elementos inferiores de realización. Así, el don de piedad, bajo la inspiración directa y personal del Espíritu del Padre y del Hijo, pone en movimiento todas las formas de expresión del culto de Dios, a la manera como un "hábito" superior se sirve de uno o más "hábitos" operativos inferiores. Esta vez son los dones los que constituyen como la raíz, la fuente, el origen, el medio y el fin de las virtudes morales. De la misma manera, el don de temor impone actitudes de profunda humildad, de pobreza espiritual y de toma de conciencia de nuestra nada en la presencia de Dios: "Yo Soy Aquél que Es. Tu eres lo que no es". Las virtudes morales hallan así su perfección suprema en un régimen de despliegue trascendente a todas las formas de deliberación racional, en una participación directa en la manera de obrar propia del Espíritu del Padre y del Hijo en el seno de la Trinidad. "Sed perfectos como vuestro Padre del cielo."

En el plano de las existencias concretas, las virtudes y los dones operan de una manera inseparable. Nunca actúan los dones sin las virtudes. Ellos nos mantienen dóciles a las más pequeñas inspiraciones del Espíritu Santo, a fin de practicar en su suprema perfección todas las virtudes cristianas: teologales y morales. Lo substancial del acto lo ponen las virtudes, el modo deiforme proviene de los dones. Por esto es por lo que se puede hablar de actos de los dones o, simplemente, de actos de las virtudes perfeccionados por los dones.

Virtudes y dones bastan para dar cumplimiento a todos los preceptos del Señor en el Espíritu de las bienaventuranzas evangélicas y para encaminar al hombre hacia la santidad más alta, al soplo del Espíritu de Dios. Una comparación clásica pone de manifiesto a la vez la diferencia y la complementariedad existentes entre el régimen de las virtudes y el de los dones: Las virtudes son como los remos que se manejan a fuerza de brazos, con continuo trabajo, al modo humano; los dones vienen a ser algo así como las velas desplegadas que, henchidas

por el viento, hacen avanzar al navío, con más facilidad y rapidez. Ambos mecanismos se ayudan mutuamente en un impulso armónico hacia el mismo fin. Siete velas son bastantes para recoger el viento en todas direcciones. El soplo del Espíritu y el humano esfuerzo se conciertan para conducir al hombre hacia su destino de hijo de Dios.

VI

LOS DONES Y LAS ETAPAS DE LA VIDA ESPIRITUAL

Suele analizarse demasiado exclusivamente la vida espiritual desde abajo, a partir del hombre y de sus esfuerzos voluntarios hacia la santidad; se olvida al Espíritu Santo. Sin embargo, el Señor había anunciado su presencia en nestros "adentros" y su papel único de Agente principal de nuestra santificación, de Maestro interior, "formador de Cristo" en cada uno de nosotros, Motor primordial y constante de nuestra vida cristiana, Alma verdadera de la Iglesia, encargado de la misión de encaminar a todos los miembros del cuerpo místico hacia la Ciudad de Dios para "consumarles" allí con el Padre y el Hijo "en la unidad" de la Trinidad.

Es desde arriba, a partir del Espíritu Santo, como debe juzgarse sobre la vida de las almas y su ascensión hacia Dios. Los maestros del espíritu acostumbran distinguir tres grandes etapas en la vida espiritual. Claro que no se ha de pretender separarlas de un modo tajante; hay entre ellas perpetua ósmosis. Se puede, con todo, caracterizar cada una de estas tres fases por una preocupación dominante: en los que comienzan, por la lucha contra el pecado; en los proficientes, por la diligencia en practicar con minuciosidad la virtud; en los perfectos, por el amoroso descanso en Dios. Estos tres aspectos son inseparables de suyo: en todas las etapas de la vida espiritual es preciso luchar contra el mal, tender hacia el bien y, por encima de todo: amar. La santidad es el amor, que huye el pecado, observa los mandamientos del Señor y halla en Dios el gozo y la paz. Cuanto más au-

menta el amor más lucha contra el mal, más fiel es a los consejos evangélicos, más se solaza en Dios solamente. El amor es la explicación suprema de todo. Las tres fases de la vida espiritual son reductibles a tres efectos distintos y complementarios del amor (*III* 29, 8, 1).[25]

El Espíritu de Dios se adapta a la diversidad de los hombres; el juego de los dones es infinitamente variado. El Espíritu Santo otorga a veces a algunos principiantes iluminaciones superiores y verdaderas gracias de unión, bien sea porque las necesiten para su salvación, bien para prepararles a conseguir el grado de perfección previsto para ellos por la predestinación divina. Dios actúa en nosotros con soberana libertad, según sus eternos designios.

El punto de partida de toda vida espiritual entre los hombres es el pecado. "No he venido para los justos, sino para los pecadores",[26] afirmaba Jesús. La primera labor del Espíritu Santo consiste, pues, en convertir a los hombres, en purificarlos de sus faltas, curarles sus heridas, librarles de sus inclinaciones perversas, a fin de afirmarles en el amor. El papel de los dones del Espíritu Santo con respecto a los principiantes se ordena a preservarles del mal. El Espíritu de inteligencia les descubre las riquezas de la fe; el Espíritu de ciencia les ayuda a evadirse de la fascinación de las creaturas; el Espíritu de sabiduría les hace sentir la nada de los seres efímeros y el Todo de Dios. "Vanidad de vanidades y todo vanidad,

25. «In augmento spirituali assignantur gradus diversi caritatis secundum aliquos notabiles effectus quos in habente caritatem caritas relinquit.

Primus ergo effectus caritatis est, ut homo a peccato discedat et ideo mens caritatem habentis in primis circa hoc maxime occupatur ut a peccatis praeteritis emundetur et a futuris praecaveat; et quantum ad hunc effectum dicitur caritas incipiens.

Secundus effectus est ut iam fiduciam de liberatione peccatorum habens ad bonum adipiscendum se extendat; et quantum ad hunc effectum dicitur caritas proficiens, non quin in aliis statibus proficiat sed quia in hoc statu praecipua cura est de adipiscendis bonis, dum homo semper ad perfectionem anhelat.

Tertius effectus est ut homo iam ad ipsa bona quasi connutritus, quodammodo sibi naturalia habeat ipsa et in eis quiescat et delectatur; et hoc ad perfectam caritatem pertinet» (*III Sent.*, 29, 8, 1).

26. *Lc* 5, 32.

excepto amar a Dios y servirle sólo a Él." El movimiento de los dones adopta mil formas diferentes para levantar a los recién convertidos por encima de sus miserias y acompañarles en los primeros pasos de su ascensión hacia Dios. El Espíritu de consejo les indica los caminos de la santidad accesibles a sus débiles fuerzas y, en las horas de angustia y de oscuridad, les sugiere las soluciones liberadoras. El Espíritu de piedad les hace llegarse a Dios como a un Padre, con los sentimientos del hijo pródigo, y espiritualiza y simplifica progresivamente su método de oración, demasiado trabado aún en la práctica de devociones externas, pronto a seguir complicadas trayectorias. El Espíritu de fortaleza les alienta de continuo y les evita las caídas peligrosas que podrían descorazonarles. El Espíritu de temor les induce a huir de las ocasiones de pecado, a no ceder a la tentación, a no contristar nunca gravemente al Espíritu Santo, a refugiarse en la conciencia de su fragilidad y de su nada y acogerse a la Omnipotencia misericordiosa de Dios.

En esta primera etapa de la vida espiritual, las intervenciones personales del Espíritu de Dios se orientan ante todo a arrancar a las almas del pecado y a consolidarlas en el bien. El amor de los principiantes es débil, no bastaría de por sí para asegurar la total separación del mal que es condición necesaria para toda santidad, ni tampoco la fidelidad de todos los instantes en el ejercicio de las virtudes que es el signo auténtico de la perfección. Según las necesidades de las almas y las libres determinaciones del Amor infinito, el Espíritu Santo interviene, como y cuando le place, para preservarlas de todo mal y encaminarlas hacia la unión con Dios.

El Espíritu Santo procede de distinta manera con los proficientes. La acción de los dones aumenta en frecuencia a medida que es mayor la docilidad de las almas. La purificación de sus faltas y la huida del pecado no son ya sus preocupaciones dominantes, a menudo obsesivas. El alma, purificada por la gracia de Dios, se siente más libre de las ataduras del mal y puede dedicar sus potencias a servir a Dios y a testimoniarle su amor con la práctica

de las virtudes. El Espíritu de temor le dicta una delicadeza cada vez más grande; el Espíritu de fortaleza la mantiene en el valeroso cumplimiento de todos sus deberes; el don de piedad la recoge, a través de todas las cosas, en un genuino espíritu de oración. Su plegaria se ha hecho más fácil, y las sequedades y arideces inevitables van purificando su fe y su amor. El Espíritu de consejo la guía en sus decisiones, con las soberanas luces de los dones contemplativos de inteligencia, ciencia y sabiduría. Es la entrada en la vía iluminativa y la subida hacia Dios en la oscuridad de la fe, pero de una fe cruzada por los relámpagos de la luz divina, suficientes para darle al alma la seguridad, cada vez más apaciguadora, de que va avanzando por el camino que lleva hasta Dios. En esta segunda etapa de la vida espiritual, los dones del Espíritu Santo ayudan igualmente a las almas a desembarazarse del pecado, pero con mayor libertad, a fin de que marchen rápidamente hacia Dios, "a paso de amor", con la mirada puesta en el Evangelio, en la imitación de Cristo, de la Virgen y de los santos.

La oscuridad de la noche y las iluminaciones repentinas se suceden con mayor fuerza y frecuencia. Es aún una fase de lucha, de duros combates espirituales, pero, según la misión de cada alma en la Iglesia, el Espíritu Septiforme las ilumina a todas, las sostiene, las acerca a Dios y les comunica una vida apostólica de irradiaciones cada vez más amplias. El alma, purificada más y más por la acción divina, progresa en los caminos del amor. No tiene todavía perfecta estabilidad: hay aún tirones de la naturaleza, numerosas faltas debidas a su fragilidad... Pero la acción personal del Espíritu Santo, con creciente frecuencia, se va manifestando a niveles cada vez más hondos en sus funciones purificadoras y divinizantes. El alma camina hacia Dios en pleno progreso espiritual.

La etapa suprema es la consumación en la unión. Pocas almas llegan a ella: por falta de generosidad y de docilidad al Espíritu de Dios. Aun entre los discípulos y los apóstoles de Cristo, son raros los que deciden responder sin reservas a la llamada del Señor: "El que

quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo y tome su cruz y sígame" (*Mt* 16, 24). Se vacila, y entonces Dios corta el torrente de sus dones... Hay almas heroicas que nada le rehusan al Amor. Dios las eleva infinitamente por encima de sí mismas, las diviniza, las configura a imagen de su Hijo Único. Es el triunfo de la gracia y el despliegue perfecto de los dones del Espíritu Santo en las almas de los santos. El Espíritu de Dios es libre de comunicar sus dones. A estas almas privilegiadas se les escapan todavía algunos leves desfallecimientos, pero su voluntad no cesa de lanzarse con renovado impulso hacia Dios. No miran los caminos por donde Dios las conduce: mantienen su vista fija en Dios. Practican todas las virtudes, pero sobrepasándolas, así como un gran artista se vale de su técnica con soberana soltura y hace pasar a su espíritu a través de sus dedos. El Espíritu de sabiduría ha establecido definitivamente a tales almas en el puro amor. Sus más insignificantes actos cotidianos, lo mismo que los de la Madre de Dios, adquieren un valor casi infinito. La Iglesia entera se beneficia de ellos, y su vida corredentora resplandece sobre las de todos los hombres, dando frutos de salvación. Es el ideal evangélico vivido sin retóricas, sin rigideces, sin cicaterías con la soberana libertad y la fidelidad impecable del amor. La Trinidad las ilumina, por el Verbo, con las claridades de la inteligencia, la ciencia y la sabiduría divinas, y les inspira, por el Espíritu Santo y su don de consejo, las decisiones prácticas que les hagan realizar en todas las cosas el plan de Dios. El don de piedad las hace comunicar, a través de todo, con la voluntad del Padre, en un espíritu de filial adoración, de acción de gracias, de incesante plegaria y de amor, en unión con el alma sacerdotal de Cristo. Nada puede desviarlas de su deber, pues las asiste desde lo alto el Espíritu de Dios, prestándoles la fortaleza que hace a los mártires y a los santos. El temor de Dios las mantiene en la conciencia de su nada, libres de toda otra ocupación que no sea la de amar. Los siete dones convergen para hacer de estas almas la obra maestra de Dios. Sus menores actos surgen de lo más hondo de sí mismas bajo la inspiración continua del Espíritu de Amor: es la unión transformante. El

alma, unida a Dios por el amor, no es ya sino "un solo Espíritu con Él".

A la cumbre de las cumbres sólo llegan, en el más allá, los bienaventurados, indefectiblemente asegurados en Dios por la visión cara a cara. Los actos de los dones no brotan ya allí entre las oscuridades de la fe y los destellos de la esperanza, sino de una inteligencia irradiada por los esplendores del Verbo, en la inamisible fruición de toda la Trinidad. Este conocimiento directo, experimental, y este amor fruitivo se prolongan en los bienaventurados por la visión del Verbo. El alma experimenta los goces de la Trinidad a la manera como las Tres Personas divinas reposan Una en Otra con indivisible Unidad. Los dones de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo proyectan entonces sobre el alma bienaventurada la claridad misma del Verbo. El don de piedad comunica a todos los elegidos el Espíritu mismo del Hijo, haciéndoles musitar con Él y en Él: "¡Padre!". El don de fortaleza no ha de ejercitarse ya entre los peligros y duras batallas de la Iglesia militante, pues los predestinados participan para siempre de la eterna victoria de Dios.

Toda la actividad de los dones del Espíritu Santo se desarrolla en los bienaventurados con dependencia de la visión del Verbo, en la posesión y en la paz de la Trinidad inmutable. El don de temor no gime más por la humana miseria, ni teme en adelante al pecado ni la separación de Dios, pero se inclina con reverencia ante la grandeza infinita de "Aquél que Es". Bajo las iluminaciones personales del Espíritu de Dios, Espíritu de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo, los elegidos contemplan y actúan, al resplandor de la Luz del Verbo, para la mayor gloria de la Trinidad. Los dones de piedad, de fortaleza y de temor conservan a todo el cielo de los bienaventurados, de cara al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, en un espíritu filial y en indefectible amor, con la clara conciencia de que fuera de Dios todo es nada.

2.ª Sección:
LOS SIETE DONES

Siete velas
para recoger
el Soplo de Dios.

Capítulo III
EL DON DE INTELIGENCIA
(Resumen)

Introduccion a los dones intelectuales

I. Existencia del don de inteligencia

II. Naturaleza del don de inteligencia
El don del descubrimiento y de la intuición de las verdades primordiales.
Dos fases, seis pasos del espíritu, un acto supremo:

A. *Dos fases:*
1. *Fase primera* de actividad preliminar:
La aprehensión de las nociones y de las esencias:
(Análoga a la primera operación de la mente)
2. *Fase segunda* de actividad esencial:
La intuición de los principios del orden sobrenatural:
(Análoga a la segunda operación de la mente).

B. *Seis pasos del espíritu* para llegar a la esencia de las cosas:
1. Primer paso: a través de los accidentes, aprehender las sustancias.
2. Segundo paso: bajo las palabras, las realidades por ellas expresadas.
3. Tercer paso: los sentidos de las figuras y de los símbolos.
4. Cuarto paso: descubrimiento del mundo invisible.
5. Quinto paso: percibir las causas a través de los efectos.
6. Sexto paso: en las causas entrever los efectos.

C. *Su acto supremo:*
La intuición negativa y oscura de Dios.

III. Sus dos funciones
Acción y contemplación

IV. Sus dos fuentes de inspiración
Dios y nuestro amor.

V. Su propiedad fundamental
El modo deiforme.

VI. Estudio comparado
1. Con la virtud de la fe.
2. Con los otros dones.
3. Con las bienaventuranzas evangélicas.
4. Con los frutos del Espíritu Santo.

VII. Los pecados contra la luz
1. El espesamiento de la inteligencia.
2. La ceguera del espíritu

VIII. Papel del don de inteligencia en la vida espiritual
El sentido de lo divino.

El Espíritu de inteligencia
nos hace penetrar
en los abismos de Dios.

CAPÍTULO TERCERO

EL DON DE INTELIGENCIA

Introducción a los dones intelectuales

El hombre es ante todo una inteligencia. Su vida suprema es el pensamiento. La primacía de la caridad, bajo el régimen de las obscuridades de la fe, es transitoria. La visión de Dios "cara a cara" restituirá todas las cosas a su orden definitivo, eterno, en el que el primado de la inteligencia resplandecerá midiendo el amor. La contemplación del Verbo constituirá el verdadero centro de las perspectivas psicológicas de los elegidos. Todo en ellos se desplegará y armonizará con dependencia de esta visión.

El conocimiento dirige el amor. Nada es amado sin ser conocido. "Nihil volitum nisi praecognitum." El don de inteligencia brota como raíz de los demás dones: es el primero en el orden genético. Por él ha de comenzar toda exposición del juego psicológico de la actividad de los dones del Espíritu Santo.

Para situar bien el don de inteligencia y percibir su función en nuestro conocimiento sobrenatural, no tenemos más que un solo método: el del recurso comparativo con las realidades sensibles que nos rodean, las únicas que están a nuestro alcance. La analogía es la clave del saber, tanto en el plano de la mística como en los dominios de la ciencia. De ahí su constante uso, inevitable en la Biblia, y, siguiendo a los profetas, a Cristo y a todos

los escritores inspirados por Dios, el mayor cuidado de los Padres de la Iglesia y de los Doctores cristianos por buscar en el mundo de la naturaleza las analogías más evocadoras y más explicativas del orden sobrenatural. Así, para aprehender en su conjunto la "economía" de nuestra vida divina a través de los sacramentos, los teólogos hacen referencia al ritmo del desarrollo de nuestra vida humana: el hombre nace, crece, se nutre, funda una familia, encaja en un orden social y, si padece una caída o una enfermedad mortal, utiliza los remedios necesarios para recuperar sus fuerzas. El movimiento de la gracia sacramental acompaña, de la misma manera, al ser humano a lo largo de toda su existencia, desde la cuna hasta la tumba. El bautismo es el sacramento de nuestra regeneración; la confirmación, el de nuestro desarrollo perfecto en Cristo; la eucaristía nos da diariamente a Cristo como alimento; el matrimonio une al hombre y a la mujer para la propagación de la raza humana y la educación de los hijos de Dios; el orden proporciona a la sociedad cristiana los cuadros de la jerarquía eclesiástica. En las horas de desfallecimiento, la penitencia nos devuelve la vida de Dios; y, en los momentos en que todo acaba, una suprema unción viene a prepararnos para entrar en "la casa del Padre".

Lo mismo sucede en nuestra vida intelectual, bajo el régimen de la fe iluminada por los dones del Espíritu Santo. El desarrollo de nuestra vida del pensamiento nos proporciona la analogía más fundamental, que nos permite percibir el progreso y la infinita amplitud de nuestro conocimiento sobrenatural de los misterios de la fe. En el hombre, espíritu encarnado, todo parte de lo sensible. La imagen acompaña siempre nuestro pensamiento, aun bajo las más altas luces del don de sabiduría. En esta tierra, si no es por milagro, todos los pensamientos del hombre llevan el sello de un perpetuo contacto con el universo sensible, del cual saca originariamente todas sus ideas, por medio de la abstracción, incluso bajo las enseñanzas de la fe y las iluminaciones de los dones del Espíritu Santo.

La actividad de los dones del Espíritu Santo se adapta en nosotros al ritmo de un pensamiento esencialmente

discursivo, por el camino de las tres operaciones de la mente y de la inducción. En los santos se verifica todo el proceso del conocimiento humano: aprehensión de las realidades ocultas bajo las apariencias sensibles, inducción de las leyes del mundo sobrenatural y juicios valorativos sobre el universo de la fe por referencia a las causas creadas o increadas, que se expanden finalmente en altísimas visiones de sabiduría, a la luz de una experiencia de amor que viene a coronar todo este conocimiento místico directamente inspirado por Dios, esclareciéndolo todo a la luz de la Causa Primera, desde el más minúsculo átomo hasta la generación eterna del Verbo y la espiración del Espíritu Santo, en los esplendores de la Trinidad. Esta actividad de nuestra inteligencia tiene una vastísima y variadísima gama bajo el régimen de la fe: desde la inicial adhesión a la verdad revelada hasta las superluminosas claridades de los dones de inteligencia, ciencia y sabiduría que hacen presentir la visión eterna.

Para su diálogo con nosotros, le ha sido preciso a Dios tomar acentos humanos. La fe ha recogido con agradecimiento y amor los signos sensibles de esta Palabra divina y es a partir de las trazas externas de la Revelación como el don de inteligencia penetra en lo más íntimo de las realidades del mundo de la fe, como el don de ciencia, a su vez, juzga según las conexiones de las causas segundas, animadoras de la máquina del universo, mientras que el don de sabiduría, a la luz suprema de la Trinidad proyecta sobre todas las cosas la claridad del Verbo. Así, encontramos, en la actividad psicológica de los dones intelectuales del Espíritu Santo, las múltiples etapas de todo conocimiento humano: la primera, toda sorpresa, de descubrimiento y de invención; la segunda, de explicación por el análisis y la síntesis; la tercera, complementaria y derivada, de aplicación práctica, bajo la acción especial, personal e inmediata del Espíritu de Dios: Espíritu de inteligencia, de ciencia, de sabiduría y de consejo, que da al hombre, divinizado por la gracia de adopción, el pensar, juzgar y obrar según un modo sobrehumano, deiforme, trascendente, a la manera de Dios.

I

EXISTENCIA DEL DON DE INTELIGENCIA

Es suficiente abrir la Biblia para ver con qué solicitud se ha inclinado Dios como un Padre sobre su pueblo elegido para esclarecerle y guiarle. Dios es la verdadera luz de Israel. Los grandes personajes del Antiguo Testamento se vuelven sin cesar hacia Yavé por la oración para pedirle que les conduzca en las horas difíciles. José reconoce que "es Dios quien da la interpretación de los sueños".[1] Moisés implora de Dios las directrices necesarias para encaminar a los Hebreos hacia la Tierra prometida: "Dame a conocer tus voces".[2] El salmista pide a Dios que le comunique la inteligencia de su Ley:

"Instrúyeme, ¡oh Yavé!, en el camino de tus mandatos,
para que del todo los cumpla.
Dame entendimiento para que guarde tu Ley
y la cumpla con todo el corazón.[3]
La explicación de tus palabras
ilumina y da inteligencia a los rudos.
Abro mi boca y suspiro
por el deseo de tus mandamientos.[4]
Muestra tu serena faz a tu siervo
y enséñame tus preceptos."[5]

Se podría recoger una rica gavilla de textos del Antiguo Testamento.

El Nuevo Testamento es aún más evocador de la acción iluminadora del Espíritu Santo. Son conocidos los textos mayores del Evangelio de San Juan sobre la promesa hecha por Jesús concerniente a la función del Espíritu Santo, que enviará el Padre, Espíritu de verdad que tendrá la misión de iluminar a la Iglesia entera.

1. *Gen* 40, 8.
2. *Ex* 33, 13.
3. *Ps* 119, 33-34.
4. *Ps* 119, 130-131.
5. *Ps* 119, 135.

Cristo mismo abrió a sus Apóstoles la inteligencia para que entendiesen las Escrituras.[6] San Pablo reconoce que Dios le ha comunicado la inteligencia del misterio de Cristo y de su Iglesia, "misterio que no fue dado a conocer a las generaciones pasadas, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu".[7] Pide la misma gracia de iluminación por el Espíritu en favor de los fieles: "Que el Dios de Nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria os conceda Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Él, iluminando los ojos de vuestro corazón para que entendáis cuál es la esperanza a que os ha llamado".[8] "Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra, para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender, en unión con todos los santos, cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios."[9]

El modo de proceder por este método es claro. Podría continuarse así la investigación a base de numerosos textos de la Escritura en que se nos indica que el Espíritu Santo nos ilumina Él mismo para penetrar profundamente los misterios de Dios, lo cual es propio del don de inteligencia.

II

NATURALEZA DEL DON DE INTELIGENCIA

La elevación del hombre al orden sobrenatural exige que esté armado intelectualmente para penetrar en este mundo de verdades nuevas, reveladas directamente por Dios, así como está dotado para comprender las verdades

6. *Lc* 24, 45.
7. *Eph* 3, 5.
8. *Eph* 1, 17-18.
9. *Eph* 3, 14-19.

del orden natural. De ahí la necesidad de un don de inteligencia que le mantenga bajo la acción directa del Espíritu de Dios, como prolongamiento a su adhesión de fe. El Espíritu Santo, presente en el alma, viene a inspirar y a dirigir por sí mismo en Persona esta nueva actividad mental. El Espíritu nos hace obrar de un modo sobrehumano, deiforme, pero adaptándose a las condiciones carnales del sujeto receptor. La actividad de los dones del Espíritu Santo no se ejercita de la misma manera en los ángeles y en nosotros. Aun bajo la inspiración divina y la moción personal, directa, inmediata del Espíritu Santo, conserva el hombre su estructura fundamental de espíritu encarnado. Él no es Dios por esencia: pasa a serlo por gracia y participación. Se reviste de las costumbres divinas de una manera inevitablemente limitada e imperfecta.

Hasta en las formas más elevadas de los dones intelectuales se hallan vestigios de las tres operaciones de la mente. El don de inteligencia es el primero en entrar en ejercicio, al servicio de la fe, desempeñando una función que corresponde a nuestras dos primeras operaciones mentales: la aprehensión de las esencias y la intuición de los primeros principios. Es la fase inicial del descubrimiento de las verdades básicas, sobre las que se apoya todo el edificio de nuestro saber comunicable o incomunicable. Ulteriormente, el don de ciencia, a su vez, percibirá por connaturalidad toda una manera de verdades sobrenaturales que se derivan del necesario encadenamiento o del libre juego de las causas segundas, mientras que, en fin, el don de sabiduría elevándose a una visión más sintética, lo juzgará todo a la luz superior de la divina Esencia y de los atributos divinos, entre los resplandores del supremo misterio trinitario. Pero todo parte de lo sensible, de la aprehensión de las esencias y la intuición de los principios, labor propia del don de inteligencia. En el estado de unión del alma y del cuerpo, no podría suceder de otro modo, puesto que el desarrollo de nuestra vida intelectual, aun bajo el régimen inspirado de los dones, no puede escapar totalmente del ritmo congénito, ineluctable, del proceder discursivo que caracteriza al pensamiento humano.

A. *Dos fases*

Dos fases son peculiares de la actividad psicológica del don de inteligencia: una preliminar, incoativa, imperfecta, consistente en la aprehensión de las esencias y nociones del mundo sobrenatural; después, una segunda fase, principal, que, a través de seis diferentes pasos del espíritu, capta y penetra las verdades primordiales de la fe, elevándose poco a poco por los escalones de los tres modos, de causalidad, de eminencia y sobre todo de negación, hasta su acto supremo aquí en la tierra: La intuición negativa y obscura de Dios.

Fase primera: La aprehensión de las esencias y de las nociones (Análoga a la primera operación de la mente)

El hombre sólo puede elevarse a la más alta perfección de su vida intelectual lenta y progresivamente. Aprehende primero nociones dispares, al azar de sus contactos con el mundo exterior, después, por el funcionamiento espontáneo de las facultades humanas, se van realizando las asociaciones de imágenes y de ideas. Es como un pescar a caña, afanoso, en el que, lo mismo que los peces, las ideas vienen una a una. Pronto se van perfilando los primeros discernimientos. El niño aprende a distinguir. En el adulto pueden llegar a formarse vastos conjuntos ideológicos mediante la imaginación y la inteligencia, que prepararan juicios explícitos sobre la realidad. La mente humana procede ante todo por imágenes aisladas y por cuadros de imágenes, luego conceptualiza, distingue y asocia las ideas. Aun en los grandes genios, bajo la influencia directriz de la reflexión o de la inspiración, se hallan los equivalentes de estos pasos iniciales de la mente en los dominios del saber. Este primer trabajo de división, de precisión, de clasificación, determinación y definición trae al pensamiento grandes luces.

En el plano sobrenatural del conocimiento afectivo y místico se dan también procesos de asociación y de con-

ceptualización, que acompañan necesariamente el funcionamiento de la inteligencia humana, inclusive bajo el régimen de las mociones personales, transcendentes del Espíritu Santo. La gracia no destruye la naturaleza. El Espíritu de Dios ayuda a las almas a ver claro, a distinguir bien las nociones, a compararlas y a reunirlas. Las primeras visiones de los profetas de Israel y las del mismo San Pedro en Jope no eran más que un conjunto de cuadros cuyo sentido hondo se les ocultaba. Algunos grandes artistas cristianos, por ejemplo un Fra Angélico, descubren así, por inspiración, la concepción de conjunto de un fresco, lo mismo que hay teólogos que, como un Santo Tomás de Aquino, obtienen mediante sus plegarias la repentina percepción de cómo resolver determinado problema o la idea directriz de una obra científica. En los místicos, el Espíritu Santo hace surgir las imágenes clave, sintéticas, que ilustrarán o resumirán su doctrina: el Castillo interior con sus siete moradas concéntricas que describe Santa Teresa de Ávila, la Montaña del Carmelo y el famoso gráfico de las tres sendas, el simbolismo de las noches y de la Llama Viva de amor en un San Juan de la Cruz, el ascensor de Santa Teresita de Lisieux...

El Espíritu Santo se sirve de la psicología corriente de los místicos y de los simples fieles, iluminándoles de repente para manifestarles verdades ocultas. Tiene en cuenta la diversidad de temperamentos, los grados de cultura, las tendencias afectivas. Ilumina por diferentes procedimientos a una madre de familia o a un teólogo de oficio; a éste, a través de un autoanálisis más avisado, por el que se puede dar cuenta de que los conceptos relativos y negativos son el mejor método para aproximarse al misterio de Dios. En el funcionamiento concreto de la actividad de los dones es lo más frecuente que esta primera fase, reducible en esencia a la primera operación de la mente, esté ya penetrada toda ella de juicios instintivos, virtuales, con intervención e interpenetración más o menos explícita de la segunda operación mental. Lo que aquí importa es señalar bien que el Espíritu de Dios se vale de todos los procedimientos de nuestra vida intelectual, de nuestro temperamento y

de todos los rasgos característicos de nuestra personalidad propia. Esta primera fase lleva a la aprehensión de las esencias, clave de todo el ulterior saber, tanto del científico como del místico.

Segunda fase:
La intuición de los principios del orden sobrenatural
(Análoga a la segunda operación de la mente)

Sería minimizar singularmente la actividad del don de inteligencia el restringirlo al solo dominio de la primera operación mental. Ésta no es para él sino un primer contacto con la realidad, contacto que reclama su acabamiento en un verdadero juicio valorativo que detente la verdad y equivalga a la segunda operación mental. No sólo trata el don de inteligencia de descubrir las esencias y definir la naturaleza íntima de las cosas, sino que juzga sobre esta naturaleza en cuanto a su existencia, en cuanto a sí misma, sus atributos y propiedades, en cuanto a todas sus cualidades esenciales o contingentes, en cuanto a sus relaciones con los demás misterios y con todos los restantes seres del universo. Su campo visual es tan vasto como el de los dones de ciencia y de sabiduría, pero procede de distinta manera que ellos. Su juicio no recurre a ningún elemento extraño fuera de los datos inmediatos sobre los que juzga. No diserta, no razona, no apela a referencia alguna a las causas, no saca conclusiones; su juicio ve. Este juicio penetra las profundidades del ser creado o increado, en el orden de la esencia y de la existencia, y ello sin esfuerzo dialéctico, por simple contacto con las realidades sensibles, evocadoras de los misterios revelados. Dios, presente en el alma, ilumina la inteligencia de los fieles acerca del sentido profundo de los misterios de la fe, que son los principios de la sabiduría cristiana.

Este juicio del don de inteligencia se hace, no por las causas, como en los dones de ciencia o de sabiduría, sino por discernimiento y penetración comparativa de los términos, al modo decisivo como nuestros sentidos distinguen los colores y los sonidos. Esta simple mirada

de inteligencia en que consiste la primera operación de la mente, y esta primera intuición de los principios, que es la operación segunda, pueden alcanzar, por lo demás, una amplitud casi infinita. Si ya nuestros sentidos, por ejemplo el de la vista, pueden captar una gama enormemente variada de matices, ¿cuánto más no podrá la mirada del espíritu abarcar y juzgar todo un vasto panorama intelectual que va de lo creado al Increado? Precisamente la suprema mirada de contraste entre la nada y "Aquél que Es", entre los modos contingentes y limitados de las creaturas y el modo increado del Ser divino, constituye el acto más sublime del don de inteligencia. La actividad de este don se extiende no ya sólo a las intuiciones primordiales que sirven de verdades básicas para nuestro conocimiento del mundo sobrenatural, sino a todo el dominio de la verdad. Nada le escapa. Compétenle tanto las verdades de fe como sus anejos y los dogmas inmutables revelados por Dios.

La actividad toda del don de inteligencia se polariza en la investigación, el descubrimiento, la penetración y la contemplación de la naturaleza íntima de las cosas, de su "esencia". Esta palabra "esencia" es la clave que nos abre el secreto del movimiento del don de inteligencia. Sin raciocinio dialéctico, sin juzgar por las causas extrínsecas, fíjase en las naturalezas, juzgándolas en sí mismas, a su claridad propia, con sencilla mirada, por intuición de amor. La analogía fundamental y más adecuada para expresar la quintaesencia del don de inteligencia es la "intuición de los principios", "habitus principiorum" en el sentido aristotélico, pero trasladado al dominio de la fe. Versa sobre los primeros principios del gratuito conocimiento de la fe. "Donum intellectus est circa prima principia cognitionis gratuitae." (II-II 8, 6 ad 2.)

El don de inteligencia es el don del descubrimiento y de las intuiciones primordiales de la fe. Parece incluso que se han de referir a su actividad propia todos los procedimientos epistemológicos de la observación y la inducción. Es el don por excelencia de los inventores y de los genios creadores. Y es la clave de todo nuestro conocimiento místico.

B. *Seis pasos del espíritu para llegar a la esencia de las cosas*

Seis pasos da nuestra inteligencia para penetrar el fondo de las cosas, según múltiples puntos de partida. Por la iluminadora influencia del Espíritu de Dios, nuestra inteligencia descubre, bajo las modalidades accidentales, las esencias; bajo las palabras, las realidades que expresan; bajo los símbolos y las figuras, las cosas por ellos significadas; bajo las apariencias sensibles, el mundo inteligible e invisible; a través de los efectos, sus causas; y, en las causas, todos los efectos virtualmente contenidos en ellas.

El movimiento esencial del don de inteligencia consiste en una penetración hasta el adentro más íntimo de las cosas. Es un movimiento de interiorización. Las palabras que acuden en seguida son: "esencia", "interioridad", "penetración". Es un ir del exterior al interior de las cosas, de lo sensible a lo inteligible, de lo visible hacia lo invisible.

Primer paso del espíritu: A través de los accidentes, aprehender las sustancias

Lo primero que les sale al paso a nuestros sentidos son los fenómenos externos y las modalidades accidentales. El hombre es espíritu encarnado: no le es posible ninguna intuición directa, inmediata, de las esencias, a la manera de la que tienen los puros espíritus. Sólo llega a las naturalezas sustanciales a través de su exterior revestimiento, accesible a los sentidos. Pero la inteligencia penetra hasta el corazón de la realidad, más allá de las barreras de las apariencias. Los ojos de los Apóstoles veían al "Hijo del hombre", su fe adoraba en él al "Hijo de Dios". Las acciones y los gestos de Jesús dejaban traslucirse en Él la Divinidad del Verbo. Del mismo modo, prestando atención al comportamiento de los seres humanos, percibimos nosotros los secretos de las almas, igual que el médico puede diagnosticar una enfermedad

mediante la observación de sus síntomas fisiológicos. El campo de observación del don de inteligencia no se halla limitado al universo visible ni al mundo de las almas. Extiéndese a todas las verdades reveladas y, además, a todas las verdades anejas del orden natural, necesarias o útiles para entender profundamente las realidades de la fe, como, por ejemplo, las connotaciones de "naturaleza" y de "persona" para una recta comprensión de los misterios de la Trinidad y de la Encarnación; la distinción real de la substancia y los accidentes para la justa intelección del misterio de la transubstanciación y de la presencia eucarística de Jesús; la distinción entre el alma y sus potencias para una exacta apreciación de los fenómenos místicos. Dejando atrás las apariencias externas, el don de inteligencia penetra hasta el fondo en todos los misterios de la fe.

Segundo paso del espíritu:
Bajo las palabras, las realidades que expresan

Hay un segundo paso del don de inteligencia, que tiene grandes alcances prácticos: la penetración del sentido de la Palabra de Dios. De aquí su inmensa importancia en la vida espiritual de la Iglesia, pues este don es el que nos abre los arcanos de las Escrituras, fuente principal de las verdades reveladas. ¿No es la Palabra de Dios expresión del divino Pensamiento? "Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, ...esplendor de su gloria."[10] Y su Palabra eterna, su Verbo, vino en Persona "a darnos a conocer"[11] los secretos de la Divinidad. El diálogo entre Dios y los hombres se ha prolongado a través de toda la historia de la humanidad. En nuestros días no ha cesado: Dios habla aún en el fondo de las almas por medio de su Iglesia y de su Espíritu.

10. *Hebr* 1, 1-3.
11. *Io* 1, 18.

Échase de ver el capital puesto que, en la vida intelectual de los hombres, ocupa, por consiguiente, esta revelación íntima de Dios: Los más altos pensamientos religiosos proceden de aquí. La comprensión de esta Palabra es tan importante que el Verbo mismo ha comunicado su intelección a sus Apóstoles por medio de su Espíritu.[12] ¿No es sobre todo en los Sagrados Libros donde se nos revela el misterio de Jesús? "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo", decía San Jerónimo.[13] A la Iglesia le ha sido prometida una asistencia especial del Espíritu de Verdad para que pueda conservar este depósito de la Revelación divina y transmitirlo infaliblemente, a tenor de la infinita variedad de las culturas y de las civilizaciones, a todas las generaciones humanas. Cada fiel, viviendo en la amistad de Dios, recibe este Espíritu de luz que le ilumina en su personal camino de retorno hacia Dios. Sin duda, desde el punto de vista profano pueden quedar aún en la inteligencia de los santos extensas zonas de ignorancia, pero el Espíritu de Dios está en ellos para iluminarles en todos sus progresos morales, inclusive en las acciones más pequeñas.

El don de inteligencia, que cuenta entre sus objetos de predilección la Palabra de Dios consignada en las Sagradas Escrituras, imparte a todos los hijos de Dios, según las necesidades de su salud espiritual, el sentido de todas las lenguas que de Él nos hablan: enseñanzas del magisterio eclesiástico, frases oídas al azar en nuestra existencia cotidiana, por la calle, por la radio, en la televisión..., palabras interiores musitadas en lo más íntimo de las almas por el Espíritu del Padre y del Hijo. La historia de la Revelación y de la Iglesia ofrece múltiples ejemplos de este perpetuo diálogo, carismático o no, entre Dios y los hombres. La vida de los santos presenta numerosos testimonios del mismo. El Verbo en Persona habla a través del Antiguo Testamento y del Nuevo; todavía hoy se hace escuchar en el trasfondo de las almas santas habitadas por el Espíritu de Amor y en la inteligencia de los bienaventurados que se hallan cara a cara del Eterno.

12. *Lc* 24, 45.
13. *Prólogo a Isaías.*

Tercer paso del espíritu: El sentido de las figuras y de los símbolos

Uno de los medios más evocadores de los misterios divinos es el símbolo. El simbolismo penetra todo el dominio de la vida humana, pero es en la Liturgia donde encuentra su más alta expresión y su lugar privilegiado. Sobre este punto el cristianismo se muestra especialmente rico; al parecer, es en la Liturgia oriental donde este simbolismo religioso ha alcanzado su punto culminante. Ya el Espíritu de Yavé animaba a los justos del Antiguo Testamento en la práctica de las ceremonias religiosas para hacerles vislumbrar el mesianismo futuro. La Liturgia actual de la Iglesia, en plena renovación, apela a un mismo sentido de lo sagrado, inspirada por Dios. El Espíritu mismo dirige las plegarias y el culto de la Iglesia de Cristo: Él es quien, a través de figuras y símbolos, descubre a las almas fieles el sentido profundo de los misterios de Dios.

Cuarto paso del espíritu: El descubrimiento del mundo invisible

La mentalidad moderna, mundana y cerrada a la vida sobrenatural, ha perdido el sentido de lo invisible. Hemos pasado a ser las gentes del cine y de la televisión. El hombre carnal y materializado, el "hombre animal" [14] no percibe ya lo espiritual y divino. Pero hay también verdaderos hijos de Dios a quienes el Espíritu del Padre, mediante los toques del don de inteligencia, comunica el poder de elevarse a través de las sombras y de la opacidad de lo sensible hacia las realidades del mundo invisible. A la mirada del creyente iluminada por el Espíritu de Dios brota así todo un universo nuevo. "Nosotros", los cristianos, les decía San Pablo a los corintios, "contemplamos, no las cosas visibles, efímeras todas ellas, sino las invisibles, las únicas que son eternas." [15] El capí-

14. *1 Cor* 2, 14.
15. *2 Cor* 4, 18.

tulo undécimo de la Epístola a los Hebreos nos describe las maravillas de esta vida de fe, iluminada toda por el Espíritu de Dios, en algunos personajes del Antiguo Testamento, ante las realidades del orden sobrenatural, y tiene esta frase final, magnífica, que caracteriza la fe de Moisés: "Caminaba como si viera el Invisible".[16] Esta página bíblica cuenta entre las más evocadoras de la obra propia del don de inteligencia en su función reveladora del mundo invisible.

Quinto paso del espíritu:
A través de los efectos, percibir las causas

El proceso habitual del pensamiento humano consiste en subir de los efectos a las causas. Esto puede hacerse de dos maneras: por intuición o inducción y por raciocinio. Este último procedimiento, el de la dialéctica discursiva, está reservado a la ciencia y a la sabiduría. El don de inteligencia no discurre: comprende de un solo vistazo el efecto y la causa, ve aquél en correlación con ésta o viceversa.

Una vez resucitados los cuerpos, la inteligencia humana leerá en la creación como en un libro abierto, no ya mediante una lenta dialéctica basada en la causalidad, según el tipo de la demostración clásica de la existencia de Dios por las cinco vías de acceso al Ser divino a partir de las propiedades fundamentales del ser creado, sino como por una intuición mediata, que percibirá el universo de la gloria al modo de una transparencia de Dios. Nuestros ojos de carne verán a Dios, por así decirlo, a través de los "nuevos cielos" y de la "tierra renovada". Sin ningún esfuerzo razonador, nuestra inteligencia descubrirá la Causa creadora y transfigurante. Cierto que la Esencia de la Divinidad permanecerá siempre inaccesible a los sentidos, pero, ante las maravillas del universo glorificado y, sobre todo, de los esplendores de la Humanidad de Cristo resucitado, la mirada de nuestro espíritu contemplará la infinita grandeza de "Aquél que

16. *Hebr* 11, 27.

Es". Verá a Dios a través de la naturaleza, lo mismo que ahora reconocemos a un ser familiar. Dios se nos hará presente en todas partes y a través de todo.[17]

Algo análogo es lo que ocurre en el ejercicio del don de inteligencia, no de una manera carismática o por anticipación de las propiedades de los cuerpos gloriosos, sino bajo la influencia personal e inmediatamente iluminadora del Espíritu Santo, presente en el alma. La mirada del santo percibe a través de los menores signos y de los menores efectos su Causa superior, divina.

Sexto paso del espíritu: En las causas, entrever los efectos

En sentido inverso, un espíritu penetrante descubre los múltiples efectos escondidos en una causa. Mientras que una inteligencia más ruda necesita que se le explique todo detalladamente, una mente viva y despierta percibe al primer vistazo los innumerables efectos contenidos virtualmente en una causa. Esto, que las cualidades naturales dan a una inteligencia, lo realiza el Espíritu Santo en Persona, mediante su intervención, en las almas de los santos. Bástales con elevar sus ojos hacia la Trinidad, hacia Cristo, la Virgen o la Iglesia, para distinguir en estas causas mayores las fuentes de la santidad cristiana. Cuando el Espíritu de Dios ilumina la mirada

17. Un admirable texto de Santo Tomás expone esta doctrina: «Cum ergo visus et sensus sit futurus idem specie in corpore glorioso, non poterit esse quod divinam Essentiam videat sicut visibile per se. Videbit autem Eum *sicut visibile per accidens*, dum ex parte visus corporalis tantam gloriam Dei inspiciet in corporibus et praecipue gloriosis et maxime in corpore Christi. Et ex parte alia, intellectus tam claro Deum videbit quod in rebus corporaliter visis Deus percipietur sicut in locutione percipitur vita. Quamvis enim tunc intellectus noster *non* videat Deum *ex* creaturis, tamen videbit Eum *in* creaturis corporaliter visis. Et hunc modum, quo Deus corporaliter possit videri, ponit Augustinus in fine *De Civitate Dei* (lib. XXII, cap. 29; PL, 41, 800) ut patet eius verba intuenti. Dicit enim sic: «Valde credibile est sic nos visuros mundans tunc corpora «coeli novi et terrae novae», ut Deus ubique praesentem et universa corporalia gubernantem... clarissima perspicuitate videamus; non sicut nunc «invisibilia Dei per ea quae facta sunt intellecta conspiciuntur», sed sicut homines, mox ut aspiciamus, non credimus vivere sed videmus» (Suplemento, 92, 2).

contemplativa de un teólogo, hace surgir en un instante ante ella todo un universo espiritual: considerando al Crucificado, presente en la hostia, entiende que la Eucaristía, como sacrificio y como sacramento, aplica a cada hombre en particular, según el grado personal de su fervor, todas las gracias de la Pasión y Muerte de Jesús, todos los beneficios que al mundo le supone la Encarnación redentora.

E igual sucede con todos los misterios cristianos. Las invisibles misiones del Verbo y del Amor, la venida del Hijo Único a vivir entre los hombres, la inhabitación de toda la Trinidad en las almas, la infinita plenitud de gracia del Verbo hecho carne, Jefe y Cabeza de la Iglesia, la mediación universal de María, la función ministerial de la Iglesia en la aplicación de las gracias salvíficas, revelan a los hijos adoptivos la economía de la comunicación de la vida divina del Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. Estas inmensas luces se encienden en las profundidades del alma por la acción personal e inmediata del Espíritu de Amor. Se las puede referir, a título de efectos, al don de inteligencia, que lleva de los efectos a las causas, de los signos y símbolos a los misterios ocultos, de lo visible a lo invisible, pero que vuelve a descender también, sin esfuerzo, desde el mundo divino hasta las realidades humanas y terrestres para percibir en ellas, por amorosa intuición, como destellos del rostro de Dios.

C. *Su acto supremo: La intuición negativa y oscura de Dios*

Con lentitud, el espíritu del hombre se va elevando hacia la suprema perfección de su pensamiento. Tras los primeros balbuceos en el descubrir las nociones fundamentales que sirven de base a su vida intelectual, tras las primeras luces recibidas sobre los misterios de la fe, si es fiel, el Espíritu de Dios le ilumina mediante una participación cada vez más resplandeciente de sus infinitas lumbres. Llegada a la unión transformante, el alma humana no camina ya en medio de la noche, sino que

lo ve todo en una irradiación de la claridad de Dios, tamizada aún por el velo de la fe, pero translúcida. No es todavía la manifestación sin sombras del cara a cara, sino una visión apacible y profunda, a través de los rasgos perceptibles de la revelación hecha por Dios. La fe no duda, se adhiere ante la evidencia de las señales de Dios. La Verdad increada transparece a sus ojos a través de las palabras, las figuras y los símbolos de lo divino. Discierne lo verdadero de lo falso, se eleva de este mundo de las apariencias a la realidad divina. Vincula los efectos temporales a su eterna Causa, cuya infinita trascendencia presiente, y, en una suprema mirada, distingue el increado modo de Ser divino de todos los modos creados de las creaturas. Dios se le aparece entonces como "Aquél que Es", en su eminente simplicidad de Acto puro, de supremo Existente, que en la infinita plenitud de su simple y subsistente Ser contiene todas las riquezas concebibles de la creación, del mundo de la gracia y de la gloria, del orden hipostático, y esto sin dialéctica discursiva y sabia, en una sencilla mirada contemplativa, a imitación de la simple mirada intuitiva de Dios.

Es en esta intuición negativa y oscura de Dios, negadora de todas las condiciones limitantes de los seres creados, donde se cumple aquí abajo, por la iluminación especial y personal del Espíritu, la suprema perfección del don de inteligencia, en una toma de conciencia evidente del infinito trascender, de la incomprensibilidad e inefabilidad de Aquél que supera infinitamente todos los modos de las perfecciones creadas.

III

SUS DOS FUNCIONES

Contemplación y acción

Como la virtud de la fe, de la que deriva, el don de inteligencia es, ante todo, contemplativo. Complácese en otear todos los horizontes de la fe: primeramente, Dios,

en la infinidad de sus perfecciones y en los abismos de su Trinidad; luego, a esta suprema luz, todos los atributos divinos, comunes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. El misterio de la Trinidad es el objeto privilegiado de los dos dones intelectuales superiores, del don de inteligencia para penetrarlo con mirada profunda, del don de sabiduría para saborearlo en una experiencia de amor y juzgar de todo a esta suprema Luz.

Nada escapa a la amplitud visual y a la agudeza de análisis del don de inteligencia. Su campo de investigación abarca todos los misterios de la fe, de los que percibe el sentido y el puesto que les corresponde en la síntesis de los misterios cristianos. Esta mirada escrutadora de los misterios desvela sus riquezas de vida, haciéndose así, de un modo secundario y sobreañadido, práctica; las verdades vislumbradas aparecen, a su vez, como principios y móviles de la acción. Fascinado por lo espléndido de su destino y por su título de hijo de Dios, el hombre, inspirado por el Espíritu del Padre y del Hijo, organiza su propia vida en función de esta vocación sublime. La inteligencia de los misterios le revela el sentido divino y el valor de eternidad del más pequeño acto humano. La fe lo transfigura todo y nuestras acciones más banales participan de la misma alteza divina.

IV

SUS DOS FUENTES DE INSPIRACIÓN

Dios y nuestro amor

La puesta en marcha de los dones del Espíritu Santo está reservada a la Acción primordial, inspiradora y reguladora de Dios. En esto la ley es absoluta. El ejercicio de los dones depende siempre de la iniciativa divina y de la gracia operante. El Espíritu Santo es dueño y señor de sus dones. La actividad de los dones intelectuales no va en proporción con el vigor de nuestra inteligencia, sino con la pureza de nuestra alma y con lo ferviente de nuestro amor. El talento y el genio son de por sí inope-

rantes en cuanto a realizar el más pequeño acto de los dones del Espíritu Santo. Nuestra facultad de conocer no tiene más función que la de mantenerse disponible respecto a las divinas iluminaciones, a las gracias de luz que se encienden en nosotros bajo la acción inspiradora, especial y personal del Espíritu de Amor. En el orden de la naturaleza, el progreso de nuestra vida intelectual se apoya en la potencia de nuestro entendimiento y en nuestro trabajo personal. Bajo el régimen de los dones, todo depende inicialmente del "soplo" de Dios.

La acción divina utiliza nuestras íntimas disposiciones, en particular nuestro grado de caridad, que es la medida de nuestra afinidad y connaturalidad con Dios, objeto primordial de nuestro amor. Esta función de connaturalidad afectiva resplandece en grado supremo en el don de sabiduría, pero se da proporcionalmente en cada uno de los dones del Espíritu Santo. Los dones de inteligencia, de ciencia y de consejo participan a su manera de las propiedades deiformes de esta "ciencia de amor". El ser humano se halla todo él transfigurado y los menores actos de los dones brotan, en los santos, de esta impulsión motriz y especificadora del amor.

En el don de inteligencia, esta actividad reviste un doble aspecto, según las dos fases sucesivas que la caracterizan: simple aprehensión de las nociones y juicio sobre las verdades de la fe. Los primerísimos actos del don de inteligencia, correspondiendo a la primera operación de la mente, se expresan en una simple mirada de amor a la Trinidad, a Cristo, a la Virgen, a la Iglesia y a los santos, a todo este mundo familiar de personas divinamente amadas, cuyo solo encuentro provoca un impulso de amor y de amistad. Basta una palabra evocadora de un ser querido y he aquí que inmediatamente el alma del santo mira con mirada transfigurada por el amor, a la que sigue rápidamente una nueva intuición más sintética, semejante esta vez a la segunda operación de la mente y que se prolonga en amorosa contemplación de las cualidades y perfecciones de esos seres queridos, formulada en verdaderos juicios de valor que brotan del alma mediante la intuición amorosa.

V

SU PROPIEDAD BÁSICA

El modo deiforme

Hay que volver siempre a la intuición central, recogida en la definición, para juzgar todos los aspectos de la teología de los dones: una moción divina, personal, inmediata del Espíritu de Dios en lo íntimo de las facultades del hombre, para hacerle obrar divinamente. El Espíritu Santo es la Causa inspiradora, motriz y reguladora de todos los actos de los dones. Él es, pues, su medida, y la propiedad básica de estos actos consiste en que nos revisten de la manera de obrar del mismo Dios, en cuanto puede una creatura participar de esa manera. Los actos de los dones proceden del hombre, pero bajo la acción inmediata y personal de Dios. Son actos humanos hechos a medida divina, puesto que su Autor inmediato es el mismo Espíritu Santo.

La penetración del don de inteligencia no se calcula a base de las cualidades naturales del espíritu humano, sino por el grado de participación en la agudeza de la mirada de Dios. Se trata de un modo de actuar incomparablemente superior al del entendimiento dejado a sus solas fuerzas naturales e inclusive a las solas luces de la virtud de la fe. Con el don, el brillo de la iluminación proviene de la Inteligencia increada y asocia a la mirada humana, divinizada por la gracia, a la penetrante claridad de Dios. La inteligencia humana, iluminada así, queda investida del modo deiforme como mira Dios su mismo Ser y todo el universo.

VI

ESTUDIO COMPARADO

El espíritu humano se hace con sus ideas, una a una, a partir del mundo sensible que nos rodea, y necesita juntarlas, compararlas, para unirlas o disociarlas a fin

de definirlas mejor. Impónese, por tanto, el método comparado: se le halla en todos los dominios del saber. El don de inteligencia nos manifiesta mejor su naturaleza y sus propiedades cuando se le compara con la virtud de la fe, con los demás dones, con las bienaventuranzas evangélicas y con los frutos del Espíritu Santo.

1. El don de la inteligencia y la virtud de la fe

La fe abre a nuestra alma las puertas de lo sobrenatural. Sin ella, el universo de la Redención sería para nosotros un mundo cerrado. Desde la primera adhesión por la fe, nos entrega ésta, de golpe, todas las riquezas del orden sobrenatural, poniéndonos en presencia de Dios Trino y descubriéndonos, a esta suprema luz, todos los demás misterios cristianos. Pero todavía no es más que el primer contacto. Introducido en este universo de la gracia, el hombre, impulsado por una necesidad espontánea de saber, quiere otear todos sus horizontes. Un doble conocimiento viene a enraizarse en esta virtud única de la fe: conocimiento científico y conocimiento místico.

De ahí, la investigación sistemática de todos los documentos revelados, su minucioso análisis, su progresiva armonización en una síntesis cada vez más vasta. Esta labor de exploración, de profundizamiento y de explicación por las causas es la tarea de la ciencia teológica, que nos comunica ya una intelección muy honda de los misterios de Dios.

Hay otra forma de conocimiento, reservada a las almas de los santos y de todos los fieles que se hallen en estado de gracia, a quienes el Espíritu Santo manifiesta, mediante luces de lo alto, el sentido de lo divino, encaminándolas hacia una contemplación infusa de los misterios de la fe. Este régimen místico se despliega según la diversidad de los cuatro dones intelectuales de inteligencia, ciencia, sabiduría y consejo. La fe adhiere; el don de inteligencia penetra el interior de los misterios; el don de ciencia juzga por las causas creadas; el don de sabiduría por las causas increadas, divinas; el don de

consejo, finalmente, hace descender estas altas iluminaciones de la contemplación al terreno de las aplicaciones prácticas.

El don de inteligencia hace la fe contemplativa, sabrosa y penetrante.

2. *El don de inteligencia y los demás dones*

La ley de síntesis, que domina la psicología concreta de los dones del Espíritu Santo, opera la sinergia de todas nuestras facultades y de sus habituales disposiciones con miras a asegurar el máximo de perfección a nuestro obrar sobrenatural. Uno solo de nuestros actos puede así proceder de la conexión de varias virtudes y varios dones, y en esta acción concertada cada virtud y cada don conservan su nota específica. El don de inteligencia aporta su poder de penetración, que es la manera que tiene de ayudar a las otras virtudes, y a los otros dones. Cuanto más penetra el espíritu los principios, más luminosa es la fe, más ardiente la caridad, mayor es la fuerza de los dones de ciencia y sabiduría en el concatenar las causas. Asimismo, igual que en el orden de la naturaleza la evidencia de los principios esclarece todas las conclusiones de la ciencia y las opiniones todas de los sabios, también, gracias al don de inteligencia, la irradiación de los principios de fe penetra todo el dominio de la sabiduría mística.

Tal es la función del primero de todos los dones en ejercitarse. Su claridad inicial acompaña la actividad de los demás dones, no sólo en la vida contemplativa, sino también en el plazo de la acción. Así, el don de consejo, que dirige inmediatamente nuestro actuar, recibe del don de inteligencia los principios directores de sus decisiones propias. Cuanto más se conoce a Dios y el fin último, más fácil resulta elegir las soluciones concretas. La acción contingente se lleva a cabo con mayor fuerza y seguridad bajo las luces superiores y convergentes de los dones de inteligencia, de ciencia y de sabiduría. A su vez, el don de piedad, mejor ilustrado acerca de la infinitud de Dios, se expresa en actos más perfectos de

adoración, de veneración, de acción de gracias, de súplica o de expiación. Todo estriba en las actividades trascendentes del espíritu, como en la red orgánica y en las reacciones somáticas de nuestro psiquismo inferior. El don de temor se beneficia también de las más altas luces del don de inteligencia, puesto que la toma de conciencia de nuestra fragilidad y nuestra nada surge con mayor convicción y espontaneidad en un alma iluminada toda ella por una comprensión profunda de la Omnipotencia divina y de la infinita Santidad de "Aquél que Es".

3. El don de inteligencia y las bienaventuranzas evangélicas

Cuanto más se acercan las almas a Dios, más participan de la beatitud divina. El alma, puesta por la superior actividad de los dones del Espíritu Santo en esta atmósfera deiforme, se halla introducida ya en la fruición anticipada de Dios, en la superación de todos los goces de este mundo. Cada don del Espíritu Santo lleva consigo un comienzo de bienaventuranza. El alma, desprendida de todos los bienes efímeros gracias a la pureza del corazón, de todas las ilusiones e ideas falsas gracias a la pureza de la mente, puede mantener la mirada de su entendimiento inmutablemente fija en la única Belleza que jamás se marchita: "Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios".[18]

Esta divina dicha, en su definitiva perfección, les está reservada a los elegidos, que la encontrarán en su Visión del Verbo. Ya en esta tierra, la inteligencia de los santos, liberada de la ignorancia y del error por una asistencia personal del Espíritu de Verdad, que dirige a la Iglesia y a cada uno de los miembros del cuerpo místico de Cristo, contempla a Dios en la translúcida puridad de la fe, cada vez más refulgente, aunque sin poder llegar nunca a la evidente y total claridad de la contemplación cara a cara. Sólo en el cielo penetrará el don de inteligencia, sin sombra alguna, todos los misterios de Dios y los del universo en visión prolongada.

18. *Mt* 5, 8.

4. El don de inteligencia y los frutos del Espíritu Santo

Los tres dones contemplativos superiores de inteligencia, ciencia y sabiduría, al servicio de la misma virtud de la fe, afirman a ésta, cada uno por su parte, en una certidumbre absoluta respecto a su infalible verdad: el don de inteligencia eliminando toda solicitación del mundo sensible y limitándola a comprender de un modo adecuado cómo Dios supera todos los mundos creados y cualquier medida; el don de ciencia descubriéndonos el encadenamiento de las causas segundas; el don de sabiduría explicándolo todo por referencia a Dios y a sus infinitas perfecciones. La certeza de nuestra fe es el fruto común de una participación del hombre en la inteligencia, la ciencia y la sabiduría de Dios.

VII

LOS PECADOS CONTRA LA LUZ

La inteligencia humana ha sido hecha para la claridad de Dios, pero el hombre es libre en cuanto al aceptar o rehusar la luz. Esta lucha entre las tinieblas y la luz da un sentido dramático y de eternidad al Evangelio de San Juan. El Verbo ha "venido entre los suyos y los suyos no le han recibido". Las tinieblas se han cerrado a la Luz. Tal es el trágico caso del mundo moderno. La inteligencia del hombre ha renegado de Dios. Ya nada tiene sentido. No es sólo la ignorancia de las cosas divinas, el espesamiento de la inteligencia y la ceguera del espíritu, sino la violenta negación del Principio supremo, es decir, que se ha venido a parar a un callejón sin salida o sin otra salida que la inevitable filosofía del absurdo y de la desesperación. El hombre moderno ha pecado contra la luz.

1. El enturbiamiento de la inteligencia

El primer resultado de los pecados contra la luz es el enturbiamiento de la mente. Por su falta de espíritu de fe se incapacita el hombre para entrar en el orden sobrenatural y habitar lo invisible. Su mirada superficial y obtusa se detiene en las apariencias, en la materia, en lo contingente. No consigue escapar de lo efímero. Es todo lo contrario del don de inteligencia, que va más allá de lo externo de las cosas para fijarse en lo eternal y divino.

Se conserva aún la virtud de la fe, pero dormida, mientras que, en cambio, las almas de los santos, despiertas en su fe, descubren a Dios a través de todas las cosas. El creyente que vive en la tibieza no percibe ya las llamadas de lo divino. El sentido de Cristo y de los misterios de Dios se embota en él, lo mismo que la mente del glotón tras una comida demasiado abundante. El cuerpo, ahíto, se pone pesado. El espíritu queda apesgado entre los manjares terrestres.

Este embrutecimiento del espíritu puede presentar mil diversos grados: desde las resistencias más o menos conscientes de los mismos santos a las iluminaciones de la gracia, hasta la pesantez y grosería de los cristianos de solo nombre, obnubilados por las preocupaciones del bienestar y siempre a la mera busca del confort. En vez de volver la mirada hacia Dios, nos arrastramos bajo el peso de las opciones carnales y de las inquietudes de orden material, sin elevarnos a contemplar el horizonte divino. Es el caso de regiones enteras, que han abandonado la fe. ¡En cuántas vidas ha desaparecido este sentido primordial de Dios, alma de toda santidad!

2. La ceguera del espíritu

El espesamiento de la mente conduce a la ceguera del espíritu. La zona de estos pecados contra la luz, consecuencia directa o indirecta de la falta de fe, abarca los estados de las almas de pueblos enteros, creyentes por

rutina y de solo nombre, que están, por tanto, "en tinieblas y sombras de muerte".[19] Han perdido el sentido de la fe, de sus exigencias, de sus delicadezas y esplendores. Un estudio integral de los dones del Espíritu Santo requiere que se consideren estas perspectivas complementarias, descuidadas de ordinario por los teólogos y hasta por los maestros de la vida espiritual, pero de inmensos alcances prácticos para explicar el drama de la lucha que en el mundo actual tienen empeñada las tinieblas y la luz, según los datos sanjuanistas. No vivimos ya en un clima de fe y de cristianismo ferviente. Para muchas mentes, el mundo divino ha dejado de ser una realidad. A los ojos de estos nuevos incrédulos o ateos, cuyo espíritu está vacío de la substancia de las verdades divinas, nada existe fuera de la materia y de lo carnal. La inmoralidad lleva a los pueblos a la disminución y a la pérdida de su fe. La lujuria ha extinguido en las almas la luz de Dios.

VIII
FUNCIÓN DEL DON DE INTELIGENCIA EN LA VIDA ESPIRITUAL

El sentido de lo divino

Predestinados a ver a Dios "cara a cara" y todo el universo en Él, en el acto creador y redentor, estamos hechos para la luz del Verbo. El régimen oscuro de la fe, con su envoltura de sombras y misterios, es un puro tránsito, un período de prueba que prepara para la visión.

Entre tanto, el Espíritu del Padre, que dirige la Iglesia de Cristo, endereza a los hijos de Dios hacia la verdad total mediante sucesivas iluminaciones, cada vez más radiantes, que vienen a suplir la congénita imperfección de la fe. Por una incesante e invisible misión del Verbo, nos asocia el Espíritu a su propia vida de pensamiento.

19. *Lc* 1, 79.

La fe se hace entonces translúcida. La mirada de los amigos de Dios escruta las profundidades de la Esencia divina y sus infinitas perfecciones. Su inteligencia contempla los abismos de la Trinidad y el misterio del Verbo Encarnado en el desarrollo del "Cristo total".

La contemplación de los dogmas cristianos se les hace familiar y sabrosa, inspirada toda por el amor. Las Sagradas Escrituras, la Liturgia de la Iglesia y las enseñanzas de su magisterio, las grandes fases de la historia del universo de la Redención lo mismo que los menores acontecimientos individuales, todo ello reviste a sus ojos un sentido divino. Sin esfuerzo, se remontan de los efectos a las causas, de las apariencias visibles a las invisibles realidades, del cosmos a Dios, con una simple e intuitiva mirada amorosa. "Simplex intuitus veritatis."

Tal es la función que desempeña el don de inteligencia en nuestra vida espiritual, al servicio de la fe: nos da *el sentido de lo divino.* Hace que nosotros los hombres participemos de esa mirada de Dios que todo lo penetra con su Luz Increada. Poco a poco, a medida que el amor va creciendo en el alma, la inteligencia del hombre resplandece más y más con la propia claridad de Dios. En este momento supremo hay como una previa degustación de la felicidad eterna, reservada a los corazones puros. Ciertamente, mientras dura su destierro, el hombre, espíritu encarnado, no puede evadirse de las condiciones ineluctables que mantienen la Verdad oculta bajo el velo de la fe; pero ya, a través de esta "tela ligera"[20] se da como una transparencia de Dios. Según la atrevida fórmula de un genio tan mesurado como es el de Santo Tomás de Aquino, gracias al don de inteligencia, es "entrevisto Dios aquí abajo"[21] por la mirada purificada de los santos.

20. San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva,* Canción I, verso 6.º, párrafo 29, pp. 844-845.

21. «In hac etiam vita, purgato oculo per donum intellectus, Deus quodammodo videri potest.» (I-II, 69, 2, ad 3.)

Capítulo IV
EL DON DE CIENCIA
(Resumen)

I. La «ciencia de los santos» (Existencia)

II. El doble aspecto del don de ciencia (Naturaleza)
1. Aspecto principal: las creaturas, reveladoras de Dios.
2. Aspecto secundario: las creaturas, ocasión de pecado.

III. Sus dos funciones (División)
1. Función principal: la contemplación de las obras de Dios.
2. Función secundaria: la dirección eminente de la acción.

IV. Sus dos fuentes (Causa eficiente)
1. Fuente principal: la inspiración divina.
2. Fuente secundaria: los instintos de la caridad.

V. Su modo deiforme.

VI. Estudio comparado
1. El don de ciencia y la virtud de la fe.
2. El don de ciencia y los demás dones.
3. El don de ciencia y la beatitud lacrimosa.

VII. Un pecado contra la luz: la ignorancia de las cosas divinas.

VIII. Papel del don de ciencia en la vida espiritual.
El sentido de las creaturas.

El Espíritu de ciencia
nos hace experimentar
la grandeza y la miseria
de las creaturas.

CAPÍTULO CUARTO
DON DE CIENCIA

I
LA CIENCIA DE LOS SANTOS

La inteligencia humana no puede llegar con un solo acto a la plenitud de la verdad. Nuestro pensamiento, esencialmente discursivo, progresa lentamente a partir de las imágenes de este mundo visible, abstrayendo primero una a una las ideas, y, después, asociándolas orgánicamente mediante las tres operaciones mentales y con el concurso de las virtudes adquiridas de inteligencia ciencia y sabiduría. La virtud de la fe utiliza, en su ejercicio, los mismos procedimientos noéticos. Aun bajo el régimen de los dones, el Espíritu de Dios tiene en cuenta nuestra fundamental estructura de espíritus encarnados, con todo y facilitar de manera maravillosa las concepciones, las articulaciones y los enfoques del humano pensamiento mediante sus iluminaciones divinas. Él nos hace participar así de su modo deiforme, ya sea intuitivamente, ya, sin más, acelerando y actualizando de una manera transfigurante los procedimientos propios de nuestra naturaleza, a los que confiere un modo superior.

Intelección, ciencia y sabiduría son las etapas por que ha de pasar todo pensamiento discursivo tanto si es de modo humano como si es deiforme.

La fe, al introducirnos en el orden sobrenatural de

la Revelación, amplía hasta el infinito nuestros horizontes en la visión del universo. El don de inteligencia escruta con amor las maravillas de gracia y de gloria que el universo contiene. Mas no es éste sino un primer vistazo que en seguida quiere ir más lejos y entrever, en conexión con las naturalezas, todas sus propiedades. De ahí una segunda mirada intelectual, no ya de simple intelección sino de ciencia, que aspira a una investigación tan completa como sea posible de todas las causas creadas, la cual terminará en una visión grandiosa de la altísima sabiduría de todas las obras de Dios y de los abismos de la Trinidad.

Todo depende, en el origen, de una penetrante captación de las esencias, de las que el pensamiento humano quiere ahora percibir las consecuencias y verificar las conexiones. Las naturalezas no están aisladas ni meramente yuxtapuestas, sino ordenadas entre sí en un universo que les presta unidad y las subordina a Dios. Todo este mundo de relaciones causales es el que intentan reconstituir mediante las técnicas del saber humano las múltiples ciencias profanas. "Saber es conocer las causas." Cuanto mejor se conocen éstas, más firme es la sabiduría.

También el santo, ávido de conocer a su Dios, trata de descubrirle en sus obras, siguiendo la red de las causas que explican el universo. Él no indaga las naturalezas por sí mismas, no se cuida como el sabio de referir las propiedades a sus esencias, sino que mira las creaturas con la mirada del hijo de Dios, que quiere apoyarse sobre ellas para alcanzar de nuevo la "Casa del Padre". Hijo de Dios por la gracia y hermano de Cristo, llamado a vivir "en comunión con el Padre y el Hijo",[1] en un mismo Espíritu de Amor, el hombre redimido camina por la tierra durante un período de pruebas más o menos largo, en perpetuo peligro de perderse. La ignorancia de las creaturas y de los peligros que entre ellas corre, le expondrían en muchos casos a hacerle caer por sorpresa. Dios se compromete a iluminarle y sostenerle en todos los combates de su vida. Pero, aunque ilustrado

1. *1 Io* 1, 3.

por el don de inteligencia, la fe no basta para poner al corriente al cristiano acerca de todo el juego de las causas segundas, acerca del sentido divino o diabólico de las creaturas que le salen al paso. El Espíritu Santo está allí, presente en el fondo de su alma, para dictarle un juicio seguro, motivado, sobre el bien o el mal de las creaturas, y para encaminarle hacia la salvación. En esto consiste toda la razón de ser del don de ciencia del que nos hablan las Sagradas Escrituras. "El Señor conduce al justo por caminos rectos; le comunica la ciencia de los santos".[2]

II

EL DOBLE ASPECTO DEL DON DE CIENCIA

1. Aspecto principal: Las creaturas, reveladoras de Dios

La atención de los teólogos y de los maestros espirituales se ha ocupado sobre todo del aspecto secundario del don de ciencia: la experiencia dolorosa de lo nocivo de las creaturas. Es importante restituirle su verdadera fisonomía y su sentido primordial de juicio, por las causas segundas, de las conexiones que unen a todos los seres del universo unos con otros y con su Creador. San Juan de la Cruz percibió perfectamente esta función básica de las creaturas reveladoras de Dios, cuando exaltaba la Sabiduría del Verbo, que, al pasar por entre ellas, las dejó vestidas de su hermosura.[3] Éste es su destino esencial, recordado con tanta insistencia por las declaraciones explícitas de la Escritura tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. La Palabra de Dios ha estigmatizado la "vanidad" de los hombres faltos de este Espíritu de Ciencia, de "todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y que, por los bienes que

2. *Sap* 10, 10.
3. *Cántico espiritual*, canción 5.ª

disfrutan, no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no supieron descubrir a su divino Artífice. Seducidos por la hermosura de las cosas creadas, las tuvieron por dioses. Que aprendan a conocer cuánto mejor es el Señor de todo lo creado, pues es el autor de la belleza quien hizo todas estas cosas. Y si se admiraron del poder y de la fuerza, debieron deducir de aquí cuánto más poderoso es su Creador; pues de la grandeza y hermosura de las creaturas, por razonamientos se llega a conocer al Hacedor de éstas".[4] Idéntica doctrina la de San Pablo, que se ha hecho clásica en la Iglesia: "Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son conocidos mediante las creaturas".[5]

Tres admirables capítulos de Santo Tomás de Aquino en su *Suma contra los gentiles* (l. II, cap. 2, 3, 4) hacen resaltar mucho lo útiles que nos son las creaturas para conocer por ellas la naturaleza y los atributos del Creador. El único medio que tenemos aquí abajo para llegar al conocimiento de Dios es el de buscar las huellas de su acción en el universo e irlas siguiendo como una pista: tales son las "vías" que nos permiten elevarnos hasta Él.[6]

Así se nos muestra el sentido más fundamental del don de ciencia. A través del mundo de la naturaleza, del de la gracia y del de la gloria, y sobre todo a través del orden hipostático, el Espíritu de ciencia nos hace percibir y contemplar la infinita sabiduría, la omnipotencia, la bondad, la naturaleza íntima de Dios. Es un don contemplativo cuya mirada penetra, como la del don de inteligencia y la del de sabiduría, el misterio mismo de Dios. El Señor en Persona acentuaba este aspecto al invitar a los hombres a que contemplasen los lirios del campo y los pájaros del cielo y se abandonaran confiados a la infalible Providencia de nuestro Padre celestial. El *Cántico al sol*, de San Francisco de Asís, con su invitación a todas las creaturas a que alaben al Creador, conserva

4. *Sap* 13, 1-5.
5. *Rom* 1, 18-23.
6. *Contra Gentes*, IV, 1. Cf. sobre todo el texto decisivo: I, 65, ad 3.

el mismo acento evangélico. Con igual sentimiento de contemplativa admiración a Dios entona la Iglesia sus salmos de alabanza. Diariamente, en la acción de gracias del sacrificio eucarístico, pone en labios de sus sacerdotes uno de los más bellos himnos de la Biblia, aquél de los tres jóvenes en el horno de fuego:

"Bendito seas Señor, Dios de nuestros padres,
digno de alabanza y ensalzado por los siglos.
Bendito tu nombre santo y glorioso,
muy digno de alabanza y muy ensalzado por todos
Bendito en el templo santo de tu gloria, [los siglos.
digno de ser cantado y glorificado por los siglos.
Bendito Tú, que penetras los abismos,
digno de alabanza y ensalzado por los siglos.
Bendito Tú que estás sentado sobre los querubines,
digno de alabanza y ensalzado por los siglos.
Bendito en tu trono real,
digno de ser cantado y celebrado por los siglos.
Bendito Tú en el firmamento de los cielos,
digno de ser cantado y glorificado por los siglos.
Bendecid al Señor todas las obras del Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid al Señor, ángeles del Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, cielos, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid al Señor, aguas todas que estáis sobre los
cantadle y ensalzadle por los siglos. [cielos,
Bendiga al Señor todo el ejército del Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, sol y luna, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, astros del cielo, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, lluvias y rocío, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, todos los vientos, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, fuego y calor, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.

Bendecid, fríos y heladas, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, rocío y escarcha, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, frío y fresco, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, hielos y nieves, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, noche y día, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, luz y tinieblas, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, relámpagos y nubes, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendiga la tierra al Señor,
cántele y ensálcele por los siglos.
Bendecid, montes y collados, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid al Señor cuanto brota en la tierra,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, mares y ríos, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, fuentes, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid al Señor, monstruos de las aguas y cuanto en
[las aguas se mueve,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, todas las aves del cielo, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, todas las bestias y ganados, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, hijos de los hombres, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendice, Israel, al Señor,
cántale y ensálzale por los siglos.
Bendecid, sacerdotes del Señor, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, siervos del Señor, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, espíritus y almas de los justos, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.

Bendecid, santos y humildes de corazón, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos.
Bendecid, Ananías, Azarías y Misael, al Señor,
cantadle y ensalzadle por los siglos,
porque nos sacó del infierno,
y del poder de la muerte nos salvó,
y de en medio del horno encendido nos libró,
salvándonos de en medio del fuego.
Dad gracias al Señor, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Bendecid todos los piadosos al Señor de los dioses,
cantadle y dadle gracias,
porque es eterna su misericordia." (*Dan*, 3, 52-90.)

Admirable cántico, una de las más puras y ardientes expresiones del don de ciencia: que los cielos y toda la creación canten la gloria de Dios.

2. *Aspecto secundario: Las creaturas, ocasión de pecado*

Otra corriente de textos bíblicos nos muestra a las creaturas no como un reflejo de la Omnipotencia de Dios, sino como un obstáculo, una ocasión de pecado. Felizmente su vanidad y su malicia son efímeras.

"Mil años son a tus ojos como un día."
Toda creatura es "como hierba verde,
que a la mañana florece y verdeguea,
a la tarde se marchita y se seca". (*Ps* 89.)
"Breve es el tiempo de los malvados,
y dura un instante la alegría de los perversos.
Si hasta el cielo subiere su arrogancia,
y tocare en las nubes su cabeza,
cual un fantasma, desaparece para siempre,
y los que le vieron dirán: ¿Dónde está?
Desaparecerá como un sueño y no le hallarán,
huirá como visión nocturna...
Esta es la suerte que al perverso reserva Dios."
(cf. *Iob* 20, 1-29.)

El tema del Eclesiastés es todavía más radical: todo es vanidad, la ciencia, la riqueza, el amor y la vida. "Vanidad de vanidades, todo vanidad."[7] El libro entero constituye una de las más punzantes evocaciones del don de ciencia.

Iguales son los acentos del Nuevo Testamento, pero iluminados todos por la esperanza cristiana: "Hermanos, el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo".[8]

La Iglesia posee un sentido demasiado realista del pecado, como para abandonarse candorosamente a una exaltación incondicional de las riquezas de la creación. Ha guardado vivo, en el tesoro de las Escrituras y en su memoria, el recuerdo de las advertencias de Dios sobre el hechizo y la fascinación de las creaturas, que con sus banalidades exponen a las almas a apartarse de Dios: "¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?"[9]

La precisión técnica de la ciencia teológica, ha sabido encontrar la palabra justa, para situar bien la función del don de ciencia frente a las creaturas. "Ocasionalmente,[10] debido a nuestra fragilidad extrema, se nos presentan como permanente peligro, y tras nuestras caídas, se convierten en fuente de abundantes lágrimas." Santo Domingo lloraba y gemía al considerar el incalculable número de almas que se pierden. "Quid fient peccatores?" — "¿Qué se hará de los pecadores?" Las *Confesiones* de San Agustín están llenas de estos suspiros y lamentaciones motivados por el recuerdo de sus caídas personales. La trágica visión del universo por redimir arrancaba al Salvador en sus oraciones "lágrimas" y "grandes sollozos" de súplica a su Padre e incluso "un sudor de sangre".

No se puede negar que, sobre la tierra, a causa de

7. *Eccl* 1, 2.
8. *1 Cor* 7, 29-31.
9. *Lc* 9, 23.
10. *II-II*, 9, 4.

nuestra condición de pecadores, no es raro que el don de ciencia se manifieste en esta forma de tristeza redentora y purificadora en la vida de los santos.

III

SUS DOS FUNCIONES

1. Función principal: La contemplación de las obras de Dios

Si se quiere ser fiel a la corrección de perspectivas que hizo Santo Tomás en la evolución última de su pensamiento y que se impone para la genuina comprensión del don de ciencia, es preciso restituirle su sentido primordialmente contemplativo.[11] Bajo las iluminaciones especiales y personales del Espíritu Santo, el don de ciencia nos comunica la mirada de Dios sobre todas sus obras y sobre el juego de conjunto de las causas segundas. Cada creatura proclama ahí a su manera la Omnipotencia de su Autor. El más pequeño átomo del universo, afirma él solo la infinidad de Dios. Un bello paisaje, vastos horizontes, una salida o una puesta del sol sobre el océano, una visión de las cimas desde una alta montaña o desde un avión, una simple margarita de los bosques, atestiguan la inagotable riqueza del Creador y el infinito esplendor de su Ser. ¿No es Él la Fuente única de todas las bellezas del universo? La creciente inmensidad del cosmos que nos descubre la ciencia moderna, sus espacios infinitos que espantaban al genio de Pascal, nos hacen presentir a nosotros, hijos de Dios, la Sabiduría, la Bondad y el Poder sin límites de nuestro Padre celestial.

"Los cielos pregonan la gloria de Dios,
y el firmamento, obra de sus manos, le alaba.
El día habla al día
y la noche comunica sus pensamientos a la noche."
(*Ps* 19, 1-3.)

11. *II-II*, 9, 3.

Sin discursos, sin palabras, sin voces que se puedan oír, hasta las extremidades del mundo, todo proclama que Él es Dios.

"Alabad a Yavé, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.
Alabad al Dios de los dioses,
porque es eterna su misericordia.
Alabad al Señor de los señores,
porque es eterna su misericordia.

Al que es único en hacer grandes maravillas,
porque es eterna su misericordia.
El sol, para iluminar de día;
la luna, para iluminar la noche,
porque es eterna su misericordia.

Al que condujo a su pueblo por el desierto,
porque es eterna su misericordia.
Que hirió a grandes reyes,
y mató a reyes poderosos,
porque es eterna su misericordia.

Cuyas tierras dio en heredad,
en heredad a Israel, su siervo,
porque es eterna su misericordia.
Que en nuestra humillación se acordó de nosotros,
y nos libró de nuestros enemigos,
porque es eterna su misericordia.

Que da pan a toda carne,
porque es eterna su misericordia.
Alabad al Dios del cielo,
porque es eterna su misericordia." (*Ps* 136.)

2. *Función secundaria: La dirección eminente de la acción*

¡Cuán preciosa es una justa estimación de las creaturas para la conducta moral! De lo útil o de lo nocivo de los seres que nos rodean se derivan las reglas de la acción. Los misterios del cristianismo vienen a ser como

unos dogmas generadores de vida divina. Quien percibe el valor infinito del santo sacrificio de la Misa o el poder divinizador de los sacramentos, se acerca a ellos con más fervor. El don de ciencia, al manifestarnos el funcionamiento de las causas segundas, el sentido de la Iglesia militante, su carácter esencialmente misionero, inspira las grandes empresas apostólicas y su realización según los diversos países. No necesita dictar consignas detalladas, como el don de consejo, sino que se contenta con trazar las líneas directrices, con señalar las líneas generales del apostolado y sus mejores condiciones de realización. Dirige la acción desde lo alto pero con un sentido realista de sus recursos, de sus peligros, de los apoyos favorables y de las dificultades. Hace resplandecer sobre todos y cada uno de los pasos del cristiano la "ciencia de los santos".

IV
SUS DOS FUENTES

1. Fuente principal: La inspiración divina

La fuente principal de esta ciencia mística no proviene del esfuerzo del sujeto pensante, sino de las iluminaciones gratuitas y personales del Espíritu Santo, que hace descender sobre el hombre un rayo de la ciencia misma de Dios. San Francisco de Asís, sin cultura, ignorando los métodos científicos, poseía más altas luces sobrenaturales que la mayor parte de los grandes profesores de Universidad de su tiempo. La verdadera fuente del don de ciencia, como de los otros dones del Espíritu Santo, es la inspiración divina.

2. Fuente secundaria: Los instintos de la caridad

Aquí tocamos uno de los puntos más difíciles de la teología del don de ciencia. ¿Cómo explicar por el amor divino este sentido místico experimental de una creatura?

Por los instintos de la caridad. El amor de Dios es generador, en las almas, de "la ciencia de los santos".

La caridad, en efecto, cuyo objeto especificador es el Bien divino en sí mismo, se extiende también, a título secundario, a todos aquellos que pueden participar de la beatitud divina, a título de amigos e hijos de Dios por adopción. Una profunda afinidad nos une a nuestro Padre del cielo, pero también a todos los hombres, a todos los hijos de Dios. Caminamos juntos, entre las creaturas, hacia la Casa del Padre y percibimos instintivamente, según la medida de nuestra intimidad con Dios, el sentido de los seres que pueden ayudarnos a encontrarle o exponernos a que nos desviemos de Él. La misma inclinación nos hace sentirnos atraídos hacia el bien y con repugnancia hacia el mal. El mismo amor nos dirige hacia los buenos y nos aleja de los malos... sin separarnos de ellos, puesto que debemos ayudarles. Vinculada sobre todo a Dios, como a su fin último, el alma del santo discierne instintivamente el modo como debe servirse de las creaturas o apartarse de ellas. El Espíritu de Amor le inspira este juicio infalible de los verdaderos y falsos valores. Así, la mirada del santo participa de la ciencia de Dios, abarcando todo el universo de la Redención.

V

SU MODO DEIFORME

En la teología de los dones hay que volver continuamente a su definición esencial: la actualización de todas nuestras facultades por el mismo Dios, bajo una moción especial e inmediata de su gracia operante. El acto procede de nosotros, pero es hecho a la medida de Dios, su Causa inmediata, motriz y reguladora. En el ejercicio de los dones del Espíritu Santo, el hombre piensa, se mueve y actúa a la manera de Dios; su vida se reviste del modo divino de las Tres Personas divinas, animadoras de sus pensamientos y de sus quereres. Hay una infinidad de grados posibles en esta manera de operar, pero, para el

hombre, trátase siempre de un modo deiforme, sobrehumano, medible, en el don de ciencia, con la mirada del Artista Creador.

VI

ESTUDIO COMPARADO

1. Don de ciencia y virtud de fe

La fe adhiere al misterio. Su acto de adhesión versa sobre Dios y el universo, lo mismo que la mirada del sabio incide sobre los fenómenos sometidos a su campo de observación. La fe posee el mismo realismo que la ciencia: no se detiene en las fórmulas del Credo, va hasta la realidad de las cosas. Ya el don de inteligencia la ayuda poderosamente a escudriñarlas, a penetrarlas, comunicando al hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, la profunda mirada de la inteligencia divina. El don de ciencia amplía aún esta mirada de la fe a la conexión de todas las propiedades de las esencias que percibe el don de inteligencia; él le hace tomar conciencia de todo el juego de las causas segundas que la Providencia ha trazado en el universo.

2. El don de ciencia y los demás dones

Después de haber analizado cada don, nos parece indispensable proceder a un rápido estudio comparativo. Las perspectivas se repiten, sin duda, pero con algún cambio en los puntos de vista, pues cada uno de los dones constituye un original centro de contemplación o de irradiación que pone más de relieve ciertos aspectos nuevos, así como en una extensa cadena de montañas, con siete cimas, cada una de ellas ofrece un punto de vista único, en su respectivo campo de observación, para contemplar un mismo panorama.

La penetración honda de las verdades básicas de nuestra fe por el don de inteligencia ilumina todas las con-

clusiones vislumbradas por el don de ciencia y contempladas por el don de sabiduría a la suprema luz de la Trinidad divina. La percepción experimental de lo sublime que es el fin del hombre transfigura las decisiones del don de consejo y toda la actividad de los demás dones, de piedad, fortaleza y temor. Semejantemente, un juicio instintivo, inspirado por Dios, acerca del encadenamiento de las causas segundas en que se inserta la trama personal de nuestra vida, modifica en nosotros todo el juego de los dones intelectuales y afectivos.

Adivínase en qué forma tal visión de ciencia sobre este universo de la Redención, preparatoria del mundo glorificado, dilata infinitamente la mirada del hijo de Dios, que se pasea como por su casa por toda la creación. Todos estos bienes son para él. Él es hijo de Dios por la gracia, coheredero con Cristo y, en Cristo, heredero del mismo Dios. La conciencia vivida de esta divina filiación cambia todas las cosas. El cristiano no pasa indiferente, como un extraño, entre todas estas riquezas creadas: sabe que el universo entero es suyo, para él, para su uso, pero que también él mismo pertenece a Cristo y que con Él y en Él ha de retornar al Padre para gozar de la Trinidad.

Todos los horizontes se metamorfosean a los ojos del hijo de Dios que se sabe amado con la ternura infinita de un Padre Todopoderoso, que ha puesto toda la creación a su servicio. Esta visión transfiguradora da un sentido y un lugar a cada cosa, a los seres inanimados, a los vivos, a todos los hombres, sus hermanos en Cristo, al mundo de los espíritus puros, a todo el cielo de la gloria. Este conocimiento místico, revelador del sentido divino de las creaturas, esta visión de las conexiones causales que unen a todos los seres del universo entre sí y con Dios, da a su mirada una amplitud infinita, que prolonga la agudeza de visión del don de inteligencia y dispone su alma a la contemplación supereminente del don de sabiduría. El don de ciencia lo aclara todo desde abajo, lo que facilita singularmente la mirada soberana y exhaustiva del don de sabiduría por irradiaciones de la luz de lo alto.

Cuanto más se conoce a las creaturas, su naturaleza

y sus propiedades, más firmes son las decisiones y los mandamientos del don de consejo. Se actúa con pleno conocimiento de causa. Sin esto, el caminar del hombre por entre las seductoras y peligrosas creaturas, estaría expuesto a falsear los dictados prudenciales y las consignas cotidianas del Espíritu de consejo.

La acción directriz del don de ciencia se extiende también, con el mismo vigor, al don de piedad, al descubrirle la misión de las creaturas en el culto de Dios; y al don de fortaleza al manifestarle la fragilidad, la poca consistencia de las causas segundas en presencia de los designios eternos detenidos por Dios, que nada puede romper; al don de temor, en fin, al darnos conocimiento de nuestra propia debilidad y de nuestra nada al lado de "Aquél que Es".

3. *El don de ciencia y la beatitud de las lágrimas*

El don de ciencia tiene por objeto principal manifestar a los hijos de Dios, ante todo, cuanto de bueno hay en el universo. "Per scientiam *principalius* manifestantur bona quam mala, quae per bona cognoscuntur." (II-II, 9, 4, obiec. 1.ª).[12] Nos hace experimentar los esplendores de la creación, las riquezas del mundo de la gracia y de la gloria. La amorosa contemplación de estas verdades aporta al hombre uno de los más elevados y duraderos goces de aquí abajo. Pero al lado del bien, ¡existe tanto mal en las creaturas y su sociedad es tan peligrosa! He ahí por qué los maestros espirituales no quieren dar el nombre de beatitud a la investigación de este mundo creado. El nombre de beatitud se reserva para designar la contemplación de Dios; es el privilegio de los

12. Cf. sobre todo *I*, 65, 1, ad 3: «Creaturae, quantum est de se, non retrahunt a Deo, sed in Ipsum ducunt: quia «invisibilia per ea quae facta sunt, intellecta, conspiciuntur», ut dicitur *Rom* 1, 20. Sed quod avertant a Deo, hoc est ex culpa eorum qui insipienter eis utuntur. Unde dicitur *Sap* 14, 11 quod «creaturae factae sunt in muscipulam pedibus insipientium». — Et hoc ipsum quod sic a Deo abducunt, attestatur quod sunt a Deo. Non enim abducunt insipientes a Deo, nisi alliciendo secundum aliquid boni in eis existens, quod habent a Deo» (*I*, 65, 1, ad 3).

dones contemplativos superiores de inteligencia y sabiduría.

El don de ciencia, de hecho, retiene aquí abajo a las almas en el comercio de las creaturas y en el juego de las causas segundas. Para la mayor parte de los hombres esta visión es fuente de tristeza y de lágrimas, al recordar sus propias caídas, o al ver la malicia de las creaturas y la universal corrupción. Nuestra civilización moderna, bajo las exterioridades de una técnica impecable y del confort, no consigue encubrir la enorme masa de famélicos y pueblos subdesarrollados, el implacable egoísmo de los grandes capitalistas y de los gigantescos trusts anónimos, los estragos de la descristianización y deshumanización operados por las ideologías materialistas. Es como para llorar de dolor, como Jesús mismo delante la Ciudad santa de Jerusalén, perdida moralmente y decaída de su celo en servir al verdadero Dios. Se comprende por qué un San Agustín o un Santo Tomás de Aquino, y después de ellos casi todos los maestros espirituales han atribuido al don de ciencia "la beatitud de las lágrimas". Es la eterna tristeza del alma de los santos al considerar lo "inútil" de la redención. Pero las lágrimas de los convertidos y de los Apóstoles operan una obra purificadora y fecunda, son acompañadas de "consolación" divina y acaban en la alegría de trabajar en medio del sufrimiento y del sacrificio para el establecimiento del reino de Dios.

VII

UN PECADO CONTRA LA LUZ

La ignorancia de las cosas divinas

Los autores espirituales no han prestado, en general, bastante atención al papel de la inteligencia en la vida moral. Se tacha con demasiada prisa de intelectual y de intelectualismo a quien quiere simplemente caer en la cuenta de las razones de actuar. Hay una moral de la

inteligencia, como de la sensibilidad y de la voluntad. Importa tomarlo en consideración para no caer en el sentimentalismo y en el puro voluntarismo. En su naturaleza específica, el hombre es, ante todo, una inteligencia, una razón. Todo el comportamiento de su actuar y de su actitud en moral y en mística, depende de esta verdad fundamental. En muchos casos, los pecados contra la fe están en la raíz de la inmoralidad. Pueblos enteros viven en el desorden moral por falta de luz y de ciencia.

Así como se oponían dos vicios a la agudeza del don de inteligencia, el embotamiento y la ceguera del espíritu, así también al don de ciencia se opone la ignorancia de las cosas divinas. Se tiene fe, pero una fe muerta o apenas iluminada, no comprendiendo el sentido sobrenatural del juego de las causas segundas, viendo el antagonismo de los intereses y la lucha de los grandes imperios modernos por la hegemonía mundial, en tanto que, en cada conciencia individual lo mismo que en las instituciones sociales e internacionales, se ventila el eterno drama de la redención. Ignorar lo sobrenatural, es estar falto de verdaderos criterios, fundamentales, explicativos del sentido eterno de cada una de nuestras vidas y de la misión de la Iglesia entre las naciones. No hay un solo acontecimiento político, militar o cultural, ni un solo acto humano, público o privado, que no haya tenido repercusiones morales en la historia general de la humanidad. Un pecador que se haya convertido, en el secreto de su existencia de hombre, regocija a todo el mundo de los ángeles. Un alma que se eleva, levanta al mundo, un alma que se envilece, rebaja el potencial espiritual de todo el universo. Mas para comprender esto, hacen falta "los ojos iluminados del corazón",[13] el amor del que brota la comunión de los santos. La ignorancia religiosa es el mayor mal del mundo moderno y de todos los tiempos. No en vano prescribió Cristo en primer lugar a sus Apóstoles que fuesen "la luz del mundo"[14] y el "enseñar a todas las gentes".[15]

13. *Eph* 1, 18.
14. *Mt* 5, 14.
15. *Mt* 28, 19.

VIII

LA FUNCIÓN DEL DON DE CIENCIA EN LA VIDA ESPIRITUAL

El sentido de las creaturas

Los hombres cuya fe es débil por falta de fervor y de docilidad a las luces del Espíritu Santo, se acostumbran a juzgarlo todo a escala humana: les falta el sentido sobrenatural. Por el contrario, todo se aclara en la marcha de los acontecimientos, cuando se ha comprendido, a la luz del Espíritu de ciencia, que a través de las causas segundas, la Causa primera conduce a todo. "El hombre actúa, Dios le dirige." Esta tierra que pasa prepara un mundo eterno.

Cada uno de los dones del Espíritu Santo tiene su función específica en el desarrollo de nuestra vida espiritual. El don de inteligencia nos hace entrar en las profundidades de Dios, nos da el sentido divino. El don de ciencia se pone en el ciclo de las causas segundas del universo. No se deja deslumbrar por el brillo efímero de los seres de este mundo, no idealiza nada, no dramatiza nada, es realista, pesa el bien y el mal, posee el sentido del pecado y la ciencia de las creaturas: "Ad scientiam proprie pertinet rectum iudicium creaturarum" (II-II, 9, 4). Camina entre ellas sin inclinarse ni a derecha ni a izquierda, ni caer en lo bajo, sin detenerse jamás en ellas, usa de las creaturas excediéndolas, midiéndolas según Dios. A través de ellas, se eleva hasta la suprema altitud divina y se eleva de causa en causa hasta la Causa Primera. De allí desciende, luego vuelve a subir hacia Dios, descubriéndole siempre en sus vestigios. El don de ciencia es el que nos descubre el verdadero sentido de las creaturas; sabe su vanidad y su grandeza, pero ellas son para él, ante todo, como un reflejo del semblante de Dios.